

EL HORNERO

REVISTA DE LA SOCIEDAD ORNITOLÓGICA DEL PLATA

DIRECTOR
ROBERTO DABBENE

SECRETARIO
PEDRO SERIÉ

Vol. II

BUENOS AIRES, DICIEMBRE DE 1920

N.º 2

SUMARIO

R. DABBENE.— <i>Los Ñandúes de la República Argentina</i> (2 figuras)	pág. 81
E. LYNCH ARRIBÁLAGA.— <i>Las aves del Chaco</i>	" 85
R. DABBENE.— <i>Notas sobre los chorlos de N. América que invernán en la R. A.</i> (2 figs.)	" 99
P. SERIÉ.— <i>Sobre recolección de nidos y huevos de aves</i> (2 figs.)	" 129
R. DABBENE.— <i>Miscelánea ornitológica</i> (2 figs.)	" 133
" " <i>Gallineta Aramides ypacaha, con nido y huevos</i> (Lám. III)	" 136
J. M. P.— <i>La mansedumbre de un hornero</i>	" 136
K. WOLFFHÜGEL.— <i>Protección a las gaviotas en el Uruguay</i>	" 137
C. SPEGAZZINI.— <i>El gigante de los picaflores en La Plata</i>	" 138
" " <i>Un congreso de lechuzas</i>	" 138
E. BOMAN.— <i>La danza de los avestruces</i>	" 140
A. CASTELLANOS.— <i>Observación sobre una costumbre del ñandú</i>	" 141
<i>Movimiento Social</i>	" 142
LEOPOLDO LUGONES.— <i>Las aves argentinas en la poesía</i>	" 140
<i>Informaciones</i>	" 150

LOS ÑANDÚES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

POR

ROBERTO DABBENE

Los ñandúes o avestruces americanos, forman el orden de los *Rheiformes*, y representan en Sud América a los avestruces del antiguo continente, distinguiéndose de éstos por ciertos caracteres de estructura y exteriormente por tener tres dedos en el pie, en vez de dos.

Los ñandúes tienen el pico aplanado y ancho, con el culmen encorvado en su extremidad sobre la mandíbula inferior; las ventanas nasales anchas, ovaladas y situadas en la parte mediana del pico, en un surco membranoso. El cuello es largo y emplumado, las alas son en proporción largas, pero provistas de plumas blandas y delgadas; la cola es rudimentaria. Los tarsos son largos, muy robustos y cubiertos anteriormente con escudos transversales. Los dedos cortos y fuertes tienen uñas robustas y comprimidas lateralmente.

Viven en las llanuras en pequeñas bandadas haciéndose cada día siempre más escasos al estado libre.

El mes de julio, es la época en que empiezan a juntarse las parejas, y entonces los machos luchan entre si por la posesión de las hembras. El nido consiste en una simple depresión del suelo en la cual varias hembras ponen cada una de ocho a doce huevos en el mismo nido. Si en la bandada, las

hembras son numerosas, entonces los machos las alejan antes de que hayan concluído de poner todos los huevos y empiezan ellos mismos a incubarlos. Las hembras que no han concluído la postura, depositan entonces los huevos fuera del nido en cualquier parte del campo y estos huevos son conocidos con el nombre de *guachos*.

La coloración de los huevos es distinta según las especies, siendo cuando son frescos, de un amarillo dorado en la especie mayor, y de un verdoso oscuro en la menor; pero estos colores se destiñen muy pronto. Los machos además de incubar, tienen también a su cuidado la protección de los pichones.

El ñandú se domestica fácilmente y sus plumas tienen un cierto valor comercial. Habitan exclusivamente el continente sudamericano, desde el N.E. del Brasil, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay y República Argentina, hasta el Estrecho de Magallanes. Una especie se encuentra también en las altiplanicies de la cordillera de los Andes, en Chile, Perú, Bolivia y NW. de la Argentina.

El orden comprende una sola familia, *Rheidae*, con dos géneros y seis especies y subespecies, de las cuales tres se encuentran en la República Argentina y son: *Rhea americana* Rothschildi, *Pterocnemia pennata* y *Pterocnemia tarapacensis* Garleppi.

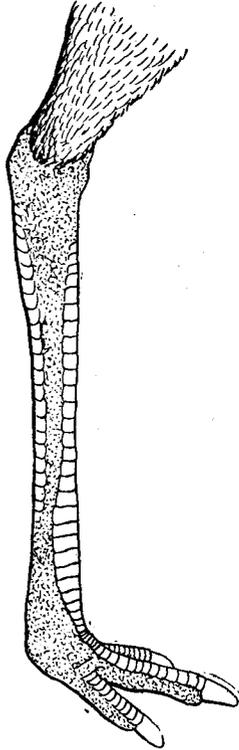


Fig. 1

Rhea americana Rothschildi
Brab. et Chubb

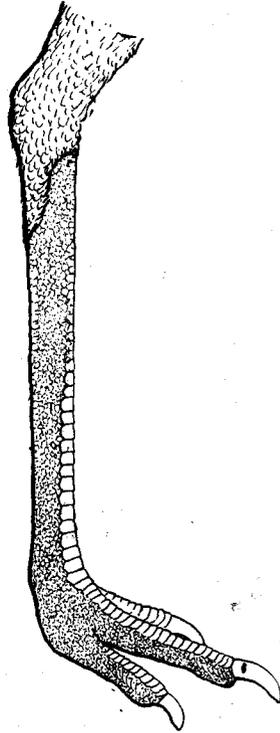


Fig. 2

Pterocnemia pennata
(D'orb.)

Clave para distinguir los géneros: (1).

a. Tarsos desnudos en toda su longitud; la parte ante-

(1) Chubb, Bull. Brit. Ornith. Club, vol. XXXIII, No. CXCI, Dec. 23, 1913, p. 80.

- rior, está cubierta enteramente por escudos transversales anchos. Los pichones tienen el cuerpo revestido de plumas algo rígidas, parecidas a pelos gén. RHEA (Fig. 1).
- aa. Tarsos emplumados cerca de la coyuntura de la tibia; la parte anterior, está recubierta sólo en la porción distal por anchos escudos transversales; lo restante del tarso es reticulado. Los pichones están revestidos con un plumón blando gén. PTEROCNEMIA (Fig. 2).
- Gen. RHEA, Brisson, Orn., V., p. 8, 1760, tipo *Rhea americana* (Lin.) [= *Rhea macrorhyncha* Sel.].

Este género comprende las formas de mayores dimensiones y está distribuido desde el NE. del Brasil (Pernambuco) al Este de Bolivia, Paraguay, Uruguay y República Argentina, hasta el Río Negro (Patagonia).

La forma típica *Rhea americana* (Lin.) se encuentra sólo en el N.E. del Brasil (Bahía, Sergipe, Pernambuco), mientras que la forma que se encuentra en nuestro territorio está más vastamente distribuida y debe llevar el nombre de *Rhea americana Rothschildi*. (1) Brab. y Chubb.

En Novit. Zoolog., XXI, N.º 2, junio 1914, p. 223 Rothschild y Chubb, han descrito una tercera forma *Rhea americana intermedia* sobre un ejemplar procedente de la Colonia (Rep. del Uruguay).

Gen. PTEROCNEMIA G. R. Gray, Hand List, III, p. 2, 1871. Tipo *Rhea Darwini Gould* [= *R. pennata* D'Orb.]. En este género están incluidos los avestruces petizos. Comprende dos especies, *Pt. pennata* (D'Orb.) y *Pt. tarapacensis* Chubb, ésta última con una subespecie *Pt. tarapacensis Garleppi* Chubb.

El género está distribuido sobre la parte más austral de Sud América, en las llanuras patagónicas desde el Río Negro al Estrecho de Magallanes, y sobre las altiplanicies de la Cordillera de los Andes del Norte de Chile, Noroeste de la República Argentina, Bolivia y Perú.

Las dos especies que se encuentran en nuestro territorio pueden ser diferenciadas por los siguientes caracteres: (2)

- a. Partes superiores grises; la mayor parte de las plumas tienen un borde blanco; los escudos transversales que cubren la parte inferior del tarso son en número de 16 a 18 *Pterocnemia pennata*.
- aa. Partes superiores de un grisáceo pardo, cabeza y cuello isabelino ante, en la parte superior, pardo obscuro en la inferior; los escudos transversales que cubren la parte inferior del tarso, son en número de 8 a 10 *Pterocnemia tarapacensis Garleppi*.

La distribución y la sinonimia de las tres formas de avestruces de la República Argentina, es la siguiente:

1. *Rhea americana Rothschildi*, Brabourne y Chubb — Ñandú, Avestruz, Surí, Choique, Chulengo.
Rhea rothschildi, Brabourne et Chubb, Ann. and Mag. Nat. Hist. (8),

(1) El cambio de nombre de nuestro avestruz se debe a que la descripción de Linneo ha sido hecha sobre un ejemplar procedente del NE. del Brasil y perteneciente por consiguiente a la especie descrita por Sclater con el nombre de *Rhea macrorhyncha*. Por las reglas de prioridad debe ser considerado válido el nombre de Linneo: *Struthio americanus* y el nombre específico dado por Sclater al avestruz del NE. del Brasil, pasa a ser un sinónimo de la especie descrita por Linneo. Al mismo tiempo la forma que habita más al Sur en el Brasil, Paraguay, Uruguay y Argentina, había de este modo quedado sin nombre, por cuyo motivo Brabourne y Chubb, lo llamaron *R. Rothschildi*.

(2) Chubb, loc. cit.

VIII, p. 273, 274 (1911 — Los Ingleses, Ajó, prov. Buenos Aires).

Rhea americana auct. (nec Linneo).

Distribución. — Sur del Brasil, Este de Bolivia, Paraguay, Uruguay y República Argentina, desde Los Andes al Atlántico, y desde las provincias del Norte al Río Negro (Patagonia). (1)

2. **Pterocnemia pennata** (D'Orbigny). — Avestruz petizo, Chara, Choique, Malochoique.

Rhea pennata D'Orbigny, Voy. Amér. Mérid., Itin., II, p. 67, nota (1835 — Patagonia).

Rhea Darwini Gould, Proc. Zool. Soc. Lond., 1837, p. 35.

Distribución. — Patagonia desde el Río Negro hasta el Estrecho de Magallanes.

3. **Pterocnemia tarapacensis** Garleppi Chubb — Avestruz petizo de la cordillera.

Pterocnemia tarapacensis Garleppi Chubb, Bull. Brit. Ornith. Club. XXXIII, No. CXCI, Dec. 23, p. 79 (1913. — Esperanza, Bolivia, alt. 4.000 mets.).

Rhea Darwini, Salvadori Cat. Birds Brit. Mus., XXVII, 1895, p. 582 (part.)

Distribución. — Altiplanicie de Bolivia y del Noroeste de la República Argentina: Pasto Ventura en el cerro Nevada, alt. 5.000 met., J. Mogensen in colec. S. Shipton.

La especie típica, *Pt. tarapacensis* Chubb, se encuentra en Chile (Tarapacá) y tal vez en el Perú.

(1) Los datos más completos sobre la biología de esta especie de avestruz se encuentran en el capítulo titulado: "El Nandú americano" publicado en "Escritos Científicos de Francisco Javier Muñiz", por Domingo F. Sarmiento, extractados de manuscritos de ese autor y reimpresos por las publicaciones de *La Cultura Argentina*, Buenos Aires 1910.

LAS AVES DEL CHACO (1)

POR

ENRIQUE LYNCH ARRIBALZAGA

(RESISTENCIA)

I

La presencia de estos seres admirables que llamamos aves constituye el timbre mejor impreso de cada país y de cada sitio: el pingüín en los polos, el cóndor y las águilas en las montañas, las gaviotas, el albatros y demás grandes voladoras en los mares, el ruiseñor en los bosques de Europa, el ñandú en las llanuras de Sud América, el chajá en los esteros argentinos y el picaflor y mil otras alhajas vivientes en las frondas tropicales. Sus cantos o sus gritos son tan característicos de cada región como el idioma o el acento de sus habitantes humanos. De ahí que hermanemos su voz en nuestra memoria y nuestro corazón con los lugares queridos, sobre todo con aquellos en que corrieron las horas deleitosas, inolvidables, de la infancia. Imaginémosnos, sino, la súbita emoción que sentiríamos si, hallándonos en tierra extraña y remota, oyéramos de improviso el estridente alarido del chajá o de la chuña, o el melodioso himno primaveral de la calandria argentina. ¿No latiría nuestro corazón con acelerado redoble? ¿No se volvería nuestra imaginación, enternecida, hacia los panoramas de la patria? ¿No se llenarían de lágrimas nuestros ojos?

Yo he amado a las aves desde el primer despertar de mi conciencia. Criado en los ondulados campos del Norte de Buenos Aires, donde, si no existen bosques naturales, abundan los sauces, acacias, duraznos y paraísos plantados en las estancias, y magníficos prados se extienden, cual un muelle alfombrado, hasta la línea del horizonte, asistí de cerca al idilio o el drama biológico de esos seres. Allí, la nota nocturna la dan las numerosas lechucitas de las vizcacheras, que no

(1) Este artículo, del distinguido ornitólogo, miembro honorario de la S. O. P., apareció en la edición especial de "Heraldo del Chaco", de Resistencia, (Julio 8-1920), de donde lo transcribimos con autorización del autor. Siendo esta la primera lista publicada de aves del Chaco tiene para EL HORNERO un especial interés por ser una valiosa contribución al conocimiento de las aves de esa vasta región.

El señor Lynch Arribálzaga nos advierte que como lista de la avifauna local, es muy incompleta, refiriéndose al caso de los tiránidos, representados allí por unas 40 especies, y de los que, no obstante, solo cita 8 especies. Pero, ha tenido en vista, al formularla — dice — "la popularización de la ciencia, especialmente en el medio local, donde existe cierto número de jóvenes, casi todos estudiantes de la Escuela Normal, que pueden interesarse tal vez por este género de estudios, por lo cual conviene darles una base." (Nota de la D.)

cesan de emitir, a lo lejos, en la paz de los campos dormidos, su *cus cú, chít*, cual si quisieran imponer mayor silencio a la noche; toda novedad es anunciada por los gritos de alarma del siempre vigilante teruterero, que abunda en todas partes y cuyos huevos, de finísima clara alabastrina, son un bocado apetecido por grandes y chicos en la comarca; en los corrales de los «puestos» y estancias o sobre las osamentas del ganado muerto en la llanura, chillan y riñen de continuo los chimangos y las gaviotas; abundantes golondrinas gorjean en el aire, trazando sus amplias y suavísimas curvas, o sobre los tejados rurales, o cruzan con insistencia por delante de los ginetes en marcha, para cazar los insectos que se levantan ante el paso del caballo; en las mañanas de primavera, los tordos azules, que brillan al sol cual si vistieran de raso, esponjan el plumaje, entonando apaciblemente su blando *glu glu glu glu*, al cual responden los fervientes acentos de amor de la inimitable calandria, que ya ríe, ya implora, ya se irrita, ora desmaya, ora levanta la voz con energía, incorporando a su propio repertorio heredado los motivos melódicos de otras aves y los diversos rumores de la naturaleza. Y el vivo interés que hicieran nacer en mi alma esas escenas, dirigió mi atención, ya adolescente, hacia el estudio de la ornitología; formé una colección, bastante completa, de las aves bonarienses (1), la clasifiqué como pude, visité a menudo la muy rica del Museo Nacional, ante cuyos estantes, repletos de aves embalsamadas y artísticamente armadas, me extasiaba todo el tiempo que toleraban los reglamentos, estrictamente cumplidos entonces por el insigne naturalista Burmeister, que aparecía ante mis ojos como un gran sacerdote egipcio en su templo, profundo, misterioso, imponente, y llegué a producir un primero y tímido fruto de mi labor en tales dominios y sus afines, desgraciada o, mejor tal vez, felizmente trunco (2). Por entonces, me atreví también a publicar otros artículos sueltos sobre aves de mi región nativa, y uno de ellos, en que exhalaba mi entusiasmo ante la belleza y el donaire del siete colores, que en el Chaco llamamos Santa Lucía, me valió tan benévulos juicios y felicitaciones hiperbólicas de los jóvenes literatos de la época que, por poco dado que fuera a la vanagloria, no dejaron de halagar mi amor propio, tanto más cuanto que una importante antología americana quiso honrarme con su reproducción.

Mas no es mi ánimo hacer abuso de mi auto-bibliografía ornitológica, sino simplemente explicar los orígenes de mi preferencia o mi debilidad por las aves, que he experimentado igualmente en este territorio, cuando he residido en sus hermosos bosques y pintorescas abras y junto a sus dilatados esteros, donde la vida orgánica se propaga y agita, como en un hervor eterno.

Yo quisiera contagiar esta inclinación de mi espíritu a la juventud que se está preparando para las lides del pensamiento y de la acción; desearía que no se contentase con la socorrida cursilería de hablar de las flores, las auras y «las canoras avecillas», en sus composiciones más o menos pseudopoeéticas y decadentes, sino que procurase caracterizar bien sus ideas y emociones, con notas y rasgos y cuadros y símiles tomados directamente de la realidad, bebidos en el ambiente mismo en que ellos se desarrollan, porque únicamente así puede surgir la belleza y la eficacia de un arte nacional, con sus lógicas variantes regionales. En las fuentes que les señalo, el poeta, el novelista, el historiador, el músico, los pintores y escultores pueden, si miran y estudian, descubrir inagotables formas originales, bellas y adecuadas, para expresar sus ideales e impresiones y para trasladarnos

(1) «Bonariense» digo y no bonaerense, porque la palabra se deriva del plural *Bonaria*, traducción latina de Buenos Aires, es decir, Buenos Vientos, y no *Bon aer*, que significa Buen Aire.

(2) Rápida ojeada sobre la fauna del Baradero, en *El Naturalista Argentino* (editado por el doctor Eduardo L. Holmberg y el autor), 1, páginas 1-18, 52-58, 101-105, 242-248, 330-336 (Buenos Aires, 1878).

con la mente a los escenarios de los hechos, verdaderos o imaginarios, que expongan en sus narraciones. De esta suerte, también se librarán de incurrir en despropósitos, como el de las serpientes que saltan y silban, el de « la ronca voz de los caracoles », que, como todo molusco, son más mudos que la esfinge, el de confundir a sus sonrosados huevecillos con los del sapo, el de aquellas « ramas del yatay » y el nadar de los flamencos, pecados de que con tanto ingenio y gracia tanta acertara a defenderse el popular cantor de *Nenia*; el error de atribuir violentas ponzoñas a muchos animales inocentes o el, aun más censurable, de imputar influencias sobrenaturales a otros tantos, como si aun fueran lícitas las supersticiones de la edad media. Con este género de tonterías, hijas de la ignorancia de la naturaleza, se podría llenar más de un volumen.

II

Carecemos de un libro dedicado especialmente a las aves chaqueñas o, por lo menos, a las del Nordeste argentino; su lista completa misma no ha sido publicada todavía. Sin embargo, en la vieja, pero admirable y utilísima obra de Félix de Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y Río de la Plata* (3 vol. Madrid, 1802-1805) o en la versión francesa, contenida en sus *Voyages dans l'Amérique Méridionale* (4 vol París, 1809), el joven aficionado a la ornitología podrá reconocer fácilmente la especie que se proponga estudiar y luego, valiéndose de los distintos trabajos científicos modernos sobre la avifauna argentina, sabrá cual es su designación sistemática actual.

Otro libro de suma utilidad en este caso es el *Catálogo sistemático y descriptivo de las aves de la República Argentina*, por el Dr. Roberto Dabbene (tomo I. Buenos Aires, 1910), en cuyas enumeraciones, completas o poco menos, figura una columna destinada particularmente a las especies de la 4ª zona, o sea del Norte y el Nordeste de la república, que abarca por consiguiente el Chaco, junto con Formosa, Corrientes y Misiones. Lo sensible es que todavía no haya sido impresa la segunda parte de esta obra capital, que comprenderá la descripción detallada de las familias, géneros y especies.

Además, varios zoólogos han colectado u observado las aves del territorio: Luis Jorge Fontana (1), aunque principalmente en Formosa, el doctor Eduardo L. Holmberg (2) y sobre todo Santiago Venturi, si bien en una comarca segregada del Chaco y que ahora pertenece al Norte de Santa Fe (Ocampo y Mocoví) (3). En cuanto a mí, he cazado y tomado muchas notas cerca de Florencia, en la costa del Tapenagá, precisamente sobre el paralelo de 28 grados, que separa al Chaco de Santa Fe, así como en los montes y cañadas de Basail, que ya es un distrito netamente chaqueño, y más tarde he coleccionado un poco también en Resistencia y sus alrededores.

Con todos estos datos reunidos, he logrado formular la lista casi completa de nuestras aves y puedo afirmar que no bajan de 287 especies, distribuidas en 224 géneros y éstos en 48 familias distintas. Dabbene ha enumerado 887 aves argentinas, pertenecientes a 487 géneros y a 71 familias, de manera que nuestra avifauna contiene una alta proporción del total de las especies de un país tan vasto y de climas tan diversos como el nuestro, el 32.35 % o sea cerca de la tercera

(1) *El Gran Chaco*. 1 vol., Buenos Aires, 1881.

(2) Viaje a Misiones, en *Bol. de la Acad. Nac. de Ciencias de Córdoba*, X páginas 5-144 (1889) y *Fauna Argentina, Aves*, en el *Segundo Censo de la Rep. Arg.* (I, páginas 494-574, 1898).

(3) Véase E. Hartert y S. Venturi, *Notes sur les oiseaux de la République Argentine* en *Notitales Zoologicae*, XVI (Londres, 1909) y numerosas referencias a las colecciones chaqueñas de Venturi hechas por Dabbene, que las estudió primero, en su obra citada.

parte, al paso que los géneros representados equivalen al 46 % y las familias al 67.60 % de los números totales citados. A cada familia corresponde, en nuestra fauna local, un término medio de sólo 6 especies o menos de 5 géneros (4.66) y cada género no contiene, en el mismo concepto, sino una especie y fracción (1.28), mientras las mismas proporciones resultan en la fauna general de más de 12 especies, es decir, el doble (12.49), de cerca de 7 géneros (6.86) por familia y de poco menos de 2 especies por género (1.82), lo que significa para nuestra faúna una mayor variedad relativa de formas.

Por supuesto que no todas esas aves viven al mismo tiempo en la vasta superficie del Chaco; algunas de ellas, propias de regiones más australes, se internan únicamente en los departamentos del Sur del territorio; otras, por el contrario, no pasan de las márgenes del río Bermejo, y las hay que sólo se adaptan a los terrenos más altos y secos del Oeste, cerca de la frontera con Santiago. Tampoco se encuentran todas constantemente, pues cierto número es de paso, si bien la mayoría es estacionaria.

Voy ahora a pasar una rápida revista a nuestras riquezas ornitológicas, sin sugetarme estrictamente, sino en lo posible, al orden de sucesión sistemática, establecido de acuerdo con sus mutuas afinidades. Que no se alarme el lector al tropezar con nombres greco-latinos; ellos forman como un lenguaje universal de la ciencia y son indispensables para precisar el grupo o especie de que se trate, de tal suerte que, si decimos *Passer domesticus*, por ejemplo, tanto el naturalista inglés, como el italiano o el japonés entienden que hablamos del gorrión común. En cambio, para facilitar al lector local la comprensión del texto, agregaré, siempre que lo conozca, el nombre vulgar equivalente, usado en la región.

III

Encabeza las filas el ñandú, cuyas cuadrillas poblaban hasta hace poco las abras del interior y brindaban carne y dinero, con sus plumas, a los cazadores indígenas, pero que ya se va extinguiendo, a causa de la rápida invasión cristiana. Es el mismo que habita las llanuras del Sur, hasta el río Negro, la *Rhea americana*, cuya interesantísima monografía escribiera el sabio argentino Francisco Javier Muñoz y editara Sarmiento, su ilustre biógrafo. En el Chaco, no se le bolea, sino que se le mata con arma de fuego, apelando el indio a variadas y pacientes maniobras para aproximársele: un haz de ramas verdes sujetas a su cuerpo, para simular un matorral, que lo oculta; el disfraz con una piel completa del mismo avestruz, manteniendo el brazo derecho levantado, para imitar el cuello del ave; una tela roja, que despliega, a fin de atraerlo por la curiosidad, etc.

Entre los altos pastizales se oye el tímido silbar de la perdiz chica o « inambú-fá » y la voz melancólica de la grande, martineta o « inambú-guasú ». La primera es la *Nothura maculosa*, la otra el *Rhynchotus rufescens*, y ambas son miembros de la familia puramente americana de los tinámidos, que muy poco tienen que ver con las verdaderas perdices de Europa.

Nuestros cazadores preparan principalmente para ellas sus escopetas, pero, como no abundan tanto como en Buenos Aires, no consiguen hacer iguales hecatombes. En el bosque ocúltase, además, una linda perdicita, de grito peeuiliar, que es « una monada »: el « inambú caá-huí » o *Crypturus parvirostris*.

Tenemos cuatro gallináceas, a cual más codiciada por su carne. Todas pertenecen a la familia de los crácidos. La mayor es el « muitú » (*Crax Selateri*), elegante y vocinglero, que habita en las selvas del Bermejo. Luego vienen las pavas de monte, que son dos: la *Penelope obscura* y la *Cumana cumanensis*. La charata, en fin, que es la menor, mas también la más abundante y esparcida,

anima el desierto con sus metálicas dianas, anunciando desde el alba la aparición del sol. Parece como si gritaran en coro, con acento imperativo, *tara tarata, tara tarata* o, como entienden los correntinos, *tira sarasa, tira sarasa*, de cuyas voces se deriva su nombre vernáculo.

Las palomas no se congregan entre nosotros en esas nutridas bandadas que ensordecen con el rumor de sus alas y doblan las ramas de los árboles en las provincias del sur. Dos torceces grandes, la *Columba maculosa* y la *Columba picazuro*, que son muy semejantes, acuden a picotear los granos en nuestras chacaras. Por el otoño, llegan algunas bandaditas de la especie mediana, la *Zenaidia auriculata*, y permanecen durante el invierno; esta es la paloma que abunda más en Buenos Aires. Cada especie tiene su arrullo peculiar, bronco el de las primeras, alterado el de una de ellas, afectuoso y tierno el de las demás, pero ninguno más suave, débil y melodioso como una tímida queja amorosa, que el de la gentil y mansa «yerutí» de los bosques, la *Leptoptila ochroptera*, que se distingue fácilmente por el color acanelado del interior de sus alas. La tortolita o «pieú-í» es el encanto de la primavera y el estío, con su constante arrullar en las enramadas; su nombre científico es *Columbula picui*. Una sexta especie, bastante rara, se suele hallar en el Chaco; es una tórtola roja de chocolate, con la cabeza cenicienta, cuya voz es alta, de timbre irritado y dice *cu cu cucú*; llámase *Columbina talpacoti*. Finalmente, Venturi halló en Ocampo la *Columba rufina*, que suele anidar allí, de modo que es casi seguro que también se encuentre en el Chaco, al Norte del grado 28 de latitud.

Si penetramos ahora en los intrincados esteros y cañadas que caracterizan la fisonomía del litoral chaqueño, observaremos desde luego al desgarrado tuyuyú coral o «Juan Grande» (*Mycteria mycteria*) y a su pariente la cigüeña o «mbaguari» (*Euxenura maguari*), pescando tranquilamente en las aguas. Tal vez acerremos a descubrir asimismo la triste figura de otro cicónido común, el «tuyuyú cangüí», que se distingue por su pico arqueado hacia abajo; es el *Tantalus americanus*. Una bandada de carcales cruzará sobre nuestras cabezas, pulsando las gruesas cuerdas de su bandurria, y se posará en los árboles vecinos, en tanto que otros ibis, deudos lejanos del sagrado de Egipto, picotean en la cañada o las orillas del estero; son el *Theristicus caudatus* y el «caráu-né» (*Plegadis guarauna*). Es probable también que demos con una especie afín de esta última, pues ha sido hallada en Buenos Aires y el río Pilcomayo: el «curucáu afeitado» de Azara (*Phimosus nudifrons*).

Allá a lo lejos, en la linde del monte, contemplamos un bello y extraño espectáculo; es un árbol cubierto con un manto tan blanco como la nieve. Aproximémonos; centenares de aves levantan lentamente el vuelo y la amplia copa reverdece: es una asamblea de la linda garza blanca, de valiosa pluma, la *Herodias egretta*, a la cual se han incorporado quizás algunos mirasoles (*Leucophoyx candidissima*), igualmente níveos y de aun más codiciado plumaje.

Asustada por nuestra presencia, huye con blandas alas la garza mora (*Ardea cocoi*) y puede ser que también se levanten otras zancudas de la misma familia (ardeidos: el pájaro yaguá (*Nycticorax naevius*), de hábitos nocturnos, que lanza en la altura su áspero *cuá*; el chiflón o *Syrigma sibilatrix*, que toca su agudo silbato todas las mañanas; las pequeñas gareitas *Butorides striata* y *Ardetta involucris* o algún «hocó» de estentórea voz, de cuya vecindad librete el cielo, lector amigo, si por acaso tienes que pernoctar alguna vez a la vera del pantano, porque el sueño no podrá penetrar en tu cerebro (*Tigrisoma marmoratum* y *Botaurus pinnatus*).

Numerosos caráus (*Aramus scolopaceus*), héroes de fábulas y leyendas del pueblo guaraní, escapan con las patas colgantes y abanicando el aire con su

pesado aleteo, mientras otros lanzan desde lejos, del seno de los juncales, su salvaje alarido, comunicando mayor desolación a aquellas soledades imponentes. Otro grito estridente le responde: es una pareja de chajáes (*Chauna cristata*) que pace tranquila la yerba, atento el oído a todos los rumores, cuando no se cierne muy arriba, compitiendo con las águilas. Si descubrimos a orillas de una laguna una preciosa mancha rosada que se refleja en su linfa, podemos estar seguros de que es una bandada de espátulas o patos rosas (*Ajaja ajaja*), émulos de los flamencos cantados por Guido Spano..., pero que tampoco tienen el hábito de la natación. Al caer la tarde, saldrán los ipacaás (*Aramides ypacaha*) de los fachinales, a insultarse con ira creciente, al parecer, gritándose agriamente *tu huaaca, tu huaaca*, como en son de desafío. Otros rálidos menores y menos belicosos abandonarán también sus escondrijos: la pollonita o limnopardalo negruzco (*Limnopardalus nigricans*), el *Creciscus melanophaeus*, el *Porphyriops melanops*, la gallineta con casco (*Gallinula galeata*) y la bella pollona azul (*Lonornis martinica*). Entretanto, al obscurecer, otras aves de la misma familia, los chiricotes, cantarán en la linde del bosque su agradable dúo conyugal; una voz alta y clara, quizás la femenina, dirá *chirí* y otra muy profunda le contestará al punto, continuando la frase, *coot*, y así seguirá repitiendo su onomatopéyico nombre, para concluir con una serie de *cot, cot, cot*, cada vez más graves, y sin duda masculinos. Sus próximos parientes, las gallaretas o pollonas negras, de que tenemos dos especies, la de ligas rojas (*Fulica armillata*) y la de alas blancas (*Fulica leucoptera*), nadarán gozosas, en grupos, en las aguas libres del estero, zambulléndose a menudo y en un continuo parloteo, que alguien ha comparado con el ladrar de los cachorros.

Si vamos en busca de anátidos, rara vez conseguiremos cazar el ganso (*Coscoroba coscoroba*), tan común en las lagunas del Sur, y no gozaremos del hermoso espectáculo que ofrece el cisne de cuello negro (*Cygnus melanocoryphus*), al deslizarse, gallardo y sereno, sobre las aguas, cual un buque con todos sus trastos al viento, pero podremos conocer otras nueve especies de esta familia de palmípedos, a saber: el pato real, tronco originario del pato criollo doméstico (*Cairina moschata*), los «suirirís» (*Dendrocygna fulva* y *D. viduata*), el patillo (*Nettion brasiliense*), el pato barcino (*Dafla spinicauda*), de puntiaguda cola, dos cercetas (*Querquedula versicolor* y *Q. cyanoptera*), el pato picazo o cresta rosa (*Metopiana peposaca*) y el pato dominico (*Nomonyx dominicus*).

Negros biguáes o zaramagullones (*Phalacrocorax vigua*), congéneres de los cormoranes que en las islas patagónicas elaboran las masas de huano, nadan en nuestros ríos, con todo el cuerpo sumergido y llevando de fuera únicamente su cuello y cabeza serpentinas, con la mirada avizora, para volar o zambullirse en caso de peligro. Con frecuencia, los vemos inmóviles, posados sobre los secos raigones varados en medio de la corriente, sobre todo en el ancho cauce del Paraná o el Paraguay. Aunque raro, también vive, solitario, otro pelecaniforme próximo: el «biguá mboi» (*Plotus anhinga*), cuyo nombre guaraní (mboi, serpiente) alude a lo largo y fino de su cuello y la estrechez de su cabeza, que recuerdan la forma de una culebra.

Nunca he visto gaviotas en el Chaco, mas sí otros láridos: los «atís» o gaviotines, que acechan a los peces en las orillas de los ríos o revolotean ágilmente sobre ellos. Son de tres especies: la *Phaethusa magnirostris*, la *Sterna superciliaris* y la *Sterna Trudeaui*. Luego, otra ave afin de éstas y muy curiosa por la rara disposición de su pico, el rayador, según la llamamos en Buenos Aires, o pico-tijeras, como apropiadamente se la designa en otras partes (*Rynchops nigra*), vuela casi rasando la tersa superficie de las aguas tranquilas, con sólo la mandíbula inferior

sumergida, a fin de apresar con sus comprimidas pinzas el pececillo o insecto con que tropiecen. Es escaso en individuos, de manera que son pocas las personas que lo conocen. Para concluir con las nadadoras, recordaré el macá (*Aechmophorus major*), de lujosa piel, único representante aquí de la familia de los podicipédidos o somorgujos.

Pero aun no he agotado la lista de nuestras aves zancudas o de pantano. Una de ellas es el bonito y confiado aguapeazó (*Jacana jacana*), único miembro argentino de la familia de los párridos (*Parridae*). A favor de sus largos dedos, provistos de uñas rectas, que parecen lancetas, paséase a grandes trancos sobre los camalotes, cuando no despliega sus lindas alitas verdes claras, prorrumpiendo en gritos que parecen risas infantiles. El tero, terutero o «tetéu» (*Belonopterus cayennensis*) no abunda como en el Sur, en cuyos campos, su grito de alarma es la nota más familiar a sus habitantes. No faltan, sin embargo, sus parejas, que suelen anunciar, con su alegre algazara, la vuelta del buen tiempo. El tero real (*Himantopus melanurus*), notable por sus altas zancas coloradas, es escaso en las zonas del Chaco que conozco, mas lo he visto pasar por el paralelo de 28 grados. Dos chorlitos del grupo de los pluviales o carádridos se encuentran en las márgenes de nuestros ríos, arroyos y lagunas; el uno es el *Charadrius dominicus*, de pecho y vientre negros en el macho adulto, blanco impuro en el joven y la hembra, y el *Aegialitis collaris*, blanco por debajo y con un collar negro sobre el pecho. En los mismos sitios y en los pequeños aguazales de los campos, viven otros cinco chorlitos de modesto plumaje grisáceo, del prupo de los totaninos y el de los escolopacinos. Al primero pertenecen el *Helodromas solitarius*, que gusta, en efecto, de la existencia aislada, el «mbatitú» o batitú (*Bartramia longicauda*), que es social, pasa de noche gritando su nombre y emigra a los campos de Buenos Aires, donde engorda a tal extremo con la aceitosa semilla del cardo asnal (*Sylibum marianum*) que apenas puede levantar el vuelo y corre atontado cuando se asusta; al segundo, tres especies del género *Heteropygia*: la *H. maculata*, la *H. fuscicollis* y la *H. Bairdi*, pequeños chorlos que se reúnen en bandadas y vuelan con suma rapidez. La canastita es otro escolopacino, la *Gallinago frenata*, sabrosa becasina que a veces abunda en las cañadas y, sobre todo durante la noche, deja oír su trémulo brrrr... en «crescendo» y «diminuendo». Venturi ha cazado además en el Chaco otra especie mayor, la *Gallinago gigantea*, que yo no conozco. En fin, la última zancuda de mi lista chaqueña es la *Rostratula semicollaris*, rara y extraña becasina, de pico arqueado hacia abajo.

Dirijamos ahora nuestra atención hacia las rapaces, las aves simbólicas de la fuerza y el poderío.

Hermanos menores del soberbio cóndor son el fúnebre iribú (*Catharista atrata*), y el «iribú pirái» (*Cathartes urubitinga*). El primero, que extiende sus dominios desde los Estados Unidos de América hasta nuestro territorio del Río Negro, de océano a océano, es pájaro de larga historia, como que ha llegado a desempeñar funciones municipales, en pró de la higiene de las ciudades, en Lima, por ejemplo; donde corría «in illo tempore» con la limpieza de los desperdicios corruptibles, que pasaban a su insaciable buche todas las mañanas, por lo cual la ley lo protegía y nadie lo molestaba. Entre nosotros, prefiere las cercanías de las casas campestres o de los mataderos de los pueblos. Es el ave más pacífica, a despecho de su sanguinaria parentela, y se domestica con mucha facilidad. Reposa o atisba su alimento sobre los postes y los árboles muertos en pie y es curioso contemplarlo cuando se seca al sol, perfectamente quieto y con las alas extendidas. Su vuelo es firme y sereno y a menudo se cierne sobre las osamentas que descubre, con su finísimo olfato.

El iribú pirái es mucho más huraño y andariego; es un gran volador, dotado

de largas alas; sin embargo, cuando gira muy arriba, parece con frecuencia como si el viento fuera a derribarle el aeroplano; inclínase bruscamente, pero el anchotimón de su cola y la fuerza de sus brazos restablecen en seguida el equilibrio; gusta sobre todo de registrar los campos desde corta altura; va, como dice Azara, «contoneándose» y «parece que a cada paso quiere posarse».

Existen en América varias especies de *Cathartes*, fáciles de ser confundidas las unas con las otras, mas parece averiguado que la común en el Paraguay y el Nordeste Argentino es el *C. urubitinga*, de cabeza cárdena clara, con partes amarillas, bastante bien descrito por Azara bajo el nombre de «acabiray». Sin embargo, parece indudable que también se halla otra el *C. aura*; tipo del género, por lo menos en el Sur y probablemente en el Oeste del territorio, pues es ave propia del interior de la república; ésta se distingue a primera vista por el tinte rojo vivo de la piel desnuda que cubre su cabeza. Su área de dispersión es enorme; dilátase desde el paralelo de 49 grados de latitud Norte, en los Estados Unidos, hasta la Tierra del Fuego, pasando por toda la costa del Pacífico y abarcando el interior argentino, el Sur de Buenos Aires y toda la Patagonia. En el Chaco, pues, estaría su límite oriental. No sé que los acompañe el hermoso y respetado «iribú-rubichá», cuervo blanco o bandera española, como también suelen llamarlo, según dicen, en el Paraguay, mas no es difícil que de cuando en cuando nos honre con su presencia, porque Azara lo hace llegar hasta el grado 32.

El carancho o «caracará» (*Polyborus tharus*) es muy común y, no obstante, nadie se queja de él, porque no cuidamos ganado menor, en cuyas crías suele hacer estragos. Por el contrario, nos beneficia desorugando los algodonaes allí donde lo dejan tranquilo. Otros dos polibóridos menores viven en este territorio y a ambos se les confunde bajo el mismo nombre de «caranchillo»; son el *Milvago chimango* y el *M. chimachima*, los dos relativamente escasos, particularmente el primero, que abunda tanto en las estancias porteñas. Las aves de este grupo, aunque de la familia de las águilas y los halcones (*Falconidae*) no son propiamente de presa; apenas si la primera se atreve a apoderarse de algún débil pollito o uno que otro anfibio.

En cambio, poseemos un buen número de otras rapaces diurnas verdaderamente temibles para las demás aves y los pequeños mamíferos y reptiles; ellas son nuestras águilas, halcones y gavilanes. Las primeras no son águilas legítimas, sino del grupo menos noble de los buzos (*Buteoninae*); su magnitud, fuerza y valentía son, sin embargo, considerables. Las mayores son la «obscura y blanca» de Azara (*Geranoaetus melanoleucus*), su «coliblanca» (*Tachytriorchis albicaudatus*) y el águila colorada o «taguató puigntá» (*Heterospizias meridionalis*); es frecuente ver a las dos primeras cernerse con elegancia, atisbando desde muy arriba la presa codiciada; a la última, se la encuentra a menudo en la orilla de los bosques; su espaldá roja de canela la denuncia desde lejos. Dos gavilanes, el *Circus cinereus* y el *C. maculosus*, recorren sin cesar las abras, siempre contra el viento, o espían, circulando sobre las casas de campo, a las aves de corral. Otros prefieren subsistir de ranas, sapos, serpientes y moluscos, que cazan principalmente en los esteros; tales son el caracolero (*Rostrhamus sociabilis*), que acostumbra reunirse en bandadas, el *Leptodon cayennensis*, de gancho pico, el haleón «azulejo» de Azara (*Ictinia plumbea*), el águila negra o «taguató hú» (*Urubitinga urubitinga*), el águila pampa, (*Busarellus nigricollis*), que se distingue por su cabeza blanca y sus partes inferiores rojas castañas, así como por las agudas escamas que revisten la planta de sus dedos, el halconcito blanco (*Elanus leucurus*), que vive constantemente apareado y se denuncia por su voz, que dice «cri cri cri cri», y hasta el grande y hurraño «pájaro guaicurú» (*Herpetotheres cachinnans*), que lanza durante largos ratos su salvaje grito:

«maa, cahuá, maa cahuá». Algunos de nuestros «halcones» persiguen a los pajaritos, los apereás y los ratones, sin desdeñar los reptiles y las langostas; entre éstos se cuentan el esparvero «negriblanco» o «faxado» de Azara (*Micrastur semitorquatus*), el bonito «gavilán chohuí» (*Geranospiza caerulescens*), de patas rojas coralinas, que también suele dedicarse a la caza de pollos, los esparveros «azulejo» y «pardo y goteado» de Azara (*Accipiter pileatus* y *A. guttatus*) y un halconcito que abunda en el invierno y que, al perseguirse los sexos o reñir entre sí, revolotea gritando «tiritirí tití, tiritirí tití, titití, titit, titit» (*Hypotriorchis rufigularis*). Son comunes también el halconcito colorado, que es un cernícalo cuya patria es toda la América (*Cerchneis sparverius*), y el de cabeza negra, llanado «indayè» en el Paraguay (*Rupornis magnirostris*); ambos son principalmente insectívoros y el último es tan mansejón que se ha merecido el dictado de «pájaro bobo».

Cierra la serie de nuestras rapaces diurnas la conocida chuña de patas coloradas o «saria» (*Cariama cristata*), adaptada a los altos gramales de estas regiones, hasta el punto de ser tan zanquilarga como una cigüeña, de donde viene que para muchos naturalistas no sea un ave de rapiña, sino una grulla. Se domestica con suma facilidad y, tan vigilante como los gansos del Capitolio, no deja de advertir toda novedad con su aguda música cancanera, a que estamos ya habituados los habitantes de esta capital.

Ocho son los rapaces nocturnos que viven en el Chaco: el respetable «ña-curutú» (*Asio magellanicus*), que ulula lúgubrementemente en las selvas en las altas horas de la noche y estremece supersticiosamente a las personas crédulas o de poco corazón; el lechuzón de los campos (*Nyctalops accipitrinus*) y el de las ruinas y campanarios (*Aluco flammea*), el «ña-curutú-í» (*Otus choliba*) pequeño buho de los bosques, el «suindá caahuí» (*Ciccaba suinda*), la lechucita de las cuevas (*Speotyto cunicularia*) y dos «cabureis»: el común (*Glaucidium brasilianum*) y el enano (*G. nanum*). El lechuzón de los campos, ave casi cosmopolita, no es frecuente; el otro, que muchos llaman también «suindá» y es asimismo habitante de ambos hemisferios, si bien se modifica y ofrece muchas razas locales o subespecies, de las cuales la argentina es la *perlata*, es muy común: todos podemos observarlo en los muros de nuestra inconclusa iglesia parroquial. Las otras especies, incluyendo la lechucita que en Buenos Aires llamamos de las vizcacheras y es tan propia de las pampas, son aquí relativamente escasas en individuos. Los cabureis o reyes de los pajaritos son célebres por las agüerías que atribuye el vulgo al animal y sus despojos.

La familia de los loros o sitácidos cuenta en nuestros bosques con diez especies de variada magnitud, desde los gigantescos y magníficos guacamayos, el rojo (*Ara chloroptera*) y el azul, con vientre amarillo (*A. caninde*), ornatos de la zona del Bermejo, hasta la pequeña y simpática cotorrita «chiripepé», de cola de grana (*Pyrrhura vittata*). El más común es el «loro satí» (*Conurus acuticaudatus*), de áspero grito y que anida en los huecos de los troncos. La cotorra (*Myiopsitta monachus*) me parece de paso en nuestro territorio; he visto llegar sus bandaditas por el mes de Abril, pero nunca he hallado sus grandes nidos de palitos. El «maracaí-í» (*C. leucophthalmus*) abunda en algunas comarcas; al «ñendai» (*C. nenday*) lo creo escaso; el *C. aureus* ha sido señalado en el Chaco salteño, sobre el alto Bermejo, de modo que es probable que exista igualmente en nuestros montes, más al Este. El loro hablador (*Chrysotis aestiva*) atruena las abras y arboledas con su áspera cháchara y no hay rancho chaqueño que no posea un ejemplar gritón y conversador, en castellano o en guaraní. Hay, en fin, otro loro de cola corta cuyas bandadas he visto en primavera, cerca de Florencia, y que tal vez sea el *Pionus maximiliani*.

En las barrancas de todas las corrientes, tienen sus cuevas y anidan los martines pescadores, cuyos hábitos ictiófagos les han valido el nombre que llevan. Son tres las especies que se encuentran en nuestro país: la grande (*Ceryle torquata*), la mediana (*C. amazona*) y la pequeña (*C. americana*). La primera y la segunda son las más comunes. Pertenecen como se ve, al género *Ceryle*, único representante en la República Argentina de la familia de los halciónidos.

A continuación se colocan los miembros de la de los caprimúlgidos o «igüiyafés», seres extraños que recuerdan las formas de las golondrinas y el plumaje nebuloso de las rapaces nocturnas. Como ellas, entran también en actividad al aproximarse o ya bien entrada la noche. Con el crepúsculo vespertino, aparece el perezoso o «pájaro atei» (*Podager nacunda*), gambeteando ágilmente y haciendo ejercicios de acrobacia en el aire, para apoderarse de los insectos de que se nutre. Más tarde, prorrumpe en frases airadas el tres-cuatro-cueros, que creo el *Caprimulgus parvulus*, y no cesa de gritar en ciertas noches cálidas de verano, en tanto que otra especie que no he logrado identificar produce un largo gluglulgú, como si derramara una botella llena de agua, y que el dolorido «urutái» (1) clama en la sombra del bosque, con acentos casi humanos. Este es el *Nyctibius griseus* y el pueblo lo llama también «la vieja», a causa de sus plañideros gritos; el misterio de su vida lo ha convertido en héroe de leyendas populares, desde las Antillas hasta aquí. El elegante *Hydropsalis furcifer*, de larga cola bifurcada, el *Eleothreptus anomalus* y el *Caprimulgus rufus* son igualmente elementos de nuestra fauna.

Entran asimismo en ella dos cipsélidos o vencejos, la *Streptoprocne zonaris* y la *Chaetura Andrei*, y ocho golondrinas. De éstas, nos es bien familiar a todos la doméstica *Progne chalybea*, cuya grata visita recibimos en los primeros días templados de la primavera, para verla partir a países más septentrionales así que la temperatura descendiende, al aproximarse el otoño. Las otras especies son la *Iridoprocne leucorrhoea*, golondrinita campestre de rabadilla blanca, y su congénere la *I. albiventris*, la *Hirundo erythrogastra*, muy semejante a la clásica especie de Europa (*H. rustica*); la *Phaeoprogne tapera*, la *Pygochelidon cyanoleuca*; el *Alopochelidon fucatus* y la *Petrochelidon pyrrhonota*.

A las plantas de flor tubular, a menudo a las enredaderas de nuestros corredores, acuden los vibrantes y preciosos picaflores o «mainumbies», esas brillantes joyas pletóricas de vida que inspiraron a Buffon, el gran naturalista poeta, una de sus páginas más entusiastas: «La esmeralda, el rubí y el topacio brillan sobre su plumaje, dice: jamás lo mancha con el polvo de la tierra y, en su vida siempre aérea, vésele tocar apenas el césped, por instantes; está siempre en el aire, volando de flor en flor; tiene su frescura, como tiene su esplendor; vive de su néctar y no habita sino los climas donde ellas se renuevan sin cesar». El macho del *Helimaster furcifer* es uno de los más bellos, cuando viste su librea nupcial en primavera; su garganta y su pecho son de un azul turquí lleno de luz, y una mancha de rubí adorna el arranque de la primera; en el resto del año, su plumaje es modesto, como el de la hembra. El *Chlorostilbon aureiventris* y otro, de garganta azul, que no he conseguido identificar, le siguen, en cuanto a hermosura,

(1) Y nó *urutái*, como le llamó el dulce poeta nacional:

“Llora, llora urutái,
En las ramas del yatái:
Ya no existe el Paraguái,
Donde nací, como tú”.

(Guido Spano, *Nenia*).

y después, menos lujosamente ataviados, aunque siempre muy lindos, se colocan la *Hylocharis sapphirina* y la *H. ruficollis*, éste el más común de todos.

Siete cucúlidos viven en el Chaco o, mejor dicho, lo visitan todos los años, pues no soportan sus inviernos. Uno de ellos es el pilincho (*Guira guira*), tan familiar, tan inteligente y tan simpático. Los demás son aves salvajes y dolientes; el «chochí» o crispín (*Tapera naevia*), que va, según la leyenda, eternamente llorando y llamando a su hermano, perdido en el monte; los anós (*Crotophaga ani* y *C. major*), de negro plumaje y grito plañidero, y dos *Coccyzus* cuculillos huraños que gustan de ocultarse en la copa de los árboles y lanzan desde allí sus broncas voces de llamada, que dicen «cau, cau»: el *C. melanocoryphus*, y el *C. cinereus*.

Hasta ahora no he hallado sino un «tucá» o tucano en el Chaco, el *Rhamphastos toco*, de enorme pico, negro, con el pecho y la rabadilla blancos y las subcaudales de un vivo carmesí; pero, habiendo encontrado en Formosa el «tucái» o tucá de pecho anaranjado y vientre rojo, no me parece difícil que exista igualmente en las costas del Bermejo, cerca del Paraguay.

Nuestros picidos o carpinteros son, por lo menos, diez, y varios abundan, sobre todo en los bosques, si bien uno de ellos es esencialmente campesino. Este es el *Colaptes agricola*, que vemos u oímos chillar con frecuencia sobre los taurúes y los postes de los cercos. El fuerte grito del *Leuconerpes candidus*, especie blanca y negra y sin copete, se oye de muy lejos y suena «tirr, tirr». En el seno de la selva resuena el seco martilleo que aplican a los troncos el *Campephilus leucopogon*, de cabeza sanguínea en el macho, negra, con el occipucio rojo, en la hembra, y que ostenta dos bandas blancas en la espalda, sobre fondo negro; el *Neophloeotomus Schulzi*, de gorro puntiagudo escarlata y sin rayas dorsales blancas; el *Chloronerpes aurulentus*, verde oliváceo, con la coronilla y una estría malar encarnadas; el *Chrysophilus melanolaemus*, negro, fajado de blanco en la espalda, con la raya malar y un copete occipital también rojos; el *Veniliornis olivinus*, oliváceo dorado en el dorso, con rayitas amarillas, por debajo aceitunado y con fajas leonadas, y con la nuca escarlata, y el *Dryobates mixtus*, que se distingue por una gran mancha blanca a cada lado del cuello y sólo las puntas del copete occipital teñidas de rojo en la hembra. Otro carpintero, el *Melanerpes cactorum*, prefiere perforar el blanco tronco de las tunas, en cuyo interior anida.

Dos veces he observado en la espesura del bosque, en la costa del Tapenagá, una especie de gorro pajizo claro, que probablemente es un *Celeus*, el *C. Kerri* o el *C. lugubris*, y he visto de cerca un minúsculo carpinterito, del tamaño de un cachilo, que no ha de ser otro que el *Picumnus cirrhatus*, hallado por Venturi en el Chaco.

El gran orden de los pájaros propiamente dichos (*Passeres* v. *Passeriformes*) se halla representado, por supuesto, en nuestro territorio por bastantes especies, ricas algunas de ellas en individuos. Las familias que cuentan aquí con mayor número de especies son los tiránidos, que llegan a cerca de 40, y los fringílidos, que ascienden a 26.

No conozco sino tres formicáridos, todos del género de los «bataráes» o *Thamnophilus*, habitantes de los matorrales ribereños. Los hiláctidos y los conopfágidos son extraños a nuestra región; únicamente el gallito *Rhinocrypta lanceolata* es posible que se encuentre en el Oeste, pues vive en la vecina provincia de Santiago del Estero.

El alonsito (*Furnarius rufus*), tipo de los furnáridos, nos encanta con su airoso andar, sus regocijados dúos matinales y, sobre todo, con su notable industria arquitectónica, que revela una rara inteligencia. El «añumbí» (*Anumbius anumbi*) y los facelódonos (*Phacelodomus ruber*, *Ph. sibilatrix* y *Ph. striaticollis*)

demuestran análogo talento constructivo, al formar sus grandes nidos de palitos espinosos, generalmente suspendidos de una rama, lo que les ha valido el nombre de «leñateros». Los pequeños sinaláxidos y sus afines no les van en zaga y algunos llaman la atención por el timbre de su voz, especialmente la *Synallaxis phryganophila*, que la tiene cavernosa e impropia de la talla del pajarito, y la *S. cinnamomea* (?), que canta insistentemente «ti ti ti ti» durante los días lluviosos. Tenemos nueve especies chaqueñas de estas avecitas, por lo menos: un *Phloeocryptes*, siete *Synallaxis* y una *Cranioleuca*. En Ocampo, muy cerca de nuestro deslinde con Santa Fe, observó Venturi la *Upucerthia certhioides*, así como la *Coryphistera alaudina*, que se señala por su alto copete. También vió allí el *Xenicops rufo superciliatus*.

El *Sittasomus sylviiellus* es un pequeño dendrocoláptido que recorre activamente las ramas de los árboles, a caza de insectos. Las marañas de las selvas son alegradas con frecuencia por las altas y nítidas escalas del *Xiphocolaptes major*, que parece un gran hornero o alonso trepador y que asciende fácilmente por el plano vertical de los troncos, en cuyo ejercicio rivaliza con él otra especie de la misma familia, que es bastante común en los algarrobales, el *Picolaptes angustirostris*.

Parece que no hay en el Chaco sino cuatro cotíngidos y que son bastante escasos: el *Platyparis rufus*, el *Pachyrhamphus polychropterus*, el *P. viridis* y el *Xenopsaris albinucha*.

En seguida de los pípridos, de que no tenemos especie alguna, vienen los tiránidos, pájaros muy útiles, por sus hábitos insectívoros, y que, como ya he dicho, son como cuarenta en nuestro territorio. A esta interesante y numerosa legión pertenecen el popular «pitohué» (*Pitangus sulphuratus*), la blanca viudita (*Taenioptera irupero*), el negro pico de plata (*Lichenops perspicillata*), la matadura (*Machetornis rixosa*), la chinehurisa (*Serpophaga munda*), el «suirirí» (*Tyrannus melancholicus*), el encendido churrinche (*Pyrocephalus rubinus*), la graciosa tijerilla (*Muscivora tyrannus*) y una serie de otras formas cuya enumeración tomaría demasiado espacio en esta ligera revista.

¿Quién no conoce la pequeña y doméstica tacuarita, cuyos dulces gorgeos saludan las primeras tibiezas de la primavera? Es el *Troglodytes musculus*, que se encuentra en toda la república y, junto con otro pajarito de voz melodiosa, el *Cistothorus polyglottus*, representa aquí a la familia de los troglodítidos.

Dos túrdidos, del grupo de los mirlos, entonan sus himnos en nuestras florestas. El mejor cantor de ellos es el zorzal de pecho colorado (*Planesticus rufiventris*), que abunda en el interior; por eso se le cría y mantiene en cautividad en muchos hogares. El otro es su congénere el zorzal de pecho blanco (*P. amaurochalinus*).

Pero ningún músico silvestre puede rivalizar con la melodiosa calandria (*Mimus saturninus*), tipo de la vecina familia de los mímidos. Desgraciadamente, no se presenta o es muy rara fuera del Oeste del territorio. En cambio, su hermana, la que Azara llamó «tres colas», a causa de la apariencia de sus plumas caudales (*M. triurus*), de breve y mediocre cantar, es ave bastante común en todas partes.

Los chibiros (*Cyclarhis gujanensis* y *C. ochrocephala*) gritan su nombre en la arboleda, en unión de la *Vireosylva chivi*, los tres de la familia de los vireónidos.

Las primitas (*Anthus*), que pertenecen a la de los motacélidos, son muy raras en nuestros campos, mientras abundan en los de las provincias del Sur. Sólo he visto unas pocas y cazado un ejemplar, cuya especie no logré aun determinar con seguridad, si bien me pareció el *A. lutescens*.

Los niofítidos (*Mniotiltidae*) son pajaritos de reducida talla y lindos colores. De las siete especies argentinas, cuatro, por lo menos, viven en el Chaco. Una de ellas, que en el Paraguay llaman «pihtíayumí», el *Compsothlypis pitayumi*

es precioso: azul por encima, con la espalda verde, y amarillo por debajo, con el vientre blanco. Los otros son el *Geothlypis aequinoctialis*, el *Basileuterus auricapillus* y el *B. leucoblepharus*.

Paso por alto dos pequeñas familias, los cerébidos y los tersínidos, porque no tienen representantes aquí. Los tanágridos, que se colocan a continuación, cuentan con ocho especies chaqueñas, a cual de ellas más bonita. Una de ellas es el Santa Lucía (*Thraupis bonariensis*), cuyo macho se destaca por el azul, el anaranjado, el negro y el amarillo de su plumaje; otro es el conocido «chohuí» (*T. sajaca*), corsario de los naranjales. Los demás son la *Pyrranga flava*, de librea roja de fuego en el macho y amarilla en la hembra; la *Euphonia aurea*, que es preciosa en el sexo masculino, por el contraste que hace el azul violáceo oscuro de su capa y el negro de su garganta con el amarillo vivo de su frente y sus partes inferiores; el cardenal azul (*Stephanophorus leucocephalus*), del color que indica su nombre, con la coronilla blanca, la frente negra y un copetito encarnado, la *Thraupis cyanoptera*, que es otro chohuí, confundible con el común, pero escaso; el *Tachyphonus rufus*, de librea renegrida y charreteras blancas en el macho y bermeja en la hembra, y la *Thlypopsis sordida*, que no conozco, observada en Ocampo por Venturi y que ha de llegar asimismo al Norte del grado 28. Todas son aves aficionadas a la fruta y que nos visitan anualmente, desde el otoño hasta la primavera, que es la época de la naranja.

Los fringílicos, pájaros principalmente granívoros, son numerosos, no sólo en especies, sino también en individuos, que a veces se reúnen en bandadas. En el Chaco, pueden encontrarse no menos de 26 especies, que no he de enumerar ahora totalmente, sino citar las más notables. El cardenal es una de ellas, por su rojo y alto copete, por su canto y la facilidad con que se domestica; es la *Paroaria cucullata*. Tenemos también un congénere menor, de cabeza sanguínea, mas no copetudo: la *P. capitata*. El cardenal amarillo (*Gubernatrix cristata*) aunque con escasez, es de creer que se encuentre en el territorio, puesto que sube, por el Sur, hasta la provincia de Corrientes. El «ará-guirá», pájaro del día o de la luz (*Coryphospingus cucullatus*), es una linda avecita color de fuego que ostenta un copetito «del rojo más subido, brillante y bello que pueda verse», como dice Azara; suele hallarse en los alrededores de esta capital. El conocido y manso cachilo, el gorrión de América (*Brachyospiza capensis*), cuya patria se extiende desde los Estados Unidos hasta el estrecho de Magallanes, si bien diversificado bajo varias formas o subespecies regionales, va siendo paulatinamente desalojado por el pícaro gorrión europeo; el «manimbé» (*Myospiza manimbe*) pequeño y de humilde vestido, se oculta entre los pastizales de las abras y emite por la mañana su nota fina y metálica de llamada; el jilguero de cabeza negra (*Spinus ictericus*) gorgoea animadamente en los lindos días de la primavera, con el arte y la dulzura de un canario, en tanto que el «chuí» o jilguerillo amarillo (*Sicalis Pelzoni*) ensaya canciones más modestas y el mixto (*S. arvensis*) chilla en los sembrados. Las tres especies argentinas del género *Saltator*, grande y de grueso pico, viven en nuestros bosques y gritan de un modo muy parecido al de los chibiros (*Cyclarhis*), de la familia de los vi-reónidos. Integran, finalmente, la lista de los fringílicos del Chaco, seis corbatitas (*Sporophila*), la *Volatinia jacarina*, dos o más pospizas (*Poospiza*), la *Embernagra platensis*, el *Emberizoides herbicola*, el *Arremon polionotus*, la *Coryphospiza albifrons* y la *C. melanotis*. En cuanto al gorrión, aunque es un intruso, traído de Europa, vive ya en nuestro país como en su propia tierra originaria y va invadiendo sin cesar toda la faz de la república y las naciones colindantes; los primeros individuos, que se establecieron en los machinales de la iglesia de Resistencia, fueron observados por mí, cuando nadie había notado su presencia, hace como once años; desde entonces, se ha multiplicado a sus anchas y ha irradiado sobre muchas leguas

a la redonda. Su nocividad o sus beneficios son sumamente discutidos en Europa y Norte América, a tal punto que la opinión de los Estados Unidos es divisible en dos partidos, el de los gorrionistas y el de los antigorrionistas, pero aquí no se ha advertido que cause perjuicios de alguna consideración y, en cambio, anima con su presencia y sus gritos las calles y paseos.

Otro grupo de pájaros granívoros es el de los ietéridos, exclusivamente propio de América y que se singulariza por su carácter sociable en la mayoría de las especies y por los vivos matices rojos o amarillos que adornan su plumaje o el lustre sedoso de éste, cuando son de color oscuro uniforme. En el Chaco, son numerosos; puedo señalar la existencia en él de 16 especies. Tres son los boyeros, industriosos tejedores de nidos en forma de bolsillo, que suspenden de los árboles: el de charreteras y lomo amarillos (*Cacicus chrysopterus*), el de rabadilla roja (*C. haemorrhous*), descubierto por Venturi en el Chaco santafecino, y el completamente negro, con el pico blanco (*Amblycercus solitarius*). Llamamos impropriamente «tordos» a varias especies gregarias; varias de ellas habitan en los juncales de los esteros; tales son el hermoso federal o pájaro soldado (*Amblyramphus holosericeus*), negro, con la cabeza, el cuello y las piernas rojos encendidos, los pechos amarillos (*Agelaius cyanopus*, *Pseudoleistes virescens* y *Ps. guirahuro*) el cabeza amarilla (*Agelaius flavus*) y el corona de canela (*A. ruficapillus*), pero todos salen al campo alto y devastan los maizales. El «bobolink» de los norteamericanos (*Dolichonyx oryzivorus*), que pasa entre ellos por uno de los mejores cantores en jaula, aparece también aquí en pequeñas bandaditas, nunca en tales cantidades que constituyan una plaga de la agricultura, como sucede en los Estados Unidos.

El primer puesto entre los músicos alados correspóndele de derecho, después de la calandria, al «guirahú» o tordo negro (*Aptus chopi*), que en el Paraguay llaman «chopí» y en el Brasil «chopim», sin duda porque inicia sus briosas melodías repitiendo varias veces esa sílaba; forman coros numerosos y, aunque cada ejecutante canta por su lado, como los de una orquesta ensayan instrumentos antes de que el director levante la batuta, el inarmónico conjunto resulta encantador. Cautivo desde pequeño, aprende y repite los más variados temas melódicos. Por mi parte, confieso que, habiendo muerto muchas aves, con fines científicos, siempre fui aplazando el sacrificio de un guirahú y concluí por venirme a la ciudad sin haber disparado mi Flobert sobre ninguna de estas amables avecitas, que habían alegrado muchas de mis horas en la soledad del desierto.

El tordo azul (*Molothrus bonariensis*), de reluciente plumaje masculino y tristemente pardo en el de la hembra, no abunda, ni con mucho, tanto como en Buenos Aires, si bien suelen verse llegar algunas pequeñas bandadas a la entrada de la primavera. Tenemos además dos congéneres, menos numerosos todavía en individuos: la mulata (*M. badius*) y el tordo de pico corto (*M. brevirostris*).

Finalmente, un bonito pecho colorado, el *Leistes militaris*, y el boyerito, de charreteras rojas caneladas (*Icterus pyrrhopterus*), viven asimismo en el Chaco; el último es confiado y suele penetrar, en invierno, en nuestros jardines urbanos.

Para concluir, debo recordar las urracas o «acaés», pertenecientes a la familia de los córvidos y parientes por tanto de los cuervos, los grajos y la famosa picaza, marica o urraca verdadera (*Pica caudata*) de Europa.

Son dos; la más conocida es la azul (*Cyanocorax chrysops*), que se cría en cautividad y es artículo de activo comercio, pues no falta en ninguna de las pajarerías de Buenos Aires. Sus variados gritos resuenan a menudo en el bosque y en la proximidad de las casas campestres; yo le he contado no menos de seis voces distintas, que usa según las circunstancias. La urraca morada anda en pequeñas bandadas y es mucho menos atrevida e inteligente; sólo se le oye un grito que dice ásperamente «kerr, kerr».

NOTAS SOBRE LOS CHORLOS DE NORTE AMERICA QUE INVERNAN EN LA REPUBLICA ARGENTINA

POR

ROBERTO DABBENE

El orden de los *Limicolae* o *Charadriiformes*, está representado en la República Argentina por cuatro superfamilias: *Jacani*, *Charadri*, *Attagides* y *Chionides* (1). De estas superfamilias, la más numerosa en especies es la de los *Charadrii*, habiéndose señalado en nuestro país 46. Algunas de estas especies son peculiares a la Argentina, como el *Pluvianellus sociabilis* Jacq. et Puch., hasta la fecha sólo encontrado en la Patagonia, en la parte oriental del Estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego; otras se reproducen en nuestro territorio y sólo emigran durante el invierno a las regiones limítrofes; otras especies, en fin, se reproducen en las regiones árticas o en el norte de los Estados Unidos y Canadá y abandonan esas regiones al aproximarse el invierno, para emigrar a Sud América, llegando algunas hasta la parte más austral del continente. En estas regiones permanecen cerca de seis meses, es decir, desde Septiembre hasta la mitad de Marzo, que son los meses correspondientes a la primavera y verano en el hemisferio austral, y antes de mediados de Abril ya ha terminado la migración de regreso a los sitios de cría.

Entre las numerosas especies de chorlos que emigran de Norte América y vienen a invernar en el continente sudamericano, 24 han sido señaladas en la República Argentina y son las siguientes: *Neoglottis melanoleuca*, *Neoglottis flavipes*, *Pisobia maculata*, *Pisobia fuscicollis*, *Pisobia Bairdi*, *Tringa solitaria solitaria*, *Pluvialis dominicus dominicus*, *Micropalama himantopus*, *Bartramia longicauda*, *Calidris canutus*, *Tryngites subruficollis*, *Crocethia alba*, *Limosa haemastica*, *Phaeopus hudsonicus*, *Mesoscolopax borealis*, *Actitis macularia*, *Charadrius semipalmatus*, *Erolia ferruginea*, *Ereunetes pusillus*, *Aphriza virgata*, *Glottis nebularia*, *Steganopus tricolor*, *Phalaropus fulicarius* y *Lobipes lobatus*.

Algunas de estas especies son muy comunes en nuestros campos, en donde llegan periódicamente en gran número al acercarse la buena estación; otras aparecen sólo de tiempo en tiempo, y otras, en fin, sólo accidentalmente han sido señaladas entre los límites del territorio argentino. Considerando las costumbres de estas aves, en lo que se refiere a sus hábitos migratorios y a las largas distancias que suelen recorrer durante sus viajes anuales, no sería difícil que otras especies más pudieran visitar eventualmente nuestro país.

Las *Limicolae* son, entre las aves las que tienen una distribución más vasta, casi cosmopolita, y entre las aves migratorias, son las que en sus viajes recorren las más grandes distancias, pues la mayoría de ellas nidifican en las tierras situadas en el interior de las regiones árticas, mientras que en invierno visitan las tropicales y australes del nuevo y del viejo mundo y muchas alcanzan hasta las regiones más meridionales de los continentes. También son los chorlos, entre todas las aves, los que pueden recorrer la mayor distancia de un solo vuelo.

(1) En la clasificación y nomenclatura de las especies he seguido la reciente publicación de R. Ridgway: *The Birds of North and Middle America*, Pt. VIII, 1919, in Bull. U. S. Nat. Mus., Número 50.

Todas las especies que visitan regularmente durante el verano la República Argentina, tienen sus lugares de reproducción en el norte de los Estados Unidos o del Canadá, y muchas nidifican aun más al norte, en Alaska y más adentro del círculo ártico. De este modo, estas aves efectúan cada año una doble migración; de norte a sur, al comenzar el otoño en el hemisferio boreal y de sur a norte, al

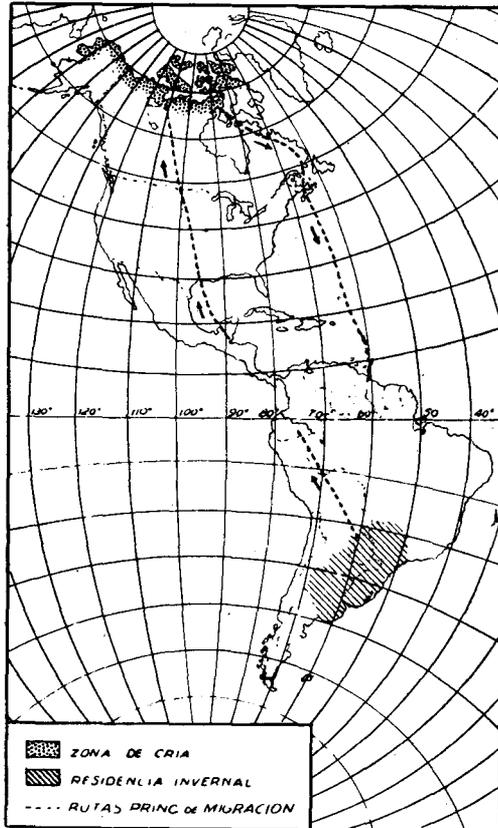


Fig. 1. — Vías recorridas por el chorlo pampa (*Pluvialis dominicus*) en sus migraciones.

(DE W. W. COOKE).

acercarse el invierno en el hemisferio austral. Al parecer, el tiempo empleado en la migración de norte a sur es más breve, porque en las regiones boreales el invierno llega rápidamente y tan pronto como los pichones son aptos para el vuelo y pueden procurarse solos el alimento, los lugares de reproducción son abandonados.

La migración al sur, empieza generalmente, en las regiones nórdicas, hacia la segunda mitad de Julio o en las primeras semanas de Agosto, para la mayoría de las especies y los primeros individuos llegan a nuestras pampas al fin de ese mes o en la primera quincena de Septiembre. Sólo algunos, más retardatarios, llegan en Octubre, vistiendo éstos ya enteramente el plumaje invernal, mientras que entre los primeros se observan con frecuencia individuos con restos del plumaje nupcial, como en el chorlo dorado (*Pluvialis dominicus*). Por el contrario, la migración de regreso, de sur a norte, hacia los lugares de reproducción, es de mayor duración, pues gran parte de los chorlos empiezan a dejar nuestras llanuras a fines de Febrero, continuando el éxodo hasta fines de Marzo o también hasta los

primeros días de Abril y viajando más lentamente llegan a sus sitios de cría en las primeras semanas de Junio.

Las rutas seguidas en estos dos viajes de venida y regreso, es también por lo común distinta. Una gran parte de las especies efectúan la migración de norte a sur, siguiendo algunas regularmente la costa atlántica, otras la del Pacífico o ambas costas, y pocas solamente la vía del interior del continente; mientras que el viaje de regreso tiene lugar, con pocas excepciones, generalmente sobre el interior, a lo largo de todo el continente americano y siguiendo por lo común la cordillera de los Andes en Sud América, cruzando el golfo de México, para remontar luego el valle del Misisipí y, en fin, atravesando las llanuras del norte de los Estados Unidos y Canadá.

Muchas especies describen así, anualmente, durante los viajes de venida y de regreso, una enorme elipse, cuyo eje mayor varía de 7.000 a 9.000 millas en longitud de norte a sur y el eje menor mide cerca de 2.000 millas de este a oeste, siendo, por consiguiente, el recorrido total, una distancia que varía de 14 a 18.000 millas.

Pero, lo que es más maravilloso en estas migraciones, son las enormes distancias que algunas de estas aves cubren de un solo vuelo. El chorlo dorado o chorlo pampa (*Pluvialis dominicus*) y tal vez la becasa (*Limosa haemastica*) y algunos batitúes (*Bartramia longicauda*), al efectuar su viaje hacia el sur, toman la vía del océano y partiendo de las costas de la Nueva Escocia o del noreste de los Estados Unidos, vuelan sobre las aguas, viajando de día y de noche, sin interrupción ni descanso, hasta llegar a las Antillas mayores y a veces, cuando el tiempo es favorable, directamente hasta la costa sudamericana, cubriendo así de un solo vuelo una distancia de cerca de 2.400 millas.

Al llegar a las costas de Sud América, estas aves están flacas, pues por el gran desgaste de energía, ha desaparecido la capa de grasa que les ha servido como de combustible, y todavía tienen que recorrer más de 2.500 millas para llegar hasta las regiones hacia las cuales se dirigen para invernar. Sin embargo, después de unos pocos días de reposo, vuelven a continuar su viaje hacia el sur, esta vez sobre el continente, y como estas especies prefieren las llanuras abiertas y con pocos árboles, es de suponer que muchas han de cruzar toda la inmensa región de las selvas amazónicas, sin hacer ninguna etapa hasta llegar a los campos de la altiplanicie de Matto Grosso o hasta las pampas argentinas.

Este viaje, efectuado tan rápidamente, explicaría el motivo por el cual varios individuos llegan aquí sin haber revestido aun completamente el plumaje de invierno.

De cualquier modo, el punto terminal de las migraciones para la mayor parte de los individuos de muchas de las especies norteamericanas de chorlos, es nuestra gran llanura, sembrada de lagunas, en donde estas aves pueden encontrar abundante alimento. Efectivamente, todas las observaciones hechas por naturalistas y viajeros, han demostrado que en todo el inmenso espacio del continente situado entre la República Argentina y los Estados Unidos o el Canadá, muchas especies de chorlos que efectúan estas largas migraciones han sido señaladas sólo como de paso, en distintos puntos de la ruta que siguen en sus viajes de venida o de regreso, respectivamente a las regiones australes o boreales del continente americano.

Las causas por las cuales estas aves hacen tan largas migraciones y se trasladan para invernar a muchos millares de millas de sus lugares de cría, han llamado siempre la atención de los naturalistas, y los que han tratado de investigar los motivos del fenómeno de las migraciones no han dado aún una explicación enteramente satisfactoria. Lo cierto es que una de las principales causas que les obligan a abandonar sus lugares de cría es, en ciertos casos, la falta de

alimento en la estación de invierno; y este éxodo anual hacia el sur, debe haber empezado desde épocas geológicas anteriores a la actual y ha venido efectuándose años tras años con la misma regularidad. Esto prueba que además existe también, en las aves migratorias, un deseo innato por los viajes, adquirido por herencia y el hábito de los cuales ha venido con el tiempo a formar como una segunda naturaleza en las aves mismas, impeliéndolas en determinadas épocas a trasladarse a ciertas regiones. El hecho parece ser demostrado por la observación de que los individuos cautivos de ciertas especies de aves migratorias, manifiestan alguna agitación al aproximarse la época de las migraciones.

Existen dos teorías completamente opuestas sobre las causas de las migraciones de las aves, las cuales son hoy día comunmente aceptadas; y aquí las reproducimos, tomándolas del trabajo publicado por Wells W. Cooke en el Boletín del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos¹): « Mucho tiempo antes de que los hielos árticos, avanzando hacia el sur, durante el período glacial, hicieran inhabitable la mitad septentrional del continente americano, en los Estados Unidos y en el Canadá florecía la vida de un sinnúmero de aves no migratorias, las cuales encontraban bajo ese clima semitropical todo lo necesario para su existencia durante todas las estaciones del año. El cariño que todas las aves manifiestan para los lugares en donde construyen sus nidos y cuidan su cría, hizo que no se alejaran de esas regiones, hasta que con el aproximarse de los hielos empezó por primera vez a producirse un período de tiempo frío e inclemente durante el cual el alimento venía haciéndose siempre más escaso, obligando entonces las aves a cambiar de sitio o a perecer extenuadas. Ahora, como las masas de los hielos árticos avanzaban muy gradualmente y retrocedía en una u otra parte, daba a su vez lugar a retiradas y alejamientos de las aves que habitaban esas regiones. Estas retiradas fueron en un principio sólo por breves distancias y por un corto espacio de tiempo, pero más tarde, tanto las distancias como la duración de los alejamientos de las regiones invadidas por los hielos fueron aumentando de un modo tal que las migraciones vinieron a formar como una parte integrante de la existencia misma de las aves.

En otras palabras, la formación del hábito de las migraciones tuvo su origen al mismo tiempo que los cambios de temperatura en el año, vinieron a reemplazar las uniformes condiciones climáticas semitropicales de la era preglacial en la mitad septentrional del continente americano.

Con el avance paulatino de los hielos hacia el sur, el viaje de retorno de las aves hacia el norte en la migración primaveral, iba continuamente acortándose, y la retirada hacia el sur en el otoño a lugares más adecuados para invernar, se iba por el contrario alargando en proporción, hasta que en pleno período glacial, las aves eran en gran parte confinadas a las regiones de Centro y Sud América. Pero ya ellas habían adquirido los hábitos de migración, y cuando los hielos retrocedieron hasta su actual situación, las aves también los siguieron hacia el norte y con el tiempo vinieron así formándose las largas y diferentes rutas de las actuales migraciones.

Según la opuesta teoría de las migraciones, el *habitat* verdadero de las aves habría sido la región al sur del ecuador. Allí se habrían multiplicado en número extraordinario, hasta que llegó a formarse en ciertos lugares una aglomeración excesiva de individuos, de modo que al terminar la época glacial, las aves se vieron forzadas a buscar en todas direcciones, unos lugares de reproducción adecuados y más libres de competidores que en su residencia invernal bajo los trópicos; dirigiéndose entonces hacia el norte, en donde, con motivo de la retirada de los hielos,

(1) Wells W. Cooke, *Bird migration*; U. S. Dep. Agric., Bull. N° 185, páginas 2-4; 1915.

habían quedado habitables grandes extensiones de tierras vírgenes en los cuales podían construir sus nidos y criar sus pichones. Sin embargo, los antiguos sitios de residencia invernal, al sur del ecuador, eran siempre el *habitat* por el cual sentían cariño y a él volvían tan pronto como se concluía la época de la cría.

Cualquiera de las dos teorías que se acepte, es evidente que las épocas de las migraciones eran desde el principio, íntimamente subordinadas a los cambios periódicos en la abundancia del alimento. Mientras que en el Canadá y en el norte de los Estados Unidos, gran número de aves encuentran, durante el verano, alimento en gran abundancia, están, por el contrario, forzadas a dirigirse hacia el sur, cuando, con el aproximarse del invierno, ese alimento empieza a ser escaso. La extraordinaria aglomeración de individuos, la cual necesariamente hubiera tenido lugar si las aves hubiesen quedado en las regiones ecuatoriales, se evita así con la migración primaveral hacia el norte.

Tales cambios en la residencia de las aves no ocurren en las latitudes correspondientes al sur del ecuador. Sud América casi no tiene aves terrestres migratorias, pues las desoladas y frías regiones de la Patagonia y de la Tierra del Fuego ofrecen poco aliciente para las aves que habitan las grandes selvas amazónicas.»

Volviendo a las migraciones de los chorlos, se ha observado, sin embargo, que cada año un número más o menos grande de individuos pertenecientes a algunas de las especies norteamericanas que vienen a invernar en la República Argentina, no regresan a sus lugares de reproducción en el hemisferio boreal cuando se aproxima nuestro invierno; y se pueden observar durante todo el año en las pampas. Ya el cap. Abbott (*Ibis*, 1861, p. 156), había señalado la presencia de bandadas de becasas (*Limosa haemastica*) en las islas Malvinas, durante el mes de Mayo; y Durnford, aunque obtuvo en Patagonia especímenes de esta misma especie durante el mes de Noviembre, y los cuales indudablemente venían de Alaska; también observó que otras pequeñas bandadas de seis a treinta individuos de dicha especie, empezaban a aparecer en las pampas en el mes de Abril, quedándose allí hasta Septiembre, es decir durante todo el invierno austral y cuando los individuos de la misma especie que habían emigrado de las regiones árticas, ya volvían de regreso a las mismas. Hudson (*A Naturalist in La Plata*, 1892, pp. 20-23), comentando este hecho y al referirse en general a las maravillosas migraciones de los chorlos, dice lo siguiente: «Aquí se presenta un enigma para los ornitólogos. En verano tenemos en las pampas las becasas (*Limosa haemastica*) y en Marzo ellas emigran al norte para criar. Mientras tanto y muy avanzada la estación, bandadas de la misma especie, llegan desde el sur para invernar a su vez en las pampas. Además de estas becasas, también hay otras varias especies norteamericanas de chorlos, las cuales tienen colonias en el hemisferio austral con una migración en sentido contrario y una época de cría a una estación opuesta del año. ¿Por qué estas aves del hemisferio austral invernan tan lejos en la parte meridional del continente? ¿Nidificarán realmente en la Patagonia? Siendo este el caso, sus migraciones serían extremadamente limitadas en longitud, comparadas con aquellas aves del hemisferio boreal: siete u ochocientas millas por un lado en un caso, contra muchos millares de millas en el otro. Si consideramos que algunas especies que emigran hacia el sur de Patagonia, tienen sus lugares de reproducción en las regiones árticas cerca de los 82 grados de latitud y probablemente más al norte todavía, podría parecer extraño que ninguna de estas aves que invernan en la Patagonia y en las pampas, no visitaran durante el verano aquel gran continente austral de una superficie doble de la de Europa y con un clima más templado que el ártico. Desde la Tierra del Fuego estas aves sólo deberían cruzar un espacio de cerca de 600 millas sobre el océano; y nosotros sabemos que el chorlo pampa

y otras especies, pueden volar sin descanso alguno, por una distancia mucho mayor.

La becasa ya mencionada, ha sido observada en bandadas en las Malvinas durante el mes de Mayo, es decir, tres meses después que los individuos de la misma especie habían emigrado de las tierras vecinas del continente, para el hemisferio boreal. Es entonces posible que estas aves señaladas en las Malvinas, fuesen individuos que habían nidificado en la Patagonia y emigrado hacia el este para ir a invernar en una región tan fría? Los marinos de los buques a vela que pasan al sur del Cabo de Hornos podrían fácilmente resolver esta cuestión sólo con observar si algunas bandadas de aves viajan hacia el norte desde las primeras semanas de Enero a fines de Febrero; y si en Septiembre y Octubre otras viajan en dirección al sur. Probablemente no menos de una docena de especies de chorlos se reproducen sobre el gran continente austral y tal vez también otras aves acuáticas, como patos y gansos, y muchos pájaros, especialmente de la familia de los Tiránidos. »

En otros párrafos, el mismo autor, refiriéndose a los largos viajes de los chorlos, dice lo siguiente: « Es sorprendente notar que entre unas 25 especies de nuestros chorlos, al menos trece nos visitan desde Norte América, varias de las cuales tienen sus lugares de reproducción completamente en el seno de las regiones árticas. Y esto es uno de aquellos hechos en las anuales migraciones de las aves, del cual uno llegaría a dudar, porque entre las mismas hay especies de muy diferentes costumbres, siendo algunas aves de laguna o de playa, otras de las altiplanicies, las cuales en su largo viaje bianual pasan por países de climas distintos y visitan muchas regiones cuyas condiciones deberían al parecer acomodarse a sus necesidades. Sin embargo, en Septiembre y aun más temprano, a fines de Agosto, empieza a llegar a nuestras pampas el chorlo dorado, con frecuencia vistiendo aun su negro plumaje nupcial; y solos, en pares, en pequeñas bandadas o en gran número: becasas, chorlitos, batitúes, etc., lanzando las agrestes notas que en Junio ha oído el esquimal, y que ahora oirán el gaucho pastor en las verdes llanuras del Plata; luego, el indio salvaje en sus remotas tolderías; y más tarde, muy lejos hacia el sur, llegarán también hasta los errantes cazadores de guanacos en las soledades de las grises llanuras patagónicas. »

Como se ve, Hudson, para explicar la presencia en nuestro territorio y durante el invierno, de un cierto número de individuos pertenecientes a especies de chorlos de Norte América, ha admitido la hipótesis de que esos individuos no son los que han emigrado de las regiones árticas, sino otros individuos de las mismas especies los cuales tendrían sus lugares de reproducción en las tierras e islas situadas al extremo sur del continente americano o en las playas del antártico; y los cuales, al acercarse el invierno en esas regiones, emigran y buscan un clima más templado en nuestras llanuras, en donde permanecen desde Abril hasta Agosto, para dirigirse luego, al empezar la buena estación, otra vez hacia las regiones antárticas y viniendo entonces reemplazados en las pampas por los individuos de las mismas especies que emigran del hemisferio boreal.

Según el mismo autor, esta suposición explicaría el motivo por el cual Durnford observó la *Limosa hemastica* en la provincia de Buenos Aires, desde Abril a Septiembre, en una época correspondiente a la que los observadores de los Estados Unidos ven generalmente los individuos de dicha especie dirigirse a las regiones boreales para nidificar. Sin embargo, el mismo Hudson ⁽¹⁾ encuentra poco aceptable el hecho de que las regiones árticas y antárticas del continente americano,

(1) *Argentine Ornithology*, II, 1889, pág. 191.

posean las mismas especies y que a estaciones opuestas del año, ellas pasen el invierno en los mismos parajes de la pampa, a millares de millas de sus sitios de reproducción las unas, y relativamente tan cerca de los mismos las otras.

Oustalet (*Mission Scient. Cap Horn, Oiseaux*, 1891, pp. 291, 292), aceptó a su vez esta hipótesis, pero cree que las distancias recorridas en las migraciones por los individuos que se reproducen en el norte, como por los que supone se reproducen en el sur, son más o menos iguales; ambos grupos yendo a invernar en las regiones próximas al ecuador. En otras palabras, supone la existencia de una doble corriente migratoria, la cual, partiendo de las regiones equinocciales, sería en un caso divergente, efectuándose en parte de sur a norte por los individuos que nidifican en las regiones boreales, y en parte de norte a sur por los que nidifican en las australes y efectuadas en la época de las respectivas primaveras de los hemisferios norte y sur; y en el otro caso habría una migración convergente, en los meses correspondientes al respectivo otoño de los dos hemisferios, efectuada de norte a sur por los emigrantes de las regiones boreales y de sur a norte por los individuos que se reproducen en las tierras antárticas.

Más tarde, Schalow (1) sostuvo también esta teoría.

Para demostrar que las citadas hipótesis son poco sostenibles, basta recordar que hasta la fecha no se han encontrado nunca huevos de las especies de chorlos que emigran de las regiones boreales, ni en el extremo sur del continente americano o en las islas y continente antártico, ni siquiera en ningunas de las regiones situadas entre la Argentina y los Estados Unidos de Norte América (2).

Las partes de las regiones antárticas que por sus condiciones del suelo podrían suponerse adaptables para ser habitadas por esas especies de aves en una época del año correspondiente al tiempo de la reproducción, han sido recorridas, sobre todo en los últimos veinte años, por numerosas expediciones científicas, algunas de las cuales habrían sin duda hallado algunas de esas mismas aves, si efectivamente nidificaran en tales regiones. Las épocas del año en las cuales esas expediciones han visitado el continente antártico, son precisamente aquellas que corresponderían a los meses en los cuales los chorlos deberían encontrarse para nidificar; sin embargo, en ninguna de las relaciones de tales viajes se ha hecho mención de la existencia de esas aves. Además, las islas y las playas del continente antártico no presentan probablemente, aun en la mejor estación del año, condiciones para la vida de especies de aves que no sean exclusivamente marinas.

La observación consignada por Holland (*Ibis*, 1892, p. 212), según la cual este naturalista habría encontrado en los campos de la estancia del Espartillar, en la provincia de Buenos Aires, el nido y los huevos del chorlo de patas amarillas (*Neoglottis melanoleuca*), debe ser errónea y probablemente el nido y los huevos que ha hallado debían pertenecer a algunas de las especies de chorlos que nidifican en nuestra pampa. La presencia cerca de dicho nido de una pareja de chorlos de patas amarillas, que Holland asegura haber visto, puede haber sido casual. Por lo demás, desde entonces, ningún otro observador ha podido comprobar el hecho.

Aun cuando esté perfectamente establecido, por las observaciones de muchos naturalistas, que existen individuos de las especies de chorlos que nos visitan desde las regiones nórdicas, los cuales permanecen durante todo el año en las llanuras argentinas, también no es menos cierto que esos mismos naturalistas

(1) *Zool. Jahrbücher*, Suppl. Band, IV, 1898, páginas 643-44. 659.

(2) La única especie que hace excepción, es el *Oxyechus vociferus*, una forma de la cual, *O. v. peruvianus*, recientemente descrita por el doctor Frank. M. Chapman (*Auk*, XXXVII, página 205, 1920), se reproduce en la costa del Perú.

están conformes en afirmar que los individuos de esas especies son mucho menos numerosos aquí durante los meses de invierno que en los del verano. Es probable que dichos individuos, que permanecen en nuestros campos durante el invierno, sean jóvenes del año o individuos estériles o también pertenezcan a bandadas retardatarias que alguna tormenta ha dispersado en el sur y que vuelven a nuestras pampas en donde pasan el invierno.

Por otra parte, los mismos observadores citados admiten que varias especies del grupo de los chorlos, que son comunes entre nosotros durante el verano, desaparecen completamente del territorio al empezar el invierno y emigran al norte.

La ruta seguida por algunas de estas especies, al regresar a las regiones boreales, es bastante bien conocida, por lo menos en lo referente a su paso por los Estados Unidos; mientras que la vía que varias otras siguen para llegar al mismo destino, especialmente en el trayecto entre la Argentina y la América central, no ha sido aun posible indicar. Por este motivo sería conveniente, también en estos casos, el uso de los anillos metálicos llevando grabada la fecha y la localidad; y los cuales, colocados a una pata del ave antes de volver a ponerla en libertad, podrían después proporcionar interesantes datos sobre la vía que aquella ha seguido, si fuese cazada o capturada en otros puntos del continente.

Si consideramos la duración de la estadía de las varias especies de chorlos de Norte América que invernan en el territorio argentino, veremos que, en conjunto, dichas especies permanecen en él casi más tiempo que en cualquiera otra parte. Generalmente la época de la reproducción en las regiones boreales dura, como término medio, para las diferentes especies, desde fines de Mayo o primeros días de Junio hasta las primeras semanas de Julio; y ya antes del fin de ese mes, los primeros emigrantes han abandonado los lugares de cría para emprender su largo viaje hacia el sur. En nuestra pampa empiezan generalmente a hacer su aparición algunos individuos en la segunda quincena de Agosto, pero el grueso de las bandadas llega a principio de Septiembre, continuando hasta la primera quincena de Octubre. Desde esta última fecha, hasta fines de Febrero o también, por algunas especies, hasta fines de Marzo o primeros de Abril, estas aves se pueden casi considerar como sedentarias en la mitad meridional del territorio argentino. Mientras que en esa época del año, todas nuestras especies de aves indígenas están dedicadas a los deberes que les impone la cría de sus pequeñuelos, ellas, libres de tales tareas, dedican su tiempo en recorrer alegremente, solas, en pares o en bandaditas, los campos y las márgenes de las lagunas y pantanos, buscando activamente las larvas y los insectos que abundan en esa estación. A este respecto, y si tenemos en cuenta la voracidad de algunas especies de chorlos y su relativa abundancia en individuos con respecto a otras aves, veremos que el beneficio que ellas aportan al agricultor es muy apreciable.

Hacia la mitad de Febrero estas aves se han puesto generalmente muy gordas, preparando de este modo sus fuerzas para recorrer la inmensa distancia que las separa de sus lugares nativos, a los cuales ahora irán sólo para procrear, y en donde transeurridos apenas unos meses se aprestarán nuevamente para emprender otra vez el mismo largo viaje de retorno hacia el sur, a los mismos sitios en los cuales han invernado el año anterior.

Como una parte de las especies de chorlos efectúan el viaje de regreso hacia el norte a través del continente, ha sido, por este motivo, relativamente más fácil seguir en parte su itinerario. Refiriéndonos a su distribución en nuestro territorio, vemos que la gran mayoría de estas aves sólo se encuentra de paso en nuestras provincias del norte, mientras que más al sur, en la región de las pampas, en

donde hay numerosas lagunas y pantanos, es el lugar que prefieren para residir durante todo el tiempo en que quedan entre nosotros.

Como ya se ha dicho, el viaje de regreso hacia el norte es efectuado más lentamente y durante el largo trayecto probablemente estas aves revisten su plumaje nupcial y los machos eligen a sus compañeras, de modo que al llegar a los lugares de reproducción, en las tierras árticas, hacia los primeros días de Junio, las hembras están ya prontas para depositar sus huevos en los sencillos nidos que construyen, reuniendo un poco de pasto en algunas depresiones, a pocos centímetros del suelo aun helado.

Durante el breve espacio de tiempo que permanecen en las regiones árticas, dedicadas a la reproducción de la especie, estas aves no son molestadas, pues el hombre, su más temible enemigo, raramente va a buscarlas en aquellas frías soledades. Pero, desde que la migración otoñal ha empezado y en la mayor parte del largo trayecto que recorren hasta las regiones hacia las cuales se dirigen para invernar, se encuentran, en su mayoría, constantemente expuestas al fuego de los fusiles de los cazadores, en cuantos países atraviesan. Ni aun a su llegada en las pampas argentinas, flacas y cansadas por tan largo viaje, encuentran reposo y protección. Ya habrán entonces los cazadores de profesión que aguardarán impacientes la llegada de las primeras bandadas, para destruir el mayor número posible de individuos y ofrecerlos en venta como primicia de la estación en los hoteles y restaurantes de las ciudades. Debido a que su carne es muy apreciada, esta persecución no cesa durante todo el tiempo que las malogradas aves permanecen en nuestro territorio; y no son sólo los cazadores de oficio, sino también los sportsmen quienes cooperan a la matanza. Uno de éstos me refirió que hace varios años había cazado en un día más de cien batitúes para satisfacer una simple apuesta con otro compañero, sobre el mayor número que eran capaces de cazar en el día. No existiendo hasta la fecha ninguna ley federal, las ordenanzas municipales y las leyes provinciales que reglamentan la caza o prohíben la de ciertas especies, resultan insuficientes y son fácilmente eludidas, de modo que la matanza exagerada de estas aves útiles continúa en vasta escala aun hoy día, sobre todo por la errónea creencia de algunos legisladores, de que todas las aves que no nidifican en el territorio no pueden ser protegidas. Además, la vigilancia para hacer cumplir los decretos sobre la caza es absolutamente insuficiente, porque si puede ser ejercida sobre un cierto radio cerca de las ciudades, es nula más lejos, en el campo.

También existen otros factores, comunes en todas partes, que cooperan a aumentar y facilitar la matanza. Hace unos cuarenta años, era casi un lujo, en los pueblos de nuestra campaña el poseer una escopeta para cazar, y además a veces las distancias que había que recorrer eran muy largas; pero hoy día, las armas modernas son muy comunes en todas partes y los automóviles han casi suprimido las distancias, facilitando así la obra de destrucción de esos seres inofensivos y útiles al hombre, no sólo porque destruyen un gran número de insectos nocivos, sino porque el valor de su carne como alimento, representa una fuente de riqueza que se está malgastando.

Los relatos fidedignos de los primeros colonos que se establecieron sea en los Estados Unidos de Norte América como en los campos de la República Argentina, nos dicen que los chorlos en general abundaban en esas regiones en número extraordinario durante ciertas épocas del año. Pero tales grandes reuniones de esas aves ya no existen y debido a las matanzas exageradas, desde varias décadas se ha observado una siempre creciente disminución en el número de individuos de algunas especies y la próxima desaparición de otras. Este es el caso del chorlo *Mesoscolopax borealis*, del cual no existen probablemente sino algunos especímenes y dentro de pocos años será como el Alca y la paloma migratoria, un ave del pasado.

Las últimas noticias, que yo conozco, sobre la existencia de esta especie de chorlo en la República Argentina, datan de 8 y 15 de Abril de 1901, en cuya fecha han sido observados unos siete u ocho individuos en la estancia de Los Ingleses, en la parte este de la provincia de Buenos Aires. Desde esa época, nadie recuerda haberlo visto en nuestra pampa, en donde era común en el tiempo en que Hudson, Durnford y Barrows han publicado sus observaciones sobre las aves argentinas (1). La becasa (*Limosa haemastica*) es también muy escasa actualmente y el chorlo dorado o chorlo pampa (*Pluvialis dominicus*) y el batitú (*Bartramia longicauda*) van haciéndose cada año siempre menos abundantes. Pronto llegará también el turno para las especies menores, si no se toman más enérgicas medidas para reglamentar su caza.

Aunque esté probado que estas aves migratorias no nidifican en nuestro territorio, hemos visto que permanecen en él durante casi la mitad del año, y desde el punto de vista económico deben ser consideradas como aves útiles a la agricultura, por el gran número de insectos que destruyen, al mismo tiempo que su carne, como alimento, representa un valor. Se ha calculado que el valor como alimento y la importancia económica de las aves migratorias en general, suma anualmente en los Estados Unidos muchos millones de dólares, por cuyo motivo y con el fin de asegurar la conservación de las especies, aquella nación ha tomado severas medidas, dictando leyes federales que reglamentan o prohíben no sólo la caza de ciertas especies, sino que restringen la posesión, el embarque y la venta de las mismas. Con el fin de asegurar aun más la conservación de las aves útiles, el gobierno de los Estados Unidos, además, ha celebrado en el año transcurrido, un convenio con la Gran Bretaña para la protección de las aves migratorias, que pasan del Canadá a los Estados Unidos; y el departamento de Agricultura de esa misma nación, piensa ahora celebrar igual convenio con las naciones de Sud América, con el objeto de extender tal protección en los países en los cuales periódicamente algunas de las especies van a invernar.

Por lo que se refiere a la República Argentina, es necesario recordar que esta destrucción exagerada de las aves migratorias, como se lleva a cabo aun hoy día, significa la pérdida de una fuente de riqueza, que más tarde no se podrá reemplazar, si no se toman aquí también las medidas más eficaces para salvar de la destrucción lo que aun queda de ciertas especies.

Además de su utilidad, los chorlos son aves atrayentes a la vista, por la gracia de sus movimientos y la elegancia de sus formas, y alegran con su presencia y con sus repetidas notas, la monotonía y el silencio de nuestra campaña.

Las 24 especies de chorlos que se reproducen en las regiones boreales y que visitan la República Argentina durante nuestro verano, pueden ser divididas en los siguientes grupos, según su actual importancia numérica:

- I. — **Abundantes y señaladas en parte durante todo el año.** — *Neoglottis melanoleuca*; *Neoglottis flavipes*; *Pisobia maculata*; *Pisobia fuscicollis*.
- II. — **Comunes, sin ser numerosas y señaladas sólo durante los meses de verano.** — *Pisobia Bairdi*; *Tringa solitaria solitaria*; *Pluvialis dominicus dominicus*; *Micropalama himantopus*; *Bartramia longicauda*.
- III. — **Escasos.** — *Calidris canutus*; *Tryngites subruficollis*; *Crocethia alba*.
- IV. — **Muy raros.** — *Limosa haemastica*; *Steganopus tricolor*; *Actitis macularia*; *Charadrius semipalmatus*; *Phæopus hudsonicus*.

(1) Recientemente Rollo Beck obtuvo un ejemplar cerca de Bahía Blanca, el cual, según me lo ha comunicado el Dr. A. Wetmore, se encuentra en la colección Sanford (Mus. Brooklyn, E. U.)

V. — **Accidentales.** — *Phalaropus fulicarius*; *Lobipes lobatus*; *Erolia ferruginea*; *Ereunetes pusillus*; *Aphriza virgata*; *Glottis nebularia*.

VI. — **No observadas más.** — *Mesoscolopax boealis*.

Las siguientes especies no han sido señaladas aun en el territorio argentino, pero probablemente pueden existir: *Squatarola squatarola* (señalada en el Paraguay); *Arenaria interpres morinella* (señalada en Santa Catharina, Sureste del Brasil y en las Malvinas).

Las principales indicaciones que se refieren a las fechas y a las localidades de la República Argentina y países limítrofes, registradas por algunos observadores, y relativas a las especies de los distintos grupos arriba mencionados, son las siguientes (1):

1. *Neoglottis melanoleuca* (Gmelin).

Nombre vulgar: Patas amarillas (en Tucumán y Buenos Aires); chorlo real (en Buenos Aires); pito, toy, chorlito (en Mendoza); chorlito, zarapita (en Chile).

En la República Argentina y regiones limítrofes, esta especie ha sido señalada en las localidades siguientes:

1. Fortín Page, Pilcomayo inferior (Septiembre 30, 1890 — G. Kerr). 2. Concepción, provincia de Tucumán (Agosto 8 y 18, 1917 — J. Mogensen). 3. Laguna de Malvinas, provincia de Tucumán (Marzo 31, 1912 — L. Dinelli). 4. Tucumán (Marzo, 1912 — F. M. Rodríguez). 5. Concepción del Uruguay, provincia de Entre Ríos (observada todo el año, pero más común en Agosto, Septiembre, Octubre y Noviembre, 1882 — W. B. Barrows). 6. Córdoba (desde Abril a Octubre, 1886 — F. Schulz). 7. Guanacache, provincia de Mendoza (Marzo, 1918 — R. Sanzin). 8. Junín, provincia de Mendoza (Noviembre, 1911 — C. S. Reed). 9. Conchitas, provincia de Buenos Aires (llega a fines de Septiembre o a los primeros días de Octubre, en pares, a veces sola o en pequeños grupos; generalmente emigra en Marzo, pero algunos quedan desde Abril hasta Agosto, 1868—W. H. Hudson). 10. Baradero, provincia de Buenos Aires (común en Abril, 1876 — H. Durnford). 11. Punta Lara, provincia de Buenos Aires (Junio 25, 1876 — H. Durnford). 12. Buenos Aires (Agosto, 1901 — A. Zotta). 13. Barracas al sur, provincia de Buenos Aires (Junio 5 y Noviembre 25, 1901 — S. Venturi). 14. Quilmes, provincia de Buenos Aires (Junio 4 y Julio 11, 1916 — D. Rodríguez). 15. Pacheco, provincia de Buenos Aires (Marzo 15, 1881 — E. W. White). 16. Ajó, este de la provincia de Buenos Aires (se han obtenido ejemplares en Febrero 18, 1900; Febrero, Marzo y Junio 26, 1902; Noviembre 3, 1915. En una ocasión, a fines de Septiembre, 1918, ha sido vista en gran número cerca de la Bahía San Borombón, provincia de Buenos Aires — E. Gibson). 17. Los Ingleses, este de la provincia de Buenos Aires (Marzo 8 y 17, 1909 — C. H. B. Grant). 18. Linconia, este de la provincia de Buenos Aires (Abril 29, 1909; y observada también en los meses de invierno — C. H. B. Grant). 19. Isla de Martín García, Río de la Plata (Diciembre 5, 1916 — A. Pozzi). 20. Lomas de Zamora, provincia de Buenos Aires (Junio 3, 1886, también observada todo el año. — W. Withington). 21. Estancia del Espartillar, cerca de Ranchos, provincia de Buenos Aires (común todo el año; vista generalmente en pares, 1890-91 — A. H. Holland). 22. Azul, provincia de Buenos Aires (observada en buen número desde el 25 al 31 de Enero, 1882—W. B. Barrows). 23. Bahía Blanca, prov. de Buenos Aires (Febrero 8, 1882 — W. B. Barrows). 24. Puán, prov. Buenos Aires (Marzo 28, 1882 — W. B. Barrows). 25. Carhué, provincia de Buenos Aires

(1) La mayor parte de estas indicaciones pertenecen a ejemplares existentes en colecciones particulares o en museos, y especialmente en el de Historia Natural de Buenos Aires.

(observada en la primera semana de Abril, 1882 — W. B. Barrows). 26. Río Colorado, norte de Patagonia (1884 — A. Doering). 27. Chubut, Patagonia, cerca de la península Valdés (Marzo 9, 1913 — A. Pozzi). 28. Magallanes (Almirantazgo Inglés — Mus. Brit.). 29. Bahía Orange, Tierra del Fuego (Noviembre 18, 1882; Marzo 7, 1883; Octubre 22, 1883 — Miss. Scient. Cap Horn).

Uruguay. — Colonia (Noviembre 21 — H. W. Harrison, Mus. Brit.). Santa Elena (aparece en otoño; obtenidos especímenes en Marzo 3 y Abril 3 y 5, 1892; Octubre 20, 1892 — A. O. Aplin). Montevideo, Canelones, Maldonado (J. Tremoleras).

Paraguay. — W. Bertoni dice que esta especie es escasa y se observa sólo de vez en cuando en las márgenes de las lagunas (1898).

Sureste del Brasil. — Iguapé, S. Sebastião, Itapura, Río Paraná, Estado de São Paulo (Mus. Paulista).

Actualmente el chorlo de patas amarillas es aun bastante común. Llega al Plata, generalmente a fines de Septiembre o en los primeros días de Octubre, solo er pares o en bandaditas. Entre las varias especies que emigran de Norte América, es esta una de las más conocidas y que se puede observar en nuestra campaña durante todos los meses del año, aunque menos numerosos durante los de invierno. Es raro verlos en grandes bandadas y el señor E. Gibson sólo una vez ha tenido la ocasión de observarlos en cantidades cerca de la costa de la bahía de San Borombón. El mismo observador dice que es igualmente distribuído tanto en las lagunas de agua dulce, como en las de agua salada y én los cangrejales. No es raro verlo en compañía del *Neoglottis flavipes*; sin embargo, Gibson, navegando en una ocasión (Noviembre 3, 1915) en un canal entre Ajó y Santo Domingo (provincia de Buenos Aires), vió en la primera mitad del viaje sólo individuos de esta especie, y observó que más adelante eran reemplazados por el *Neoglottis flavipes*.

También Gibson confirma la observación de Hudson, respecto a la doble migración del chorlo de patas amarillas, que se verifica en nuestro territorio. Ambos naturalistas han comprobado que los individuos que nos han visitado durante el verano, al emigrar en Marzo, vienen reemplazados aunque en menor número, por otros que llegan del sur y vienen a invernar en las pampas, en donde se quedan desde Abril hasta Agosto.

Los ejemplares obtenidos por Gibson en Ajó, durante Febrero y Marzo, eran muy gordos y probablemente estaban preparados para su viaje hacia las regiones boreales.

En la mayoría de los especímenes observados el iris era pardo oscuro, el pico de este mismo color, pero más oscuro cerca de la base; los tarsos amarillo más o menos vivo y las uñas negras.

2. *Neoglottis flavipes* (Gmelin).

Nombres vulgares: Sacha-pollito (en La Rioja); pito, toy, chorlito (en Mendoza); pata amarilla (en Tucumán); chiulí-chiulí (en Chile).

En la República Argentina y regiones limítrofes, ha sido señalado en las siguientes localidades:

1. Fortín Page, Pileomayo inferior (Septiembre 18, 1890 — G. Kerr).
2. Quinta, provincia de Jujuy (Noviembre, 1900 — E. Lónnberg).
3. Laguna de Malvinas, provincia de Tucumán (Marzo 24, 1902 — L. Dinelli).
4. La Rioja (E. Giacomelli).
5. Córdoba (observado desde Abril a Octubre — F. Schulz).
6. Esquina, provincia de Corrientes (Noviembre 14, 1909 — C. H. B. Grant).
7. San Rafael, provincia de Mendoza (Septiembre, 1912 — C. S. Reed).
8. Concepción del Uru-

guay, provincia de Entre Ríos (no observado en los meses de Mayo, Junio y Julio, 1880 — W. B. Barrows). 9. Paraná, provincia de Entre Ríos (G. Burmeister). 10. Belgrano, Buenos Aires (común en bandaditas, durante Octubre 1875 — H. Durnford). 11. Baradero, provincia de Buenos Aires (Abril, 1875; común y residente, aunque observado en mayor número durante el verano — H. Durnford). 12. Conchitas, provincia de Buenos Aires (común todo el año, más escaso en Junio, Julio y Agosto, 1868 — W. H. Hudson). 13. Estancia Martín, Montes, provincia de Buenos Aires (Enero 1, 1897 — P. Neuman). 14. Barracas al Sur, provincia de Buenos Aires (Noviembre 14, 1898 y Enero 2, 1902 — S. Venturi). 15. Isla Martín García, Río de la Plata (Diciembre 20, 1916 — A. Pozzi). 16. Ajó, provincia de Buenos Aires (Marzo 19, 1899 — E. Gibson). 17. Los Ingleses, provincia de Buenos Aires (Septiembre 11 y 29 y Noviembre 5, 1908; Febrero 7 y 9 y Diciembre 27, 1909; varios ejemplares jóvenes — C. H. B. Grant). 18. Estancia del Espartillar, provincia de Buenos Aires (común durante todo el año, pero más numeroso desde Octubre a Febrero, 1891 — A. H. Holland). 19. Azul, provincia de Buenos Aires (numeroso en Enero 28, 1881 — W. B. Barrows). 20. Chubut, Patagonia (común a la orilla de los ríos, 1876 — H. Durnford). 21. Península Valdés, Chubut, Patagonia (Marzo 9, 1913 — A. Pozzi). 22. Estrecho de Magallanes (Exped. U. S. S. Albatross).

Uruguay. — Montevideo, San José, Colonia, Canelones, Maldonado (J. Tremoleras).

Paraguay. — Santa Rosa (Agosto 14, 1909 — C. H. Grant).

Sureste del Brasil. — Iguapé, San Sebastião, Itapura, Río Paraná, Estado de São Paulo (Mus. Paulista).

Brasil central. — Matto Grosso: Puerto Esperança (Septiembre 25, 1909 — C. H. B. Grant).

Esta especie es actualmente tan abundante como la anterior y como esta se encuentra en las pampas durante todo el año, siendo también más escasa durante el invierno.

Es frecuente observarla, tanto sola o en pares, como en pequeñas bandadas. Al principio de la gran inundación del año 1913, Gibson no tuvo ocasión de observarla el 30 de Octubre de ese año, pero algunos días más tarde dice que apareció en gran número cerca de Los Ingleses (provincia de Buenos Aires).

En esta especie, el iris es pardo obscuro, el pico es a veces oliváceo obscuro cerca de la base y con la extremidad negra, o es enteramente negro.

3. *Pisobia maculata* (Vieillot)

Nombre vulgar: Chorlito.

Esta especie ha sido señalada en las siguientes localidades de la República Argentina y regiones limítrofes:

1. Fortín Page, Pilcomayo inferior (Agosto, 1890 — G. Kerr). 2. Moreno, puna de Jujuy (Diciembre, 1901 — E. Lonnberg). 3. Concepción, prov. Tucumán (Enero 17 y 25, 1918 — J. Mogensen). 4. Córdoba (F. Schulz). 5. Valle de los Reartes, sierra de Córdoba (Mayo, 1918 — A. Castellanos). 6. Concepción del Uruguay, prov. de Entre Ríos (común todo el año, excepto desde la mitad de Noviembre a la mitad de Enero, 1884. A veces se ha visto en bandadas de 100 individuos. — W. B. Barrows). 7. Buenos Aires (observada en Octubre, Diciembre, Enero, Febrero y Abril de 1876. Bastante común y usualmente en pares. — H. Durnford). 8. Barracas al sur, Buenos Aires (Febrero 11, 1901.— S. Venturi). 9. Buenos Aires, en los alrededores (Setiembre 1876. — H. Durnford). 10. Conchitas, prov. Buenos Aires (llegan a fines de Agosto, solas o en bandaditas, 1868. — W. H. Hudson); (Febrero 22, 1915. — C. A. Marelli). 11. Ajó, Este provincia Buenos Aires (observada en pequeños grupos de media docena de individuos y solas, 1898. — E. Gibson). 12. Ajó, prov. Buenos Aires (Setiembre 11 y Marzo 19, 1908 — 1909; Enero 6, 1910 — C. H. B. Grant). 13. Estación A. Echevarría, F. C. Meridiano V., prov. Buenos Aires (Abril, 1916 — A. Pozzi). 14. La Plata, prov. de Buenos Aires (Agosto 23, 1896.—L. Dinelli). 15. Quilmes, prov. Buenos Aires (Abril 28, 1916; Noviembre 10 y Diciembre 14, 1917. — D. Rodríguez). 16. Vergara, prov. Buenos Aires (Setiembre 14, 1917. — A. Pozzi). 17. Estancia del Espartillar, cerca de Ranchos; prov. Buenos Aires (Abril 8, 1891; algo común desde Marzo a Agosto; en bandaditas de 40 a 50 individuos. — A. H. Holland). 18. Carhué, prov. Buenos Aires (común en Marzo y Abril 1882. — W. B. Barrows). 19. Rosas, F. C. S., provincia Buenos Aires (Enero 25, 1920; en bandaditas. — J. Daguerre). 20. Chubut, Patagonia (Noviembre 1876; común. — H. Durnford). 21. Puerto Deseado, Santa Cruz, Patagonia (Marzo— Mus. Brit.).

Uruguay. — San José, Montevideo (J. Tremoleras); Colonia (Noviembre 21.—H. W. Harrison; Mus. Brit.); Santa Elena (Abril 4, 1890.—O. V. Aplin).

Paraguay. — Médanos (Setiembre 16, 1909. — C. H. B. Grant). Poco común en general, según W. Bertoni.

Brasil. — Matto Grosso: Puerto Esperanza (Setiembre 25, 1909.—C. H. B. Grant); Estado de São Paulo: Iguapé; San Sebastián (Mus. Paulista).

Sur de Bolivia. — Caiza (Febrero 1896.—A. Borelli).

Sur de Chile. — Cavanche (Mayo 1893.—Plate).

Esta especie es bastante común en el Plata, en donde llega hacia el fin de Agosto o en los primeros días de Setiembre. Hudson, observó que entre los primeros en llegar, se encuentran también varios individuos jóvenes, en apariencia tan débiles, que cuesta creer que después de tan poco tiempo de haber nacido, hayan podido llevar a cabo tan largo viaje, desde el extremo norte del continente americano hasta las pampas de Buenos Aires. El mismo autor dice que ésta especie se diferencia de las otras por sus hábitos solitarios; y que solo durante los meses más cálidos y cuando el agua empieza a escasear, suelen reunirse en bandadas de 200 a 300 individuos. Pero, según Gibson, esas reuniones no son muy frecuentes, y nunca tuvo él ocasión de observarlas en gran número en Ajó (Bue-

nos Aires). Con frecuencia esta especie se encuentra junto con *Pisobia fuscicollis*.

En Tucumán, dice Dinelli, llegan en pequeñas bandadas y permanecen en esa provincia durante la época lluviosa del verano o en tiempo de los riegos.

En esta especie, el color del iris es a veces amarillo claro, otras, pardo obscuro; el pico amarillento en la base; los tarsos varían desde el verdoso amarillento pálido al oliváceo obscuro, y las uñas son negras.

4. *Pisobia fuscicollis* (Vieillot)

Nombres vulgares. — Carachilla, Chorlito (en Buenos Aires); Chululú-í (en el Paraguay).

Señalada en la República Argentina y regiones limítrofes en las siguientes localidades: 1. Pilcomayo inferior (1890 — G. Kerr). 2. Esquina, prov. Corrientes (Noviembre 14, 1909 — C. H. B. Grant). 3. Mocovi, Chaco Austral (Enero 13 y 18, 1904—S. Venturi). 4. Río Paraná (Setiembre 15—Campbell, Mus. Brit.). 5. Córdoba (F. Schulz). 6. Concepción del Uruguay, prov. Entre Ríos (observada durante casi todo el año; en bandadas de 100 individuos; con frecuencia junto con *P. maculata*. Más escasa también, desde mediado de Noviembre a mediados de Enero, 1882—W. B. Barrows). 7. Buenos Aires, (observada desde Marzo a Mayo, 1890 — A. H. Holland). 8. Barracas al Sud, Buenos Aires (Noviembre 11, 1904 — P. Serié). 9. Barracas al Sud (Mayo 16, 1901; Setiembre 10, 1902; Setiembre 16 y 17, 1903 — S. Venturi). 10. Buenos Aires, (Abril y Octubre 1876 — A. Durnford). 11. Baradero, prov. Buenos Aires (común, en bandaditas durante el otoño, 1876 — H. Durnford). 12. Quilmes, prov. Buenos Aires (Noviembre 11, 1917 — D. Rodríguez). 13. La Plata, Buenos Aires (Abril 15, 1895; Octubre 11, 1896; Noviembre 12, 1896 — L. Dinelli). 14. La Plata, Buenos Aires (Nov. 3, 1882 — E. W. White). 15. Conchitas, prov. Buenos Aires (en invierno, 1870 — W. H. Hudson). 16. Ajó, prov. Buenos Aires (en bandaditas desde fines de Octubre hasta mitad o fines de Mayo, 1881 — E. Gibson). 17. Ajó, Buenos Aires (Febrero 16, 1889; Marzo 15, 1902 — E. Gibson). 18. Ajó, Buenos Aires (Octubre 27, 1908 — C. H. B. Grant). 19. Cabo San Antonio, este provincia Buenos Aires (Diciembre 17, 1908 — C. H. B. Grant). 20. Los Ingleses, prov. Buenos Aires (Mayo 15, 1909; Enero 23, 1910; varios ejemplares jóvenes — C. H. B. Grant). 21. Ajó, Buenos Aires (Marzo 8 y 28, 1918 — A. Pozzi). 22. Estancia del Espartillar, cerca de Ranchos, prov. Buenos Aires (Abril 3, 1890; común desde Marzo hasta Agosto; llega generalmente a mitad de Marzo y algunos emigran a principio de Mayo; al parecer se ausentan y regresan a intervalos, 1890 — A. H. Holland). 23. Rosas, F. C. S., prov. Buenos Aires (Marzo 21, 1920; en bandaditas — J. Daguerre). 24. Carhué, prov. Buenos Aires (Marzo y Abril, 1883 — W. P. Barrows). 25. Chubut, Patagonia (Noviembre, 1876; residente en los valles de los ríos Sengel y Sengelen — H. Durnford). 26. Puerto Madryn, Chubut, Patagonia (Setiembre 12, 1916 — A. Pozzi). 27. San Julián, Santa Cruz, Patagonia (W. Burnett y Fity Roy — Mus. Brit.). 28. Palacke, Patagonia occidental (Enero 18, 1898 — A. E. Colburn, Princeton Exped.). 29. Río Gallegos, Santa Cruz, Patagonia (Febrero 1902 — R. Dabbene). 30. Río Gallegos, Patagonia (Noviembre 23, 1914 — J. Mogensen). 31. Punta Arenas, sur Chile, Patagonia (Noviembre 7, 1882 — Miss. Scient. Cap Horn). 32. Peckett Harbour, sur Chile, estrechos de Magallanes (Enero — Dr. Copping; Mus. Brit.). 33. Useless Bay, Tierra del Fuego (Setiembre 17, 1904; Bahía San Sebastián, Tierra del Fuego; de Setiembre a Octubre, en gran-

des bandadas — Crawshay). 34. Punta Anegada, Tierra del Fuego (Enero 1895 — Plate). 35. Bahía Orange, Tierra del Fuego (Setiembre 9, 1882 — Miss. Scient. Cap Horn). 36. Bahía Buen Suceso, Tierra del Fuego (Octubre 30, 1882.—Miss. Scient. Cap Horn). 37. Penguín Rockery, isla de Los Estados, Tierra del Fuego (Febrero 1882 — Vinciguerra). 38. Islas Malvinas (Abbott, Leconte — Mus. Brit.). 39. Islas Malvinas (Enero 1876. — Viaje del Challenger). 40. Bahía Francesa, islas Malvinas (Marzo 7, 1883.—Miss. Scient. Cap Horn). 41. Port Stanley, islas Malvinas (Octubre 18 y 21, 1915. — Brooks). 42. Port Darwin, islas Malvinas (1918.—Richard H. Wace; A. G. Bennett).

Uruguay. — Maldonado (Noviembre 1827. — A. D'Orbigny); Colonia Junio — H. W. Harrison, Mus. Brit.); Punta Gorda (Diciembre 1, 1902.—J. Tremoleras); Canelones (J. Tremoleras).

Paraguay. — (W. Bertoni).

Sureste Brasil. — Iguapé, São Paulo, Estado de São Paulo (Mus. Paulista).

Esta especie es tal vez la más vastamente distribuida y es común en el extremo sur del territorio y en Chile. Gibson dice que es uno de los chorlos más abundantes en el distrito de Ajó, en donde se encuentra en todas partes en pequeños grupos y tanto en las lagunas de agua dulce, como en las de agua salada y en los cangreiales. En los puntos en donde encuentran alimento en abundancia, suelen reunirse en bandadas muy numerosas, especialmente desde la mitad de Octubre hasta la mitad o fin de Marzo.

Esta especie tiene el pico oliváceo con la extremidad negra, y a veces también todo negro; los tarsos y los dedos son igualmente variables en la coloración, siendo verdoso amarillentos, gris obscuro o de un oliva negruzco. Las uñas son negras.

5. *Pisobia Bairdi* (Coues)

Nombres vulgares: Chorlito; sachá pollito (en La Rioja).

En la República Argentina y regiones limítrofes ha sido señalada en las siguientes localidades:

1. Río Salí, prov. de Tucumán (en bandaditas durante el verano, cuando las lluvias inundan los campos. — L. Dinelli). 2. Lago Helado, alt. 3.700 mets., provincia de Catamarca (Diciembre 6, 1918. — J. Mogensen). 3. Gualfín, prov. de Catamarca (Setiembre 26, 1917 — J. Mogensen). 4. Antofagasta, prov. de Catamarca, alt. 3.200 mts. (Diciembre 16, 1918 — J. Mogensen). 5. La Rioja (E. Giacomelli). 6. Córdoba (F. Schulz). 7. Mendoza (G. Burmeister). 8. Pampas (Leybold). 9. Conchitas, prov. Buenos Aires (en Abril y Mayo — 1868; W. H. Hudson). 10. La Plata, prov. Buenos Aires (Noviembre 3, 1882; junto con *P. fuscicollis* — E. W. White). 11. Ajó, prov. Buenos Aires (Noviembre 28, 1908 y Diciembre 19, 1909. — C. H. B. Grant). 12. Río Coy, Patagonia occidental (Setiembre 30, 1898 — J. B. Hatcher, Princeton Exped.). 13. Islas Malvinas (R. H. Wace).

Uruguay. — El Sauce (Abril 3 y 4, 1890 — O. V. Aplín).

Chile. — Canosa, Sayaca, Huasca (hasta fines de Mayo es común — A. Lane).

Esta especie no es muy abundante y se encuentra de preferencia en la parte occidental del territorio y en la región montañosa. A veces ha sido vista en compañía del chorlo *Canutus canutus*.

El pico y los tarsos son negruzcos.

6. *Tringa solitaria* Wilson

Nombres vulgares: Chorlo; dui-duit (en Buenos Aires y Tucumán; sachá

pollito chico (en La Rioja); chululú (en Paraguay).

En la República Argentina y regiones limítrofes ha sido señalada en la localidades siguientes:

1. Fortín Page, Pilcomayo inferior (Setiembre 13, 1890 — G. Kerr). 2. Orán, prov. Salta (G. Gerling). 3. Santa Ana, prov. Tucumán (Setiembre y Octubre — G. A. Baer). 4. Concepción, prov. Tucumán (Noviembre 14, 1917 — J. Mogensen). 5. Toro Muerto, prov. Tucumán (Noviembre 1, 1918 — J. Mogensen). 6. Río Salí y Calera, prov. Tucumán (L. Dinelli). 7. La Rioja (E. Giacomelli). 8. Córdoba (de Abril a Octubre — F. Schulz). 9. Concepción del Uruguay, prov. Entre Ríos (en Agosto, Setiembre y Octubre; en grupos de 2 a 6 individuos. El 20 de Agosto, 1880, aparecieron ya algunos — W. B. Barrows). 10. Campana, prov. Buenos Aires (Diciembre 30, 1876 — H. Durnford). 11. Buenos Aires (en la primavera y en el verano, desde Octubre hasta Marzo 1876 — H. Durnford). 12. Corrales, Buenos Aires (Marzo 29, 1876 — Moser). 13. Buenos Aires (Octubre 1863 — Moser). 14. Barracas al Sur, Buenos Aires (Octubre 4, 1900; Enero 11, 1901; Marzo 23, 1902 — S. Venturi). 15. La Plata, prov. Buenos Aires (Noviembre 1894 — L. Dinelli). 16. Rosas, F. C. S., prov. Buenos Aires (Diciembre 5, 1919 — J. Daguerra). 17. Azul, prov. Buenos Aires (Enero 25, 1881 — W. B. Barrows). 18. Estancia del Espartillar, cerca de Ranchos, prov. Buenos Aires (llega en Marzo y emigra en Junio; es común — A. H. Holland).

Uruguay. — Colonia (Noviembre — H. W. Harrison; Mus. Brit.); Santa Elena (Enero y Abril 4, 1892; Noviembre 23, 1892 — O. V. Aplin); San José (J. Tremoleras).

Sur de Bolivia. — Caiza (Febrero y Marzo 1896 — A. Borelli); Aguiarenda (Noviembre 1895 — A. Borelli).

Paraguay. — (W. Bertoni); Monte Alto (Agosto 25, 1909 — C. H. B. Grant); Riacho Ancho (Octubre 2 y 3, 1909; algunos jóvenes — C. H. B. Grant); Mburero (Diciembre 3, 1910 — F. Posner); Sapucay (Agosto 26, 1904 — W. Foster).

Brasil. — Matto Grosso: Puerto Esperanza (Setiembre 25, 1909 — C. H. B. Grant); Río Mogy Guassú, Franca, Itapura, Estado de São Paulo; Ourinho, estado de Paraná (Mus. Paulista).

Esta especie, según Hudson, es de las últimas en llegar al Plata y tiene costumbres algo distintas de los otros chorlos, evitando los sitios abiertos de las llanuras húmedas y los márgenes fangosos de las lagunas, para retirarse en algunos lugares más abrigados y ocultos por pasto o por árboles; y en donde se encuentre algún espacio libre por el que pueda correr libremente.

7. *Pluvialis dominicus dominicus* (Müller)

Nombres vulgares: Chorlo dorado, chorlo pampa (en Buenos Aires).

En la República Argentina y en las regiones limítrofes, ha sido señalada en las localidades siguientes:

1. Moreno, puna de Jujuy (Diciembre 1, 1901 — E. Lonnberg). 2. Tucumán (observada raramente, de paso — L. Dinelli). 3. Moreno, prov. Buenos Aires (Febrero 6, 1876 — H. Durnford). 4. Buenos Aires (común en los meses de Febrero y Marzo; algunos ejemplares cazados en el último mes estaban en muda de plumaje — 1876; H. Durnford). 5. Buenos Aires (observados algunos ejemplares con restos del plumaje nupcial, en la última semana de Agosto — 1870; W. H. Hudson). 6. Punta Lara, este prov. Buenos Aires (común en Febrero 22, 1882 — E. W. White). 7. Buenos Aires (Febrero 1870 y Octubre 1890 — colecc. Mus. Nac. Buenos Aires). 8. San Vicente, prov. Buenos Aires (Enero 5, 1902 — P.

Serié). 9. Barracas al sur, Buenos Aires (Octubre 25, 1898; Noviembre 14, 1901; Setiembre 10, 1904 — S. Venturi). 10. Ajó, este prov. Buenos Aires (Setiembre 10, 1899; Noviembre 10, 1899; Diciembre 1, 1901 — E. Gibson). 11. Ajó (Enero 1, 1917 — A. Pozzi). 12. Cabo San Antonio, este prov. Buenos Aires (Diciembre 17, 1908 — C. H. B. Grant). 13. Tuyú, este prov. Buenos Aires (Diciembre 2, 1908 — C. H. B. Grant). 14. Los Ingleses, este prov. Buenos Aires (Enero 11, 1909 — C. H. B. Grant). 15. Rosas, F. C. S., prov. Buenos Aires (Febrero 1, 1920 — J. Daguerre). 16. Lomas de Zamora, prov. Buenos Aires (Febrero 1887 y algunas bandadas en el otoño — F. Withington). 17. Bahía Blanca y sierra de la Ventana, prov. Buenos Aires (desde el 8 de Febrero al 19 de Marzo 1887; en bandadas de 20 a 200 individuos — W. B. Barrows).

Uruguay. — Santa Elena (Enero 31, Marzo 12, 1892; en bandaditas de 20 individuos — O. V. Aplin). San José (J. Tremoleras).

Paraguay. — (En los campos fangosos y húmedos, en bandadas, sin abundar. Algunos con restos de plumaje nupcial — 1898; W. Berton).

Sur de Bolivia. — Aguairenda y San Francisco (Noviembre 1895 — A. Borelli).

Sureste Brasil. — Iguapé, Itapura, Ypiranga, estado de São Paulo (Mus. Paulista).

El chorlo pampa es una de las primeras especies que llegan a nuestro territorio. Hacen su aparición generalmente en las últimas semanas de Agosto o en los primeros días de Setiembre, solos, por pares, o en pequeñas bandadas, y entre estos primeros en llegar, no es raro encontrar algunos individuos vistiendo aun casi enteramente el plumaje nupcial y varios con restos del mismo.

Hudson dice que no acostumbran visitar regularmente las mismas localidades en cada estación y que pueden ser abundantes en un lugar un año, y raros o faltar enteramente en el mismo, el año siguiente.

Su distribución en el territorio argentino parece limitada a la región de las pampas desde el sur de las provincias de Santa Fe y Córdoba al sur de la provincia Buenos Aires y especialmente en la parte oriental. Durante la primavera, prefieren las llanuras abiertas con poco pasto y en las que haya lagunas y pantanos; pero durante el verano, especialmente en Diciembre, cuando los campos están secos, parecen ser más comunes en los lugares en donde abunda una planta de la familia de las compuestas, el *Sylibum marianum*, cuyos frutos caídos al suelo, son comidos ávidamente por estas aves. También se alimentan de larvas de insectos que abundan en esa misma estación.

Actualmente el número de chorlos pampas que llegan a nuestro territorio es bastante reducido en comparación con años anteriores. Ya no se ven las grandes reuniones de estas aves, de las cuales habla Hudson y ni siquiera se observan las bandadas de 100 o 200 individuos citados más tarde por Gibson. Los datos que me han transmitido algunos observadores, se refieren todos a pequeños grupos de 15 a 20 individuos; a pares, o individuos aislados, que se encuentran en varios puntos de nuestra campaña en los meses de verano. Recientemente en el año transcurrido, el señor J. B. Daguerre, me comunicó que el chorlo pampa había aparecido en Las Rosas, F. C. S., provincia de Buenos Aires, a mediados de Diciembre y que en esos días, después de un aguacero, vió una bandada de 20 individuos en un terreno arado. También vió grupos de dos a cinco individuos en las orillas de las lagunas y algunos ejemplares solos. Dice el mismo observador que desaparecieron de esa localidad antes de finalizar el mes de Enero del corriente año.

Por lo general, temprano, a fines de Febrero o al principio de Marzo, empieza

la migración de retorno hacia el norte y mucho antes del fin de ese último mes, ya no queda ninguno en nuestros campos.

Una de las causas de la disminución de los individuos de esta especie de chorlo, se debe atribuir a la caza persistente de que ha sido objeto, con motivo de su carne muy apreciada. Cuando recién llegan, después de su largo viaje desde las regiones árticas, están flacos; pero al poco tiempo de permanecer en la pampa se ponen muy gordos y entonces son muy buscados por los cazadores.

Como es sabido, el chorlo pampa es una de las especies que van a invernar muy lejos, cerca de 8000 millas de sus lugares de reproducción, situados en los terrenos estériles, más allá del círculo ártico; y durante todo el tiempo que se encuentran entre nosotros, no deben ser muy numerosos más al norte del 32° o 33° paralelo sur.

También, como ya he indicado, es una de las especies de chorlos que en sus migraciones cubre las más largas distancias de un sólo vuelo. El chorlo pampa emigra de las regiones árticas en Julio en cuanto los pichones están en condiciones de volar y pueden buscarse por sí mismo el alimento; y los que se dirigen al sur del continente americano, se trasladan todos al Labrador en cuyos campos permanecen unas semanas encontrando abundante alimento y engordando para prepararse para su largo viaje. De las costas del Labrador, las bandadas cruzan el golfo de San Lorenzo y se dirigen a la Nueva Escocia, punto de partida de su extraordinario vuelo sobre el océano, con rumbo a las costas de Sud América que son el objetivo de su viaje. Si el tiempo es favorable, estas aves pasan a lo largo de las Bermudas sin parar en ellas, y siguen directamente el vuelo hasta las grandes Antillas y aún hasta la costa norte de Sud América, cubriendo así de un solo vuelo la distancia de 2400 millas que separa la Nueva Escocia de las tierras continentales de la América del Sur. Muchas aves migratorias, viajan durante el día, otras sólo durante la noche, pero el chorlo pampa vuela de día y de noche sin descansar, y la distancia indicada es tal vez la mayor que cualquier otra ave puede recorrer en un simple vuelo. Aunque no se conozca exactamente el tiempo que invierte en recorrer ese trayecto, sin embargo, se supone que debe emplear en él cerca de 48 horas, volando a razón de unas 50 millas por hora.

Los chorlos pampas que en sus migraciones hacia el hemisferio austral, toman la vía del Atlántico, están con frecuencia expuestos a fuertes temporales que los obligan a buscar refugio en las costas de los Estados Unidos; por cuyo motivo no es raro encontrar de vez en cuando, durante la época de las migraciones individuos de esta especie en varios puntos de esas mismas costas. Pero, escribe Wells Cooke (1), a los individuos de la misma especie, que emigran de Alaska y van a invernar a las islas Hawai, no les queda siquiera este medio de salvación en caso de ser sorprendidos en su viaje sobre el océano por una fuerte tempestad. Desde la costa americana hasta aquellas islas, casi en medio del Pacífico, hay también una distancia de cerca de dos mil millas, y en todo ese trayecto no existe un solo pie cuadrado de superficie sólida en donde las aves puedan plegar sus alas y bajar. Una vez que ellas se han lanzado en su vuelo sobre el océano, no les queda otro recurso que continuarlo hasta su destino o perecer. Y sin embargo, años tras años, tanto los chorlos pampas, como varias otras especies más pequeñas aún, en número considerable, vuelan en otoño desde Alaska hasta las islas Hawai en donde invernan y en la primavera vuelven a rehacer tan largo y peligroso viaje para ir a nidificar en los campos helados de Alaska.

Por más prodigiosos que nos parezcan tales viajes, más sorprendente aún es la facultad de orientación de estas aves para seguir directamente su rumbo hacia

(1) Bird Migration, Bull. No. 185. U. S. Depart. Agricult., 1915.

aquellas islas, casi perdidas en la inmensidad del océano Pacífico. ¡De que prodigio de resistencia y de energía nos dan prueba esos pequeños seres alados y cuán admirable es la fuerza que los guía en esos viajes, en los que el hombre mismo sin la ayuda de mapas y brújulas, sextantes y cronómetros, extraviaría seguramente el camino!

En una de sus admirables publicaciones populares, el doctor Frank M. Chaponan (1), quien en sus viajes, y desde a bordo de buques, tuvo ocasión de observar el paso de aves migratorias, expresa así su admiración: «Ellas nos parecen tan pequeñas y débiles cuando se ven volando arriba del océano, sobre el que tan valientemente se han lanzado, que casi llegamos a dudar si sus pequeñas alas tendrán la fuerza suficiente para luchar contra sus tempestades. Y cuando se piensa en esos largos viajes sobre la inmensa uniformidad de las aguas, en donde nada existe que pueda señalarles el rumbo que han de seguir, nos parece aún más extraordinario que ellas puedan ser capaces de guiarse para continuar sobre la rota que debe llevarlas a las tierras hacia las cuales se han dirigido.»

En el caso de las migraciones del chorlo pampa, desde Alaska a las Hawaii, efectuadas enteramente sobre las aguas del océano Pacífico, no parece posible aceptar la explicación acerca de las causas de las migraciones, indicada en la teoría expuesta en las páginas anteriores y según la cual, con motivo del avance paulatino de los hielos hacia el Sur durante el período glacial, las aves eran forzadas a retirarse en regiones más templadas del continente. Si las migraciones desde América a las islas Hawaii, han tenido lugar por análogas causas o por otras cualesquiera, deben haber empezado en épocas geológicas muy anteriores al período glacial y cuando la parte del Pacífico al norte del Ecuador era ocupada por continentes o cadenas de islas que unían aquellas islas a Norte América.

También debo observar que en los casos de migraciones efectuadas sobre un continente, se puede aceptar cierta hipótesis de algunos ornitólogos americanos, según la cual, en esos viajes, las aves se guían en la ruta, siguiendo la dirección de las cadenas de montañas o el curso de grandes ríos; pero en el caso de efectuarse la migración sobre vastas extensiones de aguas de los océanos y siguiendo una ruta situada a millares de millas de cualquier tierra, dicha hipótesis no es más admisible. En tales casos, el sentido de la visión, por desarrollado que sea, no puede ser de utilidad a las aves. Leverett M. Loomis (2), ha sugerido que en estas ocasiones, los fenómenos físicos, son los que sirven de guía a la aves. Sin excluir en absoluto la posibilidad en parte de este hecho, no parece sin embargo suficiente en muchos casos. Se debe más bien aceptar la suposición de que existe en esos seres, como también en casi todos los demás, comprendido el hombre, y éste especialmente al estado salvaje, un sexto sentido llamado de dirección, cuya localización es aún desconocida, y el que es latente en la mayor parte de los seres vivientes, pero más o menos desarrollado en unos que en otros, y ciertamente en grado altísimo y de un modo peculiar en las aves migratorias. Este sentido es el que las orienta en esos largos viajes y especialmente en aquellos efectuados sobre la uniforme superficie de las aguas de los mares y a grandísima distancia de las tierras. Es también probable que ese sentido de la dirección, sea más fuertemente desarrollado en los individuos completamente adultos que en los jóvenes como lo hace suponer la observación de las bandadas cuando están viajando. A la vanguardia de estas, van generalmente machos adultos, los cuales tal vez ya habían hecho otras veces el mismo viaje, y ciertamente ellos son los que sirven de

(1) The travels of Birds.

(2) Proceed. Calif. Academy of Sciences. Vol. II, Pt. II No. 12, April 22, 1918, p. 30-31.

guía a los demás individuos que componen el grupo. Las repetidas notas de llamada que lanzan con frecuencia mientras están viajando, especialmente en la oscuridad de la noche, tienen evidentemente el objeto de mantener unidos a los individuos de la bandada a fin de que no se alejen y extravíen. Pero los que van a la cabeza del grupo guiando a los demás, no oyen otras notas de llamada y nada les puede señalar el camino, sino esa fuerza misteriosa que actuando en forma desconocida, los mantienen sobre la ruta que han de seguir hasta llegar a las regiones que son el objetivo de sus viajes.

8. *Micropalama himantopus*. (Bonaparte)

Nombre vulgar: Chorlito.

En la República Argentina y regiones limítrofes, ha sido señalada en las localidades siguientes:

1. Esquina, provincia de Corrientes (Noviembre 14, 1909 — C. H. B. Grant).
2. Belgrano, Buenos Aires (Agosto 7, 1877 — Moser).
3. Alrededores de Buenos Aires (Octubre, 1877 — Moser).
4. Ajó, provincia de Buenos Aires (Enero 30, 1902 y Diciembre 27, 1913; en bandadas en de 100 individuos — E. Gibson).
5. Los Ingleses, este provincia de Buenos Aires (Febrero 24, 1909 — C. H. B. Grant).

Uruguay. — Colonia (Noviembre 24 H. W. Harrison; Mus. Brit.). Maldonado (J. Tremoleras).

Esta especie es común en ciertas partes de la provincia de Buenos Aires y Grant dice que camina entre el agua hasta que le cubra el dorso. El iris es pardo oscuro; el pico negro; los tarsos y pies oliváceos; las uñas negras.

9. *Bartramia longicauda* (Bechstein)

Nombres vulgares: Chorlo solo; batitú (en Buenos Aires); gordillo (en Tucumán); Tschululú (en el Paraguay).

El batitú ha sido señalado en los siguientes puntos de la República Argentina y regiones limítrofes:

1. Tucumán (de paso, en Abril y primeros de Mayo; siempre durante la noche — L. Dinelli).
2. La Rioja (de Febrero a Marzo — E. Giacomelli).
3. Córdoba (de Diciembre a Marzo — F. Schulz).
4. San Juan (J. Fontana).
5. Retamito y La Hullera, provincia de Mendoza (Abril, 1913 — C. S. Reed).
6. Concepción del Uruguay, prov. Entre Ríos (común en todas partes, desde Noviembre hasta Abril — 1879-80; W. B. Barrows).
7. Buenos Aires (común desde Diciembre hasta los primeros días de Abril — 1876; H. Durnford).
8. Baradero, prov. Buenos Aires (Abril 7, 1876 — H. Durnford).
9. Buenos Aires (Febrero, 1876 — Moser).
10. Estación Wilde, prov. Buenos Aires (Diciembre 30, 1900 — S. Venturi).
11. Barracas al sur, Buenos Aires (Diciembre 26, 1901 — S. Venturi).
12. Lomas de Zamora, prov. de Buenos Aires (abundante en otoño; en bandaditas de 5 a 20 individuos — 1888; F. Withington).
13. Estancia del Espartillar, cerca de Ranchos, prov. Buenos Aires (común desde Diciembre a Marzo; observado también en Octubre — 1980; A. H. Holland).
14. Poblet, provincia de Buenos Aires (Noviembre 20, 1915 — A. Pozzi).
15. La Plata, provincia de Buenos Aires (Febrero 15, 1920 — A. Pozzi).
16. Balcarce, prov. Buenos Aires (Abril 19, 1920 — A. Pozzi).
17. Las Rosas, F. C. S., prov. de Buenos Aires (Enero 18, 1920 — J. B. Daguerre).
18. Pampas de la provincia de Buenos Aires (desde Setiembre a Marzo—1870; W. H. Hudson).
19. Raro en la parte sur de la gobernación de

la Pampa, Río Colorado (1880; A. Doering). 20. Las Delicias, prov. de Entre Ríos (en la primavera, 1919; Báez). 21. Pereyra, prov. de Buenos Aires (Marzo 20, 1916 — C. A. Marelli).

Uruguay. — Colonia (Diciembre 5 — H. W. Harrison; Mus. Brit.); Santa Elena (Enero; Febrero 28; Marzo 3, 1892 — O. V. Aplín); Porongos (Noviembre 17, 19, 1892; en bandaditas de 8 individuos — O. V. Aplín); Montevideo; Colonia (J. Tremoleras).

Paraguay. — De paso, durante unos ocho días. (1898; W. Bertoni).

Sur de Bolivia. — Tatarenda (Abril, 1902 — E. Lonnberg).

Sureste Brasil. — Ypiranga, Iguapé, Itapurá, Estado de São Paulo (Mus. Paulista).

Lo mismo que el chorlo dorado, también el batitú, se está haciendo de año en año siempre más escaso. En las pampas, empieza a llegar en Setiembre por pequeños grupos de 3 a 4 individuos y se distribuye vastamente sobre toda la región de nuestras llanuras, en las que prefiere los campos secos. Con frecuencia se le ve sólo o en pequeñas bandadas de 10 a 15 individuos. Cuando es sorprendido, dice Hudson, prefiere esconderse antes que levantar el vuelo, y entonces corre rápidamente entre el pasto alto o se agacha como las becasinas si el pasto es corto. A diferencia de los demás chorlos, se le ha visto posarse a veces sobre las ramas de los árboles.

Este chorlo es muy voraz, y tanto Dinelli en Tucumán, como Báez en la provincia de Entre Ríos, están conformes en asegurar que en la época de las invasiones de langostas saltonas, se alimenta de estos insectos, comiendo una gran cantidad de los mismos. Su carne, generalmente muy apreciada, adquiere en esa circunstancia, un sabor desagradable.

Como el chorlo pampa, también esta especie ha sido en todo tiempo objeto de una activa caza, por cuyo motivo se debe en parte la disminución de su número.

El señor J. B. Daguerre, de Las Rosas, provincia de Buenos Aires, me comunica que el batitú suele aparecer en esa localidad en Octubre, permaneciendo hasta fines de Marzo; y que en algunos veranos su número es muy escaso viéndose apenas algunos ejemplares aislados. En cambio en este último (1919-1920), fué más numeroso y observó en varias ocasiones bandaditas de 10 a 15 individuos.

El viaje de retorno al norte, parece efectuarse por el N. NW. del territorio y algunas bandadas suelen emigrar ya avanzada la estación, siendo frecuente observar todavía individuos en la segunda quincena de Abril, especialmente cuando, como en el presente año, el verano se ha prolongado más que de costumbre, habiendo sido cazado en Balcarce (prov. de Buenos Aires) el día 19 de ese mes.

Pero por lo común a fines de Febrero y en Marzo tiene lugar la migración de regreso al norte, y entonces, de día y de noche, por el espacio de algunas semanas, desde muy alto en el cielo, nos llegan continuamente como una despedida, las melancólicas notas de llamada que lanzan estas aves, cuando pasan volando para emprender nuevamente su largo viaje de regreso al extremo opuesto del continente, hacia sus hogares nativos, allá en las lejanas tierras árticas.

10. *Calidris (1) canutus* (Linnaeus)

(1) El nombre *Calidris* debe substituir *Tringa* L. y *Canutus* Brehm. Cf. Oberholser, Auk., 1920, p. 452 L.

Nombre vulgar: Chorlo.

Esta especie ha sido señalada en los siguientes puntos de la República Argentina y regiones limítrofes:

1. Barracas al sur, prov. Buenos Aires (Noviembre 1, 1901; Noviembre 8, 1904 — S. Venturi). 2. Cabo San Antonio, este prov. Buenos Aires (Diciembre 19, 1908 — C. H. B. Grant). 3. Pereyra, prov. Buenos Aires (Febrero 22, 1916 — C. A. Marelli). 4. Cabo Espíritu Santo, Tierra del Fuego (Febrero, 1895 Plate).

Sureste Brasil. — Iguapé, Estados de São Paulo (Museo Paulista).

La distribución de esta especie en nuestro territorio, parece limitada a su parte oriental, especialmente sobre la costa atlántica desde la provincia de Buenos Aires hasta la Tierra del Fuego. Por este motivo existen pocas indicaciones de localidades en las cuales ha sido señalada. Es menos común, sin embargo, que el batitú y a veces se le ve junto con otros chorlos. Grant vió un grupo de 8 a 10 individuos en el Cabo San Antonio sobre la costa de la provincia de Buenos Aires, algunos de los cuales estaban en muda, habiendo casi enteramente revestido el plumaje invernal.

Otro espécimen cazado cerca de Buenos Aires, el 8 de Noviembre de 1904, tiene las partes inferiores del cuerpo muy salpicadas de rojo claro.

11. *Tryngites subruficollis* (Vieillot)

Nombre vulgar: Chorlo.

Esta especie ha sido señalada en los siguientes puntos:

1. Córdoba (1886 — F. Schulz). 2. Buenos Aires (observada en Abril y Mayo — 1870; W. H. Hudson). 3. Estación Plátanos, F. C. S., prov. Buenos Aires (Marzo 28, 1916 — A. Pozzi). 4. Barracas al sur, prov. Buenos Aires (Diciembre 10, 1904 — S. Venturi). 5. Barracas al sur, prov. Buenos Aires (Junio 14, 1899 — S. Venturi). 6. Ajó, este prov. Buenos Aires (Marzo 8, 1902 — E. Gibson). 7. Moreno, oeste prov. Buenos Aires (Febrero 20, 1876 — H. Durnford). 8. Chascomús, provincia Buenos Aires (Marzo 5, 1866—F. Schulz). 9. Misiones (F. M. Rodríguez).

Uruguay. — Montevideo (Gould).

Esta especie llega a la Argentina por la vía del interior del continente, apareciendo generalmente en el mes de Octubre. Con frecuencia se vé en compañía de otros chorlos, especialmente del chorlo pampa. Parece también que la migración de retorno hacia el norte, se efectúa más tarde que para otras especies, tal vez por que se extiende muy lejos hacia el sur del territorio. Seguramente las bandadas de 200 a 500 individuos que Hudson vió pasar por la provincia de Buenos Aires, en Abril y Mayo de 1868, venían del sur de la Patagonia y continuaban su viaje hacia las regiones nórdicas.

Hoy es mucho más escasa que en el tiempo en que ese naturalista hizo sus observaciones y sólo se ven pocos individuos en nuestra campaña.

12. *Crocethia* ⁽¹⁾ *alba* (Pallas)

Nombre vulgar: Chorlito.

Señalada en los siguientes puntos de la República Argentina y regiones limítrofes:

(1) Reemplaza *Calidris*. III. Cf. Stone, Auk., XXIX. No. 2. April 1912, p. 208 y Auk. XXXVII, 1920, p. 443.

1. Misiones (Noviembre 30, 1902 — R. Dabbene). 2. San Vicente, prov. Buenos Aires (Enero 1, 1900 — S. Venturi). 3. La Plata, prov. Buenos Aires (Noviembre, 1896 — L. Dinelli). 4. Cabo San Antonio, este provincia Buenos Aires (Diciembre 19, 1908 — C. H. B. Grant). 5. Tuyú, Ajó, prov. Buenos Aires (Enero 12, 1910; en bandadas de 6 a 12 individuos—C. H. B. Grant). 6. Tambo Point, Chubut, Patagonia (Diciembre 30, 1876; Enero 3, 1877 — H. Durnford). 7. Chubut, Patagonia (C. Burmeister).

Sur Chile. — Cavanches (Mayo, 1893 — Plate).

Uruguay. — Montevideo, Colonia, San José, Canelones, Maldonado (J. Tremoleras).

Sureste Brasil. — San Sebastián, Río Paraná, Itapurá, Estado São Paulo (Mus. Paulista).

Esta especie distribuída vastamente durante sus migraciones, sobre ambas hemisferios, oriental y occidental, ha sido observada generalmente sobre el litoral argentino. En ciertos años es relativamente común.

13. *Limosa haemastica* (Linnaeus)

Nombre vulgar: Becasa (en Buenos Aires).

Señalada en la República Argentina y regiones limítrofes en los puntos siguientes:

1. Río Salado, prov. Buenos Aires (Mayo y Julio 1867 — S. Pozzi). 2. Buenos Aires (en las lagunas, desde Abril a Setiembre—1876; H. Durnford). 4. Buenos Aires (Octubre, 1890—Monguillot). 5. La Plata, prov. Buenos Aires (Noviembre 10, 1882 — E. W. White). 6. Ajó, este provincia Buenos Aires (Julio 2, 1880; Diciembre 6, 1881, en bandadas — E. Gibson). 7. Los Ingleses, este, provincia Buenos Aires (Noviembre 1, 1908 — C. H. B. Grant). 8. Cabo San Antonio, este prov. Buenos Aires (Diciembre 20, 1908 — C. H. B. Grant). 9. Azul, sur prov. Buenos Aires (1883 — A. Dóering). 10. Estancia del Espartillar, cerca de Ranchos, prov. Buenos Aires (en bandadas, desde Julio a Agosto, después de fuertes lluvias — 1890; A. H. Holland). 11. Chubut, Patagonia (Noviembre 13, 1876 — H. Durnford). 12. Puerto Deseado, Santa Cruz, Patagonia (Mayo — Mus. Brit.). 13. Estrecho de Magallanes (Noviembre 16 — Dr. Cunningham). 14. Useless Bay, Tierra del Fuego (en pequeñas bandadas de una docena de individuos, a fines del verano — 1904; Crawshay). 15. Islas Malvinas (Darwin; Mayo, 1860 — Cap. Abbott; Mare Harbour; Port Luis — Cap. Abbott; San Salvador Bay — Gray; R. Wace).

Chile. — Calbuco (Diciembre, 1894 — Plate).

Paraguay. — (De paso, en pequeñas bandadas de 10 a 12 individuos — 1898; W. Bertoni).

Uruguay. — Montevideo, Canelones (J. Tremoleras).

Sureste Brasil. — Iguapé, Estado São Paulo (Mus. Paulista).

Esta hermosa especie de chorlo, era muy común en nuestra campaña aún hasta unos 20 años; después su número ha ido disminuyendo rápidamente cada año y actualmente se puede considerar como una de las especies menos comunes.

La becasá nidifica en las regiones árticas, pero las rutas seguidas desde el norte de los Estados Unidos hasta la Argentina y desde este país al Texas, no son bien conocidas, no existiendo sino pocas indicaciones de localidades en las cuales hayan sido observadas (costa del Perú—Noviembre 9. 1883; Mac Farlane y otras sin fechas).

Probablemente en el viaje hacia el sur, sigue la misma ruta del chorlo pampa, trasladándose por medio de un simple vuelo sobre el océano, desde Nueva

Escocia hacia la costa norte de Sud América; pero desde este punto hasta el Paraguay o sureste del Brasil, no ha sido señalada. En el viaje de regreso al norte, debe efectuar el trayecto desde la Argentina hasta Texas, también de un solo vuelo.

Varios observadores están de acuerdo en afirmar que esta especie se ha encontrado con frecuencia en nuestro territorio en considerable número también durante los meses correspondientes al invierno del hemisferio austral y por consiguiente en una época en la que estas aves hubieran debido encontrarse nidificando en las regiones boreales. Es muy curiosa la observación anotada por Gibson, de que en ciertos meses del verano (Enero y Febrero) faltaba completamente en el distrito de Ajó, a pesar de ser abundante durante los demás meses del año. El mismo naturalista, tuvo ocasión de observar a mediados del invierno (2 de Julio de 1880) más de 1000 de estas becasas en la laguna Palenque de aquel distrito; y al principio del verano del año siguiente (6 Diciembre, 1881) varias bandadas de 150 a 200 individuos en esa misma localidad. En otros años, al contrario faltaban por completo en esa región.

Durnford y Hudson, la observaron cerca de Buenos Aires desde Abril a Setiembre y el cap. Abbott, la vió en el mes de Mayo de 1860 en las Islas Malvinas.

Como para otras especies, que sólo vienen a invernar en nuestro territorio, se puede explicar la permanencia durante todo el año de un número reducido de ejemplares, por el hecho de tratarse de individuos estériles o de otros que, dispersados por algún temporal en las regiones australes del territorio, cuando ya ha pasado la época de la migración hacia el norte, se quedan en nuestros campos durante el invierno. Pero es más difícil poder dar una explicación satisfactoria de la presencia, en esa estación, de bandadas de becasas, tan numerosas como la que Gibson vió en la laguna Palenque. Es probable que esta becasas no acostumbre, como otras especies de chorlos, invernar siempre en las mismas regiones de nuestro territorio, y por lo tanto ciertos años puede faltar completamente en un punto, en donde otros años era numerosa. Y puede ser también que extendiéndose muy al sur, emigre para el norte más tarde que otros chorlos; pero todas esas circunstancias no son suficientes para aclarar el motivo por el que ha sido observada tan frecuentemente y en tan grandes cantidades, durante todos los meses de nuestro invierno.

A causa de su actual escasez, en cualquiera estación del año, resultará muy difícil ahora poder investigar esas causas, así como averiguar la ruta, hasta hoy desconocida, que esta especie sigue en su viaje de regreso a las regiones nórdicas.

14. *Steganopus tricolor* Vieillot

Este especie ha sido señalada en las localidades siguientes:

1. Cumbres Calchaquíes, prov. Tucumán, alt. 4600 mtrs. (Octubre, 1900 — L. Dinelli). 2. Pampas (Mus. Brit.). 3. Mendoza (Leybold; Mus. Brit.). 4. Provincia de Buenos Aires (Febrero, 1876 — H. Durnford). 5. Barracas al sur, prov. Buenos Aires (Octubre 7, 1901; Setiembre 13, 1902 — S. Venturi). 6. Chubut, Patagonia (Noviembre 1876 — H. Durnford). 7. Misiones (Noviembre 1900 — R. Dabbene). 8. Malvinas (Mus. Brit.; R. H. Wace).

Bolivia. — Alto Paraguay (Octubre 15, 1909. — C. H. B. Grant).

Paraguay. — (1898 — W. Bertoni).

Durnford encontró esta especie en el valle del Río Chubut, en donde habita las lagunas adyacentes. Es uno de los chorlos poco comunes en nuestro territorio y se ve con frecuencia sobre la costa atlántica.

Esta especie tiene el pico negro, las patas y dedos amarillo ocre obscuro.

15. *Actitis macularia* (Linn.)

Los límites meridionales de su distribución en invierno, parecen alcanzar más hacia al sur de lo que hasta ahora se conocían, pues ha sido señalada en el norte de la República Argentina, en el sur de Bolivia y sureste del Brasil en las localidades siguientes::

1. Concepción, provincia Tucumán, NW. Argentina (Marzo 4, 1918 — J. Mogensen).

Sur de Bolivia. — San Francisco (Diciembre, 1895 — A. Borelli).

Sureste Brasil. — Iguapé, Estado de São Paulo (Mus. Paulista).

El señor J. Mogensen consiguió varios ejemplares de este chorlo, en la provincia de Tucumán, y ésta es la primera vez que ha sido señalado en nuestro territorio. (1)

16. *Charadrius semipalmatus* Bonaparte

Esta especie vastamente distribuída durante sus migraciones, ha sido señalada sobre ambas costas de la parte austral del continente americano y en el interior del mismo.

Las únicas citaciones en la República Argentina, son las siguientes:

1. Puerto Deseado, Santa Cruz, Patagonia (Marzo — H. W. Harrison; Mus. Brit.). 2. Moreno, Puma de Jujuy, NW. Argentina (en pequeñas bandaditas de 10 individuos. Se alimenta con insectos; Diciembre 1901 — E. Lonnberg).

Chile. — Punta Teatina y Calbuco (Noviembre, 1893 — Plate).

Sureste Brasil. — Santa Catherina (Agosto 4 — Mus. Brit.); Litoral del Estado de São Paulo (Mus. Paulista).

17. *Phaeopus hudsonicus* (Latham)

Nombre vulgar: Perdiz del mar (en Chile).

Esta especie que emigra especialmente sobre la costa occidental de Sud América ha sido señalada sólo una vez en el extremo sur del territorio argentino, en: Cabo San Sebastián, este de la Tierra del Fuego, (Febrero 5, 1896 — C. Backhausen; colecc. Mus. Nac. Hist. Nat. Buenos Aires).

Chile. — Talcahuano (Setiembre — Coppinger); Arauco (Agosto 18, 1889 — A. Lane); Viña del Mar (Noviembre — A. Lane); Chiloé (Darwin); Concon (Febrero; 1916 — C. S. Reed); Chile (Plate).

18. *Phalaropus fulicarius* (Linn.)

Los puntos conocidos de la residencia invernal de esta especie, en lo que se refiere a Sud América, son muy pocos. Sharpe (Cat. Birds B. Mus. XXIV), cita las siguientes:

Chile — Coquimbo (Noviembre — A. H. Markham; Mus. Brit.); Chile sin

(1) Otro ejemplar de esta especie y uno también de la anterior, han sido obtenidos recientemente por el Dr. A. Wetmore en el Cabo San Antonio (Buenos Aires).

localidad (Diciembre 5 — R. A. Philippi; Mus. Brit.); Chile (sin localidad y fecha — J. G. Fanshauve; A. H. Markham).

Argentina (sin localidad y fecha — colecc. Seebohm; Mus. Brit.).

El Museo Nacional de Historia de Buenos Aires, posee un ejemplar de esta especie, cazado en la provincia de Buenos Aires el 12 de Agosto de 1879 por el preparador Moser.

La citación: Falkland, para esta especie, no parece haber sido comprobada y los ejemplares obtenidos por Plate, proceden de Chile.

19. *Lobipes lobatus* (Linn.)

Como en la especie precedente, también para ésta, son muy pocos los puntos de la América del Sur en los que ha sido señalada durante su residencia invernal y los únicos que se conocen son:

Perú. — Tumbes (Enero 28 — Taczanowski); Chorrillos (sin localidad — Berlepsch y Stolzmann).

Argentina. — Chaco (Marzo 1899 — Colecc. Mus. Nac. Hist. Nat. Buenos Aires); Patagonia (sin localidad — Colecc. Mus. Nac. Hist. Nat. Buenos Aires).

Probablemente esta especie y el *Phalaropus fulicarius* invernan sobre los océanos, alimentándose con pequeños animales marinos y durmiendo sobre la superficie del agua. Tanto estas dos especies como el *Steganopus tricolor*, tienen una membrana que contorna cada dedo como un feston, por cuyo motivo pueden nadar y zambullir con facilidad. La última especie, sin embargo, prefiere las aguas dulces de las lagunas, mientras que las otras dos frecuentan las aguas saladas de los mares.

20. *Erolia ferruginea* (Brünnich)

Esta especie cuya distribución en sus migraciones es vastísima, ha sido señalada una sola vez sobre la costa este de Patagonia (Argentina) (W. Burnett y Fitz Rosy, Mus. Brit.).

21. *Ereunetes pusillus* (Linn.)

El único punto en donde esta especie ha sido señalada en la República Argentina es el valle del Río Chubut, Patagonia (Marzo 1876 — H. Durnford;

22. *Aphriza virgata* (Gmelin)

Esta especie emigra en invierno sobre la costa occidental de Sud América, habiendo sido señalada en Chile y en el Estrecho de Magallanes. Chile central (Landbeck); Chile (sin localidad y fecha—T. Bridges—Mus. Brit.); Van Islands, Estrecho de Magallanes (Febrero 13, 1879 — Dr. Copping; Mus. Brit.).

23. *Glottis nebularia* (Gunnerus)

Esta especie que tiene sus lugares de reproducción en las regiones árticas del hemisferio oriental, visita accidentalmente durante sus migraciones las costas del continente americano y ha sido señalada en Buenos Aires (Seebohm).

24. *Mesoscolopax borealis* (Forster)

Actualmente esta hermosa especie de chorlo, puede considerarse como habiendo desaparecido completamente de nuestros campos y hasta se puede añadir que pronto

ya no formará parte de la actual avifauna. Desde más de diez años, en lo que se refiere a las provincias del Plata, tanto los cazadores, como los colectores, no han tenido mas ocasión de observarlo, ni yo he tenido noticias de que haya sido señalado en cualquier otro punto del territorio argentino. Sin embargo, era aun abundante hace unos cuarenta años, durante los meses más cálidos del verano. Habitaba de preferencia las llanuras abiertas, secas y sin vegetación y generalmente andaba en compañía del chorlo pampa u otros chorlos. Barrows, dice que en Concepción del Uruguay, acostumbraba hacer su aparición en los primeros días de Setiembre, en grandes bandadas, quedándose allí hasta la mitad de Octubre.

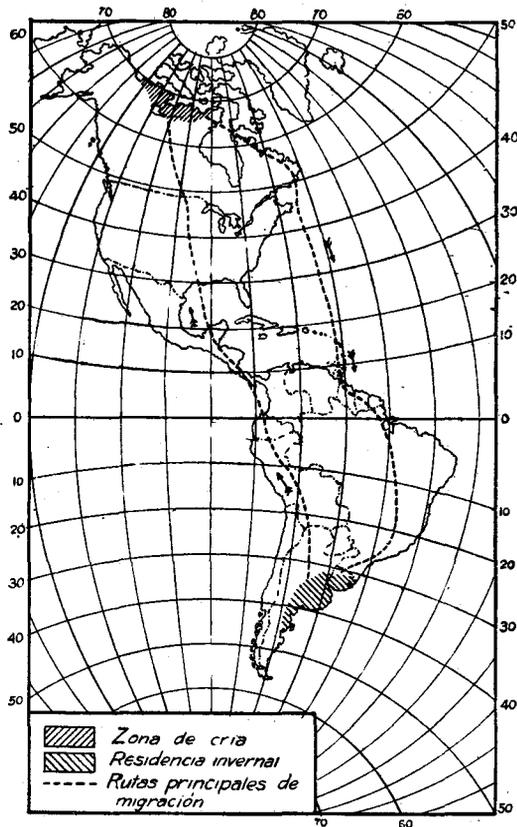


Fig. 2. — Distribución y rutas de migración del chorlo *Mesoscolopax borealis*.

(DE W. W. COOKE).

El mismo observador añade que en la provincia de Buenos Aires lo ha visto casi diariamente en el trayecto entre el Azul y Bahía Blanca, hasta tarde en Febrero junto con el chorlo pampa y el batitú, desapareciendo en los primeros días de Marzo. Durnford, también lo observó en el Chubut, en donde obtuvo ejemplares; y en 1877 desde el 8 al 10 de Octubre vió grandes bandadas volando hacia el sur; lo que hace suponer que esta especie se extendía mucho más hacia la parte austral de nuestro territorio que el chorlo pampa y el batitú. Esto parece ser confirmado por las observaciones del cap. Abbott y del cap. Lacke, quienes obtuvieron ejemplares de esta ave en las Islas Malvinas en el año 1860.

Desde entonces se ha hecho de año en año siempre más raro y en la parte este de la provincia de Buenos Aires, dice Gibson, que en 1880, ya aparecía solo ocasionalmente e irregularmente por corto tiempo en el verano ya avanzado o a principio de otoño. Los últimos ejemplares que dicho observador, tuvo ocasión de ver en el distrito de Ajó, fué el 13 de Febrero de 1899, en cuyas fechas observó unos veinte o treinta individuos, juntos con chorlos pampa, cerca de Linconia, los que desaparecieron de esa localidad el 20 del mismo mes. Más tarde (8 de Abril de 1901), la señorita M. A. Runnacles vió una pequeña bandada en el mismo punto y solo durante unos pocos días, habiendo más tarde (el 16 del mismo mes) notado algunas más en la laguna de Palenque a poca distancia de Los Ingleses.

Estos, dice Gibson, han sido tal vez los últimos ejemplares de esta especie que visitaron el distrito de Ajó. Probablemente también deben haber sido los últimos que han emigrado a nuestro territorio, pues esta especie es actualmente casi desconocida entre los cazadores y la gente del campo.

Entre pocos años, este chorlo no existirá ya en ninguna parte, porque la especie está en vías de rápida extinción. A este respecto y sobre las causas de su desaparición, reproduciré aquí lo que ha dicho el gran historiador de las migraciones de las aves, Mr. Wells W. Cooke (1). «Un tiempo esta especie ha sido excesivamente abundante. Todos los escritores, desde Cartwright en 1770 a Coues en 1860, atestiguan del número enorme de estas aves que se veían en las costas del Labrador, durante la migración de otoño. Packard en 1860, cita una banda de una milla de longitud por otra de ancho.

Este chorlo tenía una ruta de migración elíptica como el chorlo pampa. Nidificaba en los terrenos estériles del Canadá, desde donde se trasladaba al Labrador y Nueva Escocia, y después directamente a través del Atlántico por medio de un simple vuelo de más de 2000 millas, a las Antillas Menores o a la costa de Sud América, para dirigirse luego sobre el continente a su residencia invernal en las llanuras argentinas. Cuando empezaba la primavera en el hemisferio boreal, abandonaba las pampas y al través del continente americano se dirigía al norte; siguiendo por el Texas y el valle del Misisipi la ruta que lo conducía a sus lugares de reproducción.

Continuó siendo abundante hasta los años 1870 a 1880 y entonces en cerca de diez años la especie casi se extinguió. Algunas de las causas de esta disminución deben probablemente atribuirse al hecho de que durante esos años, la mayor parte del valle del Misisipi a través de la que ese chorlo emigraba al norte, ha sido muy cultivada. Pero el factor más importante ha sido el cambio habido en su residencia invernal en las pampas argentinas en las que quedaba casi la mitad del año. Estas llanuras que en su mayor parte eran antes tierras de pastoreo, se han convertido en inmensos campos de trigo y estos chorlos han sido desterrados.»

Más recientemente Myron H. Swenk, se ocupó también de la desaparición de estas aves, en un artículo (2) publicado en el Smithsonian Report de los años 1915-16, pág. 325-340; del que reproduzco aquí el resumen aparecido en *The Ibis*, vol. V. No. 4, p. 630, Octubre 1917: «Al parecer el Eskimo Curlew está destinado a seguir la misma suerte que la paloma migratoria y la gran alca, desapareciendo enteramente de nuestra avifauna actual. Descrito por primera vez por Foster en 1772, sobre ejemplares procedentes de la Bahía de Hudson, este chorlo se reproduce en los terrenos estériles del Mackenzie en las regio-

(1) The migration and recent History of the Eskimo Curlew. *Science*, N. S., XXX, No. 780, p. 856. December 10, 1909, Report of Proceed. Biolog. Society of Washington.

(2) The Eskimo Curlew and its disappearance.

nes árticas de Norte América, y sigue una ruta particular en sus migraciones a la ida y retorno de la Argentina, su residencia invernal.....

Durante los últimos años, el Eskimo Curlew, el que en la primavera llegaba en inmensas bandadas a las praderas de los Estados centrales, se ha vuelto siempre más raro. El último observado en Kansas fué en 1902 y en Wisconsin en 1899, mientras que en Nebraska, donde escribe Mr. Swenk, ha sido observada una bandadita de seis o siete en 1913 y luego un ejemplar solitario ha sido obtenido el 17 de Abril de 1915.

Esta ave es probablemente no del todo extinguida, pero está en una rápida vía de extinción y sin duda lo estará de aquí pocos años.»

La especie ha sido señalada en los siguientes puntos de la República Argentina y regiones limítrofes:

1. Concepción del Uruguay, prov. Entre Ríos (Setiembre 9, 1880, en grandes bandadas; quedando hasta después de la mitad de Octubre — W. B. Barrows). 2. Río Salado, prov. Buenos Aires (Febrero 1867 — S. Pozzi; Mus. Nac. Hist. Nat. Buenos Aires). 3. Linconia, cerca Ajó, este, prov. Buenos Aires (Febrero 13, 1899, en bandadas de 20 a 30 individuos; desaparecieron de esa localidad el 20 del mismo mes — E. Gibson). 4. Linconia, prov. Buenos Aires (Abril 8, 1901 — M. A. Runnaeles). 5. Palenque, cerca Ajó, prov. Buenos Aires (Abril 16, 1901 — M. A. Runnaeles). 6. Entre Azul y Bahía Blanca, prov. Buenos Aires (Febrero 1882, desaparecieron de esa región hacia el 1. de Marzo 1882 — W. B. Barrows). 7. Chubut, Patagonia (del 8 al 10 de Octubre 1877, en bandadas — H. Durnford). 8. Islas Malvinas (Cap. Pack y cap. Abbott, 1860).

Uruguay — Montevideo y Colonia (J. Tremoleras).

Paraguay — (Bertoni, 1898, de paso, en los campos limpios y secos); (Octubre 9—Alam Prel, Mus. Brit.).

Las siguientes especies no han sido señaladas aún en la República Argentina, pero es probable que ocasionalmente también visiten su territorio durante las migraciones.

1. *Arenaria interpres morinella* (Linnaeus). Señalada en las Malvinas por R. Wace; en la isla de los Pájaros, frente a Coquimbo, Chile (Octubre 1893, Plate), y en Sureste Brasil, Santa Catharina y Río Janeiro.

2. *Squatarola squatarola* (Linnaeus). Señalada en el Paraguay por W. Bertond y en la isla de São Sebastião, estado de Sao Paulo, (Mus. Paulista).

SOBRE RECOLECCIÓN DE NIDOS Y HUEVOS DE AVES

POR

PEDRO SERIÉ

Los nidos y huevos de las aves constituyen un complemento necesario en las colecciones ornitológicas y de gran valor para facilitar el conocimiento de la biología de estos auxiliares alados.

Habiendo aun muchas especies de aves argentinas cuya nidificación no se conoce, los coleccionistas y aficionados tienen un amplio campo de acción que les ofrece la oportunidad de hallar novedades de gran interés para la ornitología.

El ambiente de las aves. — Aunque susceptible de alguna adaptación a nuevos lugares y al uso de materiales distintos de los habituales, por lo general, cada especie de ave, nidifica dentro de una forma casi invariable, en sitios similares y con idénticos elementos. Las arborícolas elegirán con preferencia ciertas plantas, la forma, disposición y orientación de la rama, y hasta la distancia del suelo. Así, que para tener algún éxito en la recolección de nidos o en la simple observación de las costumbres de las aves, es indispensable conocer algo del ambiente en que viven y de sus hábitos de nidificación. Para las especies comunes y abundantes, esto resultará fácil: se buscarán, naturalmente, los nidos de lechuzas en pleno campo, en cuevas, sea en las de vizcacha o sea en las que hacen las mismas; los de teros, perdices, cachirlas y pechos colorados en el suelo; los de chorlos, becasinas, gallaretas y patos, en los bañados, pajonales y lagunas; al nivel del agua los de las nidifugas y suspendidos los de las nidícolas (federal, siete colores, siete cuchillas, etc.); y en los árboles la mayor parte. Ciertas especies nidificarán en el interior del tronco, otras en la copa, o sobre las ramas, gruesas o delgadas, y también colgando el nido como los boyeros.

Pero las dificultades empezarán tratándose de especies poco comunes, o de las que tienen el hábito de ocultar su nido. Hay también las que lo construyen en lugares poco accesibles; a gran altura, en la cima de los árboles elevados o en barrancas y rocas abruptas, o sitios desiertos, como las rapaces, loros y aves marinas, evitando así la asechanza enemiga y una posible destrucción.

Es muy conocida la asombrosa habilidad desplegada por las especies que acostumbra ocultar su nido o disfrazarlo con elementos naturales que no llaman absolutamente la atención, cual un verdadero mimetismo.

¿Quién no recuerda, en este sentido, la dificultad de descubrir el nido del pecho colorado, oculto en el pasto, aunque la hembra empollando haya salido a nuestros pies? ¿el de la cachirla depositado en campo limpio en el hueco de la pisada del ganado? ¿o del churrinche encima de una rama, simulan-

do perfectamente una nudosidad, recubierta de liquen o de corteza extraída del mismo árbol? Además, la astucia de ciertas aves se opone eficazmente al hallazgo de sus nidos, siendo muy popular, entre otras, la maniobra del teru tero, el que al divisar un extraño, presunto enemigo, se alborota en vuelos de desafío y con gritos estridentes trata de desviar la atención hacia una dirección opuesta a la de su nido. Esta misma táctica, la observan también otras aves de los bosques, especialmente si tienen pichones, los que defienden siempre con energía, de acuerdo con su índole, su tamaño, y sus elementos de defensa. En cambio, otras, tímidas, se alejan al sentir ruidos o vecindades sospechosas y no reaparecen sino después de pasado todo peligro, y el coleccionista se verá en apuro para poder identificar al propietario del nido.

Pero, no todas las aves tratan de ocultar su nido, habiendo numerosas excepciones, entre las cuales algunas muy conocidas, y cuya causa no es fácil explicar. Además de la golondrina, que nidifica debajo de los techos, hasta en el interior de las habitaciones, tenemos aquí a nuestro hornero que elige los sitios más visibles y despejados, sobre postes telegráficos y de alambrados, cornizas, árboles ralos, en ramas aisladas y con frecuencia de poca altura, en sitios frecuentados, caminos y cercos; varios dendrocoláptidos, como el leñatero que acumula innecesariamente abultados haces de leña, visibles desde varias cuadras (si bien el exterior cubierto con ramas espinosas entrelazadas como para defenderse de los enemigos); los gorriones y benteveos con sus enormes y poco disimulados bultos de paja, pasto, plumas y lana; hasta el mismo picaflores que, cuando no nidifica en el interior o debajo del alero de un rancho, lo hace debajo de una tupida enredadera (madreselva u otra), pero en la parte más desprovista de ramas, como para poder evolucionar libremente en sus rapidísimos vuelos; o el pequeño formicárido (*Thamnophilus ruficapillus*) que elige confiadamente (como el pequeño tiránido *Myiobius naevius*) la rama más baja y aislada de un sauce. Y así de muchas otras especies.

El coleccionista, o el simple observador de las costumbres de las aves, deberá, pues, para tener éxito, poseer algunas nociones sobre el ambiente que frecuentan éstas y sus hábitos de nidificación.

Recolección de nidos. — Al descubrir un nido, útil para colección, es decir conteniendo huevos (pues si tuviera pichones, sería una crueldad inútil su extracción, y debería ser recogido más tarde, una vez abandonado), antes de removerlo habrá que asegurarse de la identidad de sus ocupantes o de sus constructores, los que pueden ser distintos. Este dato es muy importante, dado que, sin la completa certeza en la identidad de las especies los nidos y huevos carecen de valor científico, por lo que, tratándose de nidos desconocidos será conveniente capturar también a los autores. Para reconocerlos a simple vista, aun teniendo algunos conocimientos ornitológicos, se tropezará a veces con dificultades, sea que los ocupantes del nido se hayan alejado o escondido y no vuelvan mientras adviertan una presencia extraña, sea que aparezcan cerca del nido, como simples curiosos, pájaros ajenos al mismo; o también, que se trate de intrusos que hayan puesto en un nido abandonado, o expulsado a los legítimos dueños.

En este caso, se complicará el problema, y puede resultar difícil establecer quiénes fueron los constructores. Tratándose de nidos conocidos, como el del hornero, que es adoptado por una cantidad de aves (gorrión, golondrina, mixto, matadura—*Machetornis*, y otras) no habrá dudas; pero en el caso del nido del leñatero o el de algunos dendrocoláptidos (*Synallaxis*), en los que anidan varias otras especies afines, y otras muy distintas (patos, cotorras),

además de los que introducen modificaciones en la construcción primitiva, tan sólo la experiencia podrá guiar para reconocer a los primeros y legítimos autores. Por otra parte, el parasitismo comprobado en algunas aves, constituye otra dificultad que puede confundir al coleccionista. Es muy conocido el hábito del tordo común (*Molothrus bonariensis*) que no nidifica ni cría sus pichones, sino que la hembra se limita a distribuir sus huevos en otros nidos, ya ocupados de aves, generalmente más pequeñas (chingolo, cachirla, ratona, piojito, etc.); pero los huevos de estos se distinguen fácilmente por la diferencia de tamaño y de coloración. En otros casos no ocurre así, (véase EL HORNERO, vol. I, págs. 185-187), pues tratándose de patos y gallaretas parece que reinara una complicada convivencia.

Una vez establecida la identidad de los autores de un nido, o de los ocupantes adventicios, y antes de proceder a la extracción, se retirarán los huevos que serán guardados en tubos o cajitas (separados por nidadas), envueltos en algodón o papel, con un número correspondiente al nido. Después se anotarán todos los datos relativos a éste: orientación y ubicación, topografía del lugar (llanura, sierra, bosque, laguna, etc.); si está encima de una planta, el nombre de ésta, su distancia del tronco y del suelo, en rama simple o bifurcada, en paraje tupido o despejado, desierto o transitado, cerca de casas, caminos, ríos, etc. En los nidos ubicados en lagunas y pajonales, deberá constar también la clase de soportes (paja, junco, arbusto), su altura sobre el agua, distancia de la orilla, si están en colonias o aislados. Lo mismo para los que se hallen en las barrancas, praderas, etc. Otro dato interesante, si fuera posible, sería conocer el tiempo que dura la nidificación, la postura y la incubación.

Después de llenar la cavidad de los nidos con papel y algodón, se sacarán, en lo posible, junto con sus soportes naturales; ramas, pajas, juncos o tierra, dejando para más tarde la clasificación del material que los compone y la recolección de los parásitos que puedan contener.

Conservación. — Los elementos vegetales o animales empleados en la construcción de los nidos, suelen ser atacados y destruidos por insectos, que invaden también las demás colecciones. Esto podrá evitarse sometiendo los nidos a fumigaciones, o al calor de una estufa o de un horno, que destruirá los parásitos. Pueden usarse vapores de azufre o de formol; o también rociarlos, mediante un vaporizador, con alguna solución de bicloruro de mercurio, arseniato de soda, u otra; o simplemente teniéndolos encerrados con abundante naftalina. Los que tengan poca consistencia, como los de algunos pajaritos, los de rállidos y los de palomas, podrán consolidarse envolviéndolos con hilo fino o sumergiéndolos apenas en un baño, con una débil solución de goma laca blanca y alcohol, o en la de cola de pescado diluida en agua; dejándolos secar completamente antes de introducirlos en las colecciones. Pero el procedimiento de solidificar los nidos, por medio de líquidos, tiene el inconveniente de deteriorar algunos elementos de los mismos, como las plumas, y de alterar su aspecto por el lustre que dejan.

Para los nidos construídos en la tierra, o en la arena, aconsejan algunos coleccionistas, tomar medidas y sacar croquis, o si es posible, moldes con yeso de las cavidades, las que serían reproducidas después e imitadas.

En las colecciones, llevarán los nidos su etiqueta respectiva, con el nombre común y científico de la especie, la cantidad de huevos que contenían, la fecha y lugar de recolección, así como los demás datos anotados.

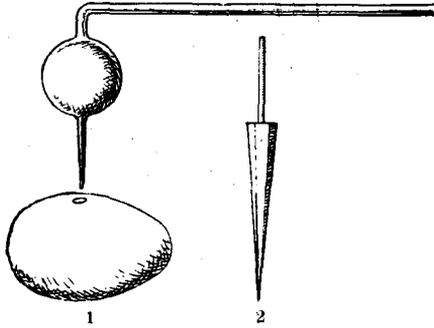
Huevos. — Habrá que tener presente siempre que estos carecen de

valor científico, si no llevan datos del ave correspondiente, pues no hay modo seguro para clasificarlos.

Los huevos recogidos de los nidos y conservados provisoriamente en tubos o cajas, por nidadas, con una etiqueta que indicará el nombre de la especie y un número duplicado del nido, deberán ser después vaciados y limpiados con prolijidad antes de ingresar a las colecciones.

Esta operación no ofrece mayor dificultad, sino para los de tamaño muy pequeño o para aquellos que han sido empollados y presentan el embrión ya desarrollado.

Tratándose de huevos frescos, bastará una sola perforación circular en el centro, lo más reducida, (fig. 1) de acuerdo con el volumen del ejemplar (la que podrá ser de unos cinco milímetros de diámetro para el tamaño de un huevo de gallina), conservando así la forma de las extremidades, o polos. Para hacer la apertura en la cáscara, se emplean pequeñas mechas o taladros, de punta piriforme, o fresas rayadas longitudinalmente, (fig. 2) que se hacen girar entre los dedos, dando a la perforación el ancho deseado. A falta de estos instrumentos puede usarse también una aguja o un clavo, haciendo en la punta de éste varias aristas con una lima fina.



El huevo perforado será vaciado con cuidado, mediante unas pipetas de vidrio, soplando al interior, o aspirando gradualmente el contenido si es un huevo frágil y si se emplea una pipeta de ampolla. (fig. 1) Pero habrá que mezclar previamente la clara con la yema, revolviendo con una aguja, y despegando después la membrana interna (siempre que no se trate de huevos muy pequeños), la que se desprenderá fácilmente llenando el huevo de agua por unos diez minutos, y sacudiéndolo, obturando con el dedo. Si hubiera muchos que vaciar, se puede adaptar a la pipeta una goma con perilla, que facilitará mucho la operación. Después de extraída la membrana, se lavará interiormente varias veces con agua, introducida con la pipeta o con una jeringa.

Los huevos empollados, con embrión, exigirán una apertura mayor, según los casos, y el empleo de una solución concentrada de soda o de potasa cáustica, que se dejará hasta el día siguiente, a fin de macerar y disolver el embrión.

En los ejemplares de gran tamaño se hará una apertura en forma de opérculo, cortando con un bisturí un trozo de la cáscara, que será pegado después con goma y harina.

Se conservarán las capas calcáreas características que presentan algunos huevos de palmípedas y para los de colores delicados será preferible no la-

varlos exteriormente. Los de colores firmes, podrán ser lavados con unas 10 gotas de ácido clorhídrico en una cucharada de agua.

Teniendo en cuenta que la luz altera los colores habrá que dejarlos secar a la sombra; así como las colecciones serán guardadas en cajas cerradas, con tapas de vidrio y resguardadas con cortinas oscuras.

La etiqueta pegada en cada huevo, podrá llevar sea un simple número de orden, o sea el nombre de la especie respectiva. Pero, en general, y a fin de evitar un manoseo peligroso para los frágiles, es más conveniente indicar el nombre específico encima de la caja que contiene cada nidada, y encima de la cáscara de cada huevo, con tinta china, el número correspondiente, el que así será más duradero que en la etiqueta.

Los huevos de especies de aves cuyos nidos son de taza abierta y visible, podrán ser colocados en los mismos, pero no así en los que forman cámaras cubiertas, debiendo en este caso ser colocados en cajas al lado.

Lo interesante siempre, sería tratar de formar grupos biológicos completos, es decir con el nido y los huevos, el macho, hembra y jóvenes embalsamados.

NOTAS

MISCELANEA ORNITOLOGICA

I

El pollo de la gallineta *Porphyriops melanops* (Vieill). — El señor J. B. Daguerre, de Rosas, provincia de Buenos Aires, nos ha enviado la piel de un pichón de esta especie de gallineta, cuyo plumaje no parece haber sido aun descrito. Pertenece a un individuo recién salido del huevo y está revestido enteramente de un plumón negro uniforme; los tarsos y dedos son de este mismo color, el pico es también negro, con fajas transversales de un crema grisáceo y cerca de la extremidad de la maxila hay una pequeña mancha blanca.

II

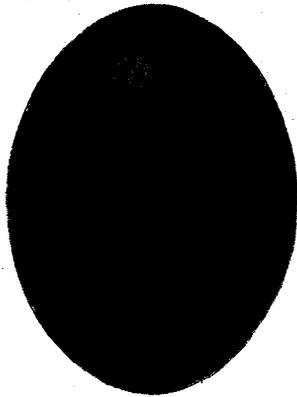
Sobre distribución geográfica de algunas aves. — Varios ejemplares del halcón cola de tijera, *Elanoides forficatus yetapá* Vieill., han sido cazados en Marcos Paz al oeste de la provincia de Buenos Aires, durante los meses de

verano. Este es el punto más austral hasta ahora señalado para la especie, la que está distribuída sobre la mayor parte del continente americano.

La palomita, *Scardafella brasiliensis* Beebe (= *squamosa* auct.) ha sido señalada en Agaray guazú, norte del Paraguay en Abril del corriente año, por el señor A. de W. Bertoni. La especie es nueva para la avifauna paraguaya.

III

El huevo de la perdiz *Tinamotis ingoufi* Oust. — El señor Hans Müller de San Julián, Santa Cruz, Patagonia, nos ha enviado un huevo de esta especie de perdiz, cuya área de distribución parece circunscripta a la parte más austral

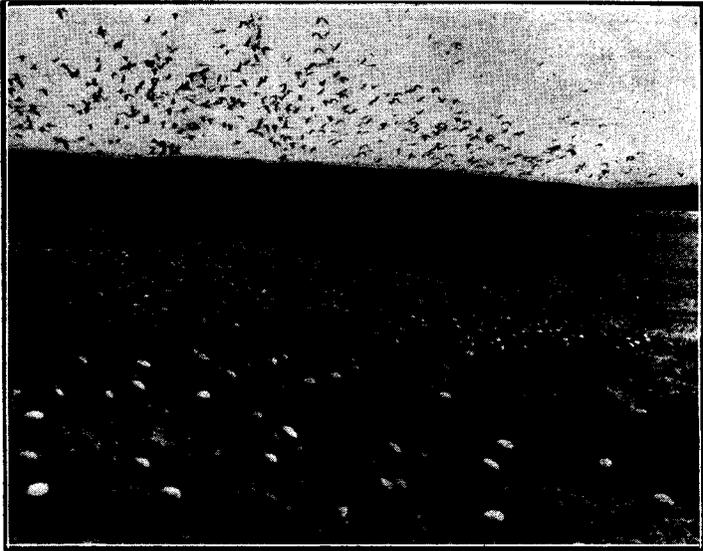


de Sud América. Aunque el señor Müller y otros viajeros hayan asegurado que esta perdiz no es rara en el territorio de Santa Cruz, sin embargo existen muy pocos ejemplares en las colecciones de los Museos y el huevo no ha sido aún descrito. La cáscara es lisa y lustrosa, de un color aceitunado claro (Dark-olive buff; lam. XL, Ridgway, Color Standards and Nomenclature) y está sembrada de pequeñas granulaciones calcáreas de color blanquezo. La forma del huevo es elíptica y mide 54 x 41 milímetros.

IV

Sobre nidificación del flamenco, *Phoenicopterus chilensis* Mol. — Como es sabido, los flamencos nidifican en colonias y cada pareja construye en las lagunas un nido de barro en forma de cono trunco, el que sobresale unos 35 centímetros sobre el nivel del agua, teniendo en la parte superior una pequeña concavidad en la que la hembra deposita los huevos. La fotografía adjunta, tomada cerca de San Julián, Santa Cruz, Patagonia, por el señor Hans Müller, representa un terreno cubierto de piedras y pedregullo en donde los flamencos no pudiendo construir nidos han puesto los huevos simplemente en el suelo. Muchos de estos huevos han sido incubados y el señor Müller pudo

también observar varios pichones que habían nacido. Puede ser que a causa de la sequía general habida en esa época todas las lagunas estaban enteramente sin agua, haciendo imposible para estas aves la construcción de sus nidos.



Huevos de flamenco; *Phoenicotperus chilensis*

V

Descripción de una nueva forma de *Leptasthenura aegithaloides* Kittl.
 --- Según me han comunicado el doctor C. E. Hellmayr y recientemente el doctor F. M. Chapman, los ejemplares de *Leptasthenura* procedentes de la región andina y de la Patagonia aunque muy afines a *Leptasthenura aegithaloides* típica de Chile, difieren de ésta por una coloración general distintamente mas clara de las partes superiores e inferiores y pueden ser separados como subespecie. He comparado ejemplares de Chile con varios de la Patagonia y de la región andina y he podido efectivamente comprobar que el mencionado carácter es constante en los especímenes argentinos para los que propongo el nombre de *Leptasthenura aegithaloides pallida* subsp. nov.

Descripción. --- Parte superior de la cabeza rojizo pardo, cada pluma con un borde negruzco; dorso gris pardo, mas claro sobre la rabadilla y las supra-caudales. Cobijas alares y rémiges negruzcas con borde pardo claro y con la extremidad de la pluma blancuzca. Las rémiges internas están cruzadas cerca de la base por una faja transversal castaño claro. Cara superior de las rectrices negruzca, las laterales con la barba externa gris blancuzca y la porción apical de la interna, gris ceniciento. Cara inferior de las rectrices externas gris ceniciento y gran parte de la barba interna pardo negruzco. Lado de la cabeza y cuello negruzco salpicado de blanco, garganta blanca; pecho pardo negruzco manchado de blancuzco. Resto de las partes inferiores de un pardo gris, más claro sobre el centro del abdomen. Tapadas internas del ala rojizo acanelado claro.

Ala, 62-64 mm.; cola, 91-93 mm.; tarso, 20-21 mm.; culmen, 9-10 mm.

Tipo ♂ ad. Puesto Burro, Mailén, Chubut occidental, Patagonia, alt. 7000 mts. Marzo 17, 1918. E. Budin, in colección Mus. Nac. Hist. Nat. Buenos Aires, N.º 88c (9350).

Especímenes examinados 10, procedentes de Leleque, Chubut occid. (G. Bowman); Puesto Burro, Chubut occid. (E. Budin), Río Chubut (A. Pozzi), Lago General Paz, Chubut occid. (G. Gerling), Lago Nahuel Huapí, Neuquen, (G. Bowman), Aguada de guerra, Río Negro (G. Bowman); Media Agua, prov. de San Juan (Leo Miller), San Luis (Mus. La Plata).

Distribución de la forma. — Región Andina de la República Argentina y Patagonia hasta Santa Cruz.

VI

Melanismo en cautividad del *Baryphthengus ruficapillus*. (Vieill.). — El Jardín Zoológico ha enviado al Museo Nacional de Historia Natural un ejemplar de este momótido, cuya coloración durante los años que permaneció en cautividad ha sufrido notables alteraciones, presentando un caso avanzado de melanismo.

La cabeza y parte del cuello son enteramente negros y el pecho presenta también grandes manchas de este color. El resto del plumaje se ha vuelto de un color verdoso amarillento obscuro (entre Dark dull yellow green y Dusky yellowish green, Ridgway, Color Standards and Nomenclature, Lam. XXXII y XLI).

ROBERTO DABBENE.

LA MANSEDUMBRE DE UN HORNERO

En una quinta de las afueras de la Capital he tenido oportunidad de presenciar un hecho que creo merece consignarse aunque mas no sea que por desempeñar el rol de protagonista del mismo el ave cuyo nombre sirve de título a esta revista.

Es indudable que de nuestras aves comunes, una de las más simpáticas es el hornero, tanto por la belleza de sus líneas, como por el garbo de su andar, la elegancia de sus movimientos y lo alegre y armonioso de su canto. A todas estas cualidades une la originalidad de su nidificación que es una de las que más lo han popularizado, teniendo además la condición de no ser dañino, sinó por el contrario muy beneficioso, pues se nutre de insectos y sabandijas que perjudican las plantaciones.

Aunque por naturaleza el hornero no es arisco como lo demuestra el hecho de construir sus nidos en las cornisas de las casas, en los postes de los alambrados y en las horquetas de los palos, no lo creíamos tan manso y que llegara a domesticarse ya adulto, en la forma del que origina estas breves líneas, siendo la comprobación de tal circunstancia la que nos mueve a escribirlas.

En la quinta de la referencia, situada en Flores, llamó la atención del jardinero la frecuencia con que un hornero se situaba a cierta distancia de él cuando trabajaba en un paraje determinado de la misma. Poco a poco el ave fué familiarizándose y acercándosele cada vez más para comer las lombrices y gusanos que quedaban al descubierto mientras carpía la tierra. Su mansedumbre llegó a tal extremo que después de tres o cuatro meses venía a tomar de las manos del quintero los insectos que éste le daba, y cuando lo veía dirigirse con sus útiles de labranza al fondo del jardín, descendía del árbol en que se en-



Gallineta *Aramides ypacaha*, con su nido y huevos.

Esta gallineta construye su nido en los pajonales de la ribera del Plata. Es de forma circular y de 30 centímetros de diámetro, formado generalmente con las hojas entrelazadas de la paja (*Scirpus giganteus*). Los ejemplares procedentes de Quilmes, han sido colectados y preparados por Demetrio Rodriguez.

De las colecciones del Museo Nacional. - Foto de A. Pozzi. - (Reducido a 1/5)

contrara y lo seguía con paso apresurado como si fuera un falderillo cualquiera. Estas muestras de confianza eran solo otorgadas al quintero, pues bastaba que a éste lo acompañara otra persona para que el hornero no se aproximara, o si estaba junto a él, al verla, se ahuyentara.

Otra particularidad digna de anotarse, es que no se le viera alrededor de la casa, sino cuando por mal tiempo, enfermedad u otra causa, el quintero no podía dedicarse a sus tareas habituales; entonces el hornero iba a situarse frente a la pieza de aquél, permaneciendo allí la mayor parte del día, como esperándolo.

Lo que queda relatado pudo observarse por espacio de casi un año, hasta julio del corriente en que el pobre hornero terminó sus días en forma trágica: su misma mansedumbre le ocasionó la muerte. Como el jardinero notara que a un naranjo que estaba cargado de fruta lo atacaba algún animal que abría un orificio de regular tamaño en la punta superior de aquéllas y las comía sin hacerlas caer, dejando la cáscara completamente vacía, supuso que fuera un roedor el que causaba ese perjuicio, por haber notado rastros de estos y creer que no existieran en el paraje aves que se alimentaran con naranjas, y con el propósito de cereciarse armó al pié de dicho árbol una trampa de horca de las que se utilizan para cazar ratones, poniéndole como sebo un pequeño trozo de carne.

Al día siguiente al pasar por ese sitio se encontró con la sorpresa y pesar consiguientes, que lo que había caído en la trampa era un hornero. Entonces recordó que la víspera, después de armarla, había seguido trabajando ahí cerca, y ésto le sugirió la sospecha de que la víctima fuera «su peoncito» como el buen hombre le llamaba.

Su presentimiento resultó confirmado, pues ya han transcurrido dos meses y desde ese día no se ha vuelto a ver, lamentándose desde entonces aquel porque nadie le sale al encuentro cuando va por la mañana con sus herramientas a trabajar al jardín, ni lo espera frente a su casa en los días de mal tiempo...

Septiembre de 1920.

J. M. P., M. A. S. O. P.

PROTECCION A LAS GAVIOTAS EN EL URUGUAY

Seguramente los lectores de EL HORNERO se informarán con placer de la siguiente disposición tomada por el gobierno de la República Oriental del Uruguay y que se transcribe del *Diario Oficial* de dicha república, tomo 49, N.º 3563 pág. 458, de 6 de diciembre de 1917:

«Vista la nota de la Comisión Central de Defensa Agrícola elevando los antecedentes iniciados por la Comisión de Zona de Rocha para que se tomen medidas contra la destrucción de huevos de gaviotas y caza de estas aves.

«De conformidad con lo dispuesto en el artículo 30 de la Ley de Defensa Agrícola, se resuelve: «Prohíbese en absoluto el comercio y uso de los huevos de gaviota, así como la caza de dichas aves durante todo el año».

A la higiene veterinaria le presta un servicio, pues la gaviota, marchando detrás del arado destruye una cantidad considerable de larvas de unos coleópteros lamellicornios (*Phanaeus splendidulus* y *Gromphas Lacordairei*), larvas que, como el subscripto lo ha comprobado en la Argentina, son los huéspedes intermediarios del gran Nematelminto, parásito del cerdo, generalmente conocido con el nombre de *Echinorhynchus gigas*, cuya denominación actual es *Macracanthorhynchus hirudinaceus* (Pallas) Travassos 1916.

Montevideo, 1920.

K. WOLFFHÜGEL, M. A. S. O. P.

EL GIGANTE DE LOS PICAFLORES * EN LA PLATA

En la ciudad de La Plata y sus alrededores son bastante frecuentes, si no abundantes, dos especies de picafloros; el picaflor verde (*Heliomaster furcifer*) y el picaflor cobrizo (*Chlorostilbon aureiventris*); visitan casi exclusivamente las flores de forma tubulosa y de preferencia las de colores vivos azules o rojos; el arbusto más preferido es la solanacea vulgarmente llamada «comida de víbora» (*Lycium cestroides* Schl.). En el año 1895 capturé alrededor de una de estas plantas, con una simple red de mariposas, unos veinte ejemplares de ambas especies, los que mantuve vivos en una gran jaula hecha a propósito, durante cinco o seis meses, brindándoles cada día grandes ramos de flores de todas clases, y como comida cálices rellenos de miel en la cual había desleído un poco de yema de huevo cocido; murieron la mayor parte durante el invierno, especialmente en los días más crudos, y los pocos que sobrevivieron los solté a la primavera siguiente; siempre fueron mansitos y tomaban alimento sin dificultad.

El sábado pasado, 3 de diciembre, después del almuerzo, como a la una de la tarde, estaba examinando una planta de Jazmín de Ceará (*Secundatia floribunda*) que cultivo en mi jardín y que se hallaba totalmente cubierta de una enormidad de sus niveas y perfumadas flores, cuando mi atención fué captada por un fuerte y largo chirrido peculiar y me quedé admirado al ver asentarse sobre el alambre que sostenía el jazmín, un hermoso picaflor, de tamaño relativamente extraordinario y de colores apagados atortolados en el cual reconocí inmediatamente al picaflor gigante andino; parecía muy manso o muy cansado, pues no se alteró por haberme acercado a pocos metros de él junto con varias otras personas de mi familia; se mantenía muy tieso y derecho casi vertical y después de haber descansado algunos instantes volvió a visitar las flores del jazmín, para volver a descansar, repitiendo tres o cuatro veces esta maniobra para emprender finalmente el vuelo de retirada; yo me había quedado tan perplejo que ni pensé capturarlo de algún modo; después reflexionando me arrepentí de no haberlo hecho, y opinando que la presencia de este huésped a orilla del Plata interesaría a los ornitólogos he creído oportuno escribir al instante esta corta comunicación. No puedo haberme equivocado, pues conozco muy bien las especies platenses en sus varios hábitos de muda y tamaño; la *Patagona gigas* también me es muy conocida por haberla admirado sendas veces en los Andes, especialmente en Potrerillos, en Uspallata, en Punta de Vacas y en la Cumbre donde anda mariposeando sobre las flores del *Tropeolum polyphyllum* y por haber hallado dos veces su nido en la boca de los socavones de minas; la primera vez en Enero de 1896 en el Cerro Jiménez, la segunda en 1909 en Potrerillos; ese nido tiene la forma cónica, formado de materiales herbáceos groseros entretnejidos de cerdas de caballo al exterior y rellena su cavidad con vilano de Asclepiadaceas y de Compositaceas; ambas veces hallé en ellos un solo huevito elíptico muy alargado liso blanco-mate sin manchas.

C. SPEGAZZINI.

(*) *Patagona gigas*.

UN CONGRESO DE LECHUZAS

En los últimos meses del año 1899, convaleciente de una grave enfermedad, fui, acompañado de mi hijo mayor, a pasar una temporada de campo en Curámalal, recibiendo gentil y generosa hospitalidad en la «Estancia de los Ingleses», dirigida por un fino gentleman, el señor Smith.

La mañana del 12 de diciembre, hermosísima y templada, salí temprano, hacia las cinco, junto con mi hijo, a recorrer los alrededores en un tilbury, puesto

a mi disposición galantemente por el Administrador, dirigiéndonos hacia el Sur y costeano el arroyo Curámala; todo el campo rebosaba de vida, millares de chingolos, de jilgueros, de pechos colorados revoloteaban por todas partes haciendo resonar sus alegres gorgeos; los teros nos perseguían con sus gritos, para ocupar nuestra atención y permitir a sus pequeñuelos de disparar y hacerse humo delante de nuestros ojos, mientras las perdices copetonas guiaban con cómica seriedad largas hileras de graciosos pollitos que asustados gambeteaban como diminutos avestruces. Nosotros íbamos casi al paso, no tanto para evitar el molesto traqueteo, como para poder escaudriñar atentamente el exuberante manto de verdura que revestía la tierra y que nos brindaba tipos raros o interesantes para mis colecciones. Serían tal vez la seis y media cuando al dar vuelta a una curva del camino nos encontramos frente a una bifurcación; nótese que todos los caminos estaban limitados por alambrados de cinco hilos; el alambrado que allí apartaba las dos rutas, formaba una esquina en forma de un triángulo agudo de unos 40 grados de abertura; nosotros nos paramos a unos diez metros de la punta de dicha esquina, no para resolver por cual de las dos sendas debíamos seguir, sino sorprendidos por el inesperado y curioso espectáculo que se presentaba a nuestra vista.

Asentadas sobre los alambres que limitaban ese triángulo había unas trescientas lechuzas (*Speotyto cunicularia*) y tal vez más, pero no me fué posible contarlas con exactitud; la mayor parte de ellas ocupaban el hilo superior, una menor cantidad el siguiente inferior y unas pocas solamente estaban dispersadas en los otros tres alambres más bajos; todas ellas estaban orientadas con la cabeza hacia el interior del triángulo como la concurrencia de un circo, ocupando una longitud de casi unos treinta metros en cada lado, distribuidas en grupos de cinco a diez, separados por espacios de 30 a 50 centímetros uno de otro, observándose en estos espacios una que otra aislada; los individuos de cada grupo estaban apretados tocándose, manteniendo una inmovilidad casi absoluta, un silencio completo, como absorbidas del todo por el espectáculo al cual dirigían su atención; no se asustaron por nuestra aproximación y casi desdeñosas no nos hicieron caso; en tierra, en el área interior del triángulo en la parte central casi equidistante de la esquina y de los extremos laterales ocupados por la concurrencia, había unas veinte lechuzas de pie, bien derechas, ordenadas en círculo de un diámetro de más o menos un metro, circundando a otra sola y aislada en el centro; esta lechuza estaba en continuo movimiento dentro del círculo, yendo de un lado para otro enfrentándose con una u otra de las que le hacían corona y entonces hacía sentir un grito fuerte de: chúc-chúc-chúc, repetido muchas veces casi con rabia y entonces sacudiendo todo el cuerpo y las alas e hinchando las plumas; después de unos minutos la del centro iba a la periferia y era sustituida por otra del circulillo, que repetía los mismos gritos y ademanes de la anterior; cada tanto una de las del círculo terrestre volaba a los alambres y de éstos rápidamente bajaban una o dos a sustituirla y sólo entonces se notaba una cierta agitación entre los espectadores de entre los cuales se levantaba un chirrido fuerte y destemplado: errrrr... chí-chí-chí. A veces la lechuza central en lugar de pasar a la circunferencia volaba directamente al alambrado y entonces parecía que un soplo de irritación pasaba sobre toda la asamblea cuyos individuos se sacudían a su vez, hinchaban las plumas y emitían una gritería infernal de chrrrr... chí-chí-chí-chí.

Parecía verdaderamente que se asistía a un congreso donde se discutieran importantes asuntos del gremio lechucesco y hasta me pareció que no faltaron algunas riñas y el cambio de algunos picotazos y arañazos.

Este espectáculo duró por una media hora y quien sabe desde que tiempo había empezado antes de nuestra llegada!

Por fin, de improviso la lechuza que ocupaba entonces el centro del círculo terrestre, después de una acalorada discusión con un adversario periférico, se levantó derecha y perpendicularmente a una altura de unos seis a siete metros y allí permaneció inmóvil librada sobre las alas emitiendo repetidos y muy fuertes chirridos: *chrrrr... chi-chi-chi-chi*, que fueron coreados por todas las demás en tierra y en los alambrados; entonces inició un rápido vuelo horizontal dirigiéndose al arroyo donde la siguieron todas las demás compañeras chirriando desaforadamente y mostrando una gran excitación como presas todas ellas por una explosión de rabia y de furor.

Pocos instantes después habían desaparecido todas ellas siguiendo por la quebradita del arroyo sin darme tiempo de determinar dónde habían ido a parar.

Esta escena tan interesante y cómica a un tiempo, quedó grabada en mi cerebro y nunca pude hallar una explicación satisfactoria. En efecto las lechuzas no son aves migratorias y por lo tanto no podía ser una asamblea para emigrar todas juntas; no podía ser tampoco una reunión para dirimir contiendas amorosas por qué la estación era ya bastante adelantada. Más bien me pareció un tribunal para determinar la suerte de algún compañero rebelde o criminal, o para decidir la permanencia o el abandono de una localidad.

Difícilmente se podrá ver otra vez ese espectáculo, pues las pobres lechuzas, las fieles compañeras de las vicechas, al desaparecer éstas, han desaparecido también ellas en gran parte con gran satisfacción de los pequeños roedores de los cuales hacían grandes estragos.

C. SPEGAZZINI.

LA DANZA DE LOS AVESTRUCCES

Durante una expedición arqueológica en la Puna de Jujuy en 1901, fuí testigo de un hecho tan extraordinario y poco conocido, en cuanto a las costumbres de los avestruces, que creo deber consignarlo aquí, en las columnas de EL HORNERO.

Venía, uno de los primeros días de noviembre de dicho año, en viaje para San Antonio de los Cobres, actualmente capital de la gobernación de Los Andes, desde la Cuesta del Acay, paso por las montañas entre el valle Calchaquí y la altiplanicie de la Puna, por el que atraviesa el camino de Catamarca y Salta a Bolivia. El camino me llevaba por valles interrumpidos por lomas relativamente bajas, en un territorio desierto y árido, a más o menos 3.700 metros sobre el nivel del mar. La única vegetación se compone de raros arbustos bajos, achaparrados, entre los cuales algunas veces hay escasas matas de pasto duro y también cactáceas. Entre el Acay y San Antonio de los Cobres no hay habitante ninguno, pero en algunos parajes se encuentran casas abandonadas, y, cerca de este último lugar, las ruinas de una vieja fundición de metales, llamada Pompeya.

Llevaba tres peones montados, un indio baqueano a pie y dos o tres mulas cargadas con equipaje y colecciones. Estos venían bastante atrás de mí, cuando bajaba una loma, al pie de la cual estaba una vivienda de indios abandonada, compuesta de tres casas de piedra rodeando un patio de regular extensión, cerrado en el cuarto costado por un corral también construido de piedra. Sabía que estas casas no eran habitadas, por lo que quedé muy sorprendido cuando advertido que en el patio se movían varios individuos que en el primer momento tomé por seres humanos. Detengo mi mula y quedo atónito al ver que se trataba de avestruces que ejecutaban una especie de baile. No me habían oído y pude durante más o menos dos minutos observar a unos 100 metros de distancia, su extraña danza parecida a nuestras «cuadrillas» o «lanceros». Eran nueve avestruces, de los cuales ocho formaban cuadro, en cuatro parejas, dispuestas en los

cuatro lados del cuadro, frente unas a otras. Las figuras del baile consistían en cambios de lugar de las parejas con sus vis a vis y, por otra parte, en rondas, girando todos los avestruces al rededor del centro del cuadro. El baile se efectuaba con bastante regularidad. El único que parecía introducir desorden en las figuras, era el noveno avestruz, que corría de un lado a otro, juntándose con las distintas parejas e interrumpiendo la regularidad de sus movimientos. Una vez degeneró la ronda en un torbellino desordenado, volviendo sin embargo las parejas a tomar sus posiciones en el cuadro. En esta ocasión el noveno avestruz formó junto a una de las parejas, que de esta manera venía a estar compuesta de tres individuos en vez de dos. Dada la distancia no pude observar sino los desplazamientos de los diferentes individuos, sin alcanzar a distinguir los movimientos de las patas y alas de cada uno.

Absorto en la contemplación de este maravilloso espectáculo, oigo venir detrás de mí los peones. En vano les hago señas para que se paren, y las piedras que hacían rodar las mulas por la falda de la loma llamaron la atención de los avestruces, que interrumpen el baile y huyen por el campo.

Conversando con los peones sobre el suceso, uno de ellos, un catamarqueño, que había hecho muchos viajes por la Puna y por Bolivia, me manifestó que varias veces había oído hablar de estos bailes de avestruces, y dos o tres indios de la Puna, me han dicho también que los habían visto bailar.

Como *Rhea americana Rothschildi* Brab. et Chubb. no existe en estas alturas, es indudable que los avestruces observados por mí pertenecían a la especie *Pterocnemis tarapacensis Garleppi* Chubb., cuya distribución geográfica comprende la altiplanicie de Perú, Bolivia y la Puna argentina.

ERIC BOMAN.

OBSERVACION SOBRE UNA COSTUMBRE DEL ÑANDÚ

Slater y Hudson en su *Argentine Ornithology* que se han ocupado de las costumbres de nuestro avestruz, lo mismo que Francisco Javier Muñiz (1) en su prolijo estudio del ñandú o avestruz americano, no mencionan nada parecido a lo que nosotros hemos observado, por lo que creemos de alguna utilidad darlo a conocer.

Hace ya muchos años había en casa (valle de los Reartes, Córdoba) un avestruz (*Rhea americana Rothschildi*) solitario que gozaba de completa libertad. Sus abundantes ratos de ocio los invertía en mirar los trabajos que se hacían. Manifestaba cierta propiedad que podríamos llamar curiosidad: acompañaba a los peones en los trabajos (alambrar, sembrar, cortar adobes, etc.) y no permitía que otro extraño se aproximase.

Otra de sus ocupaciones era la de espiar la gente que venía a la casa para salir a darle un desagradable recibimiento. Como generalmente eran ginetes, él se aparecía abriendo sus grandes alas o picoteando al caballo, lo que hacía que éste se asustase, huyese o abandonase al jinete.

Este mal entretenimiento le costó la vida.

En el invierno, al caer la tarde, el viento Sur suave y frío empieza a soplar; entonces buscaba dónde pasar la noche, que allí son rigurosísimas. Cavaba un poco, como hacen las gallinas con la tierra, y se echaba en el suelo. Luego, de la tierra que al escarbar había amontonado a su alrededor, alzaba una porción

(1) Francisco Javier Muñiz. — *Escritos Científicos*. Cap. III. Ed. La Cultura Argentina, 1916.

con el pico, se la ponía en el lomo, hasta cubrir casi toda la rabadilla, escondía la cabeza abajo de las alas y formaba así una especie de montículo.

Con aquella colcha soportaba las heladas más intensas del invierno. Cuando el sol asomaba, se levantaba de su cama y después de sacudirse, iba a tomar sol, para seguir su habitual régimen de vida antes esbozado.

ALBERTO CASTELLANOS, M. A. S. O. P.

MOVIMIENTO SOCIAL

Nuevos miembros activos e Instituciones — Fueron aceptados los siguientes:

Capital. — Hjalmar Aberg Cobo, Andrés Afferni (hijo), Sta. María C. Amico, Isidoro Antuñano, C. M. Beierle, Hermana Dominica, Dra. Cecilia Grierson, P. Hottier, Prof. Juan Nielsen, Sta. Helena S. Rivero, Dr. Teodoro C. Tonina.

Interior. — Carlos A. Altgelt, Tigre; Sta. María H. Castellanos, Córdoba; D. H. Mathew, Arias (Córdoba); Osmán Moyano, Calchaquí (F. C. S. F.); C. S. Nelthorpe, Arias (Córdoba); Dr. P. A. Saffores, Bahía Blanca; Prof. Mario C. Scasso, Chivilcoy; Walter B. Smith, V. Valeria (S. Luis).

Exterior. — Carlos O. Schneider, Concepción (Chile); Wilfrid B. Alexander, Melbourne (Australia).

Instituciones. — Biblioteca de la Escuela Normal No. 3, Capital; Biblioteca Nacional de Maestros, Capital; Centro Estudiantes de Ciencias Naturales, La Plata; Museo de la Provincia, Corrientes.

Donaciones de aves. — Las colecciones de la S. O. P. han sido aumentadas con los siguientes ejemplares, remitidos por consocios:

Luis F. Bordalé, 1 haleón (fresco), Prov. de Buenos Aires.

E. Budín, 2 cueros de formicáridos, de Tucumán.

Dr. G. Casale, 14 aves frescas de la prov. de Buenos Aires.

A. T. Cowell, 1 icterido (fresco), de Entre Ríos.

Dr. F. Felippone, 2 cueros de carpinteros y 1 de cicónido, del Uruguay.

Prof. Carlos E. Porter, 2 aves preparadas, de Chile.

H. Rolleri, 1 ave fresca, de Buenos Aires.

Donaciones de libros y folletos. — Del Dr. F. M. Chapman, 1 folleto; Dr. R. Dabbene, 10 folletos; Dr. A. De Boni, 1 folleto; Dr. C. E. Hellmayr, 1 folleto; Dr. R. Lehmann-Nitsche, 1 folleto; Dra. E. Snethlage, 1 volumen.

Donaciones en efectivo. — Como contribución para costear la impresión del número anterior, se ha recibido, de nuestros consocios: Dr. Miguel Fernández \$ 40 moneda nacional; Sr. Stewart Shipton, \$ 18 m/n.

El Dr. Hermann von Ihering. — El miembro honorario de la S. O. P., Dr. H. v. Ihering, ha resuelto dejar definitivamente el cargo que desempeñaba en el Brasil, para dedicarse particularmente a sus investigaciones científicas. En los primeros días del mes de Noviembre ppdo. llegó a esta ciudad, donde permaneció hasta el 1.º de Diciembre, fecha en que se embarcó para Italia, donde quedará algunos meses. Mientras permanezca en Europa realizará estudios paleontológicos en comisión del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires. Su dirección provisoria es "Stazione Zoologica", Nápoles, Italia.

NECROLOGIA

Coronel Dr. Luis J. Fontana. — Falleció en S. Juan, el 18 de Octubre, a una edad avanzada, el coronel Fontana, miembro correspondiente de la S. O. P.

Fué una personalidad descollante y muy popular en esa provincia, la que le debe muchas iniciativas progresistas. Hombre de actividades múltiples — militar, geógrafo, explorador, naturalista y escritor — fundó el Museo y la Escuela de Minas de San Juan, que dirigió durante muchos años.

Se interesó también por la ornitología y dió a conocer especialmente las aves de esa región, que había coleccionado y reunido en su Museo.

Sus principales trabajos sobre aves fueron los siguientes:

El Gran Chaco. Buenos Aires, 1881.

Aves de la provincia de San Juan, 1898.

Enumeración sistemática de las aves de la región andina. Buenos Aires, 1908.

G. A. Baer. — Según informaciones que nos transmiten de Europa, dejó de existir en París, M. G. A. Baer, miembro correspondiente de la S. O. P.

Viajero y coleccionista muy conocido, había recorrido diversos países europeos, asiáticos y americanos, reuniendo importantes colecciones de aves que fueron estudiadas y descritas en las principales publicaciones ornitológicas.

En lo que se refiere a Sud América, ha hecho colecciones en la región de Goyaz (Brasil), y de Tucumán (Argentina).

Como resultado de este último viaje publicó el trabajo: "Notes sur une collection d'oiseaux du Tucumán", Rep. Arg. "Ornis", XII, p. 209-234, 1904.

Asamblea ordinaria de la S. O. P. — Tuvo lugar el 1º de Octubre, en el local social, Perú 208, bajo la presidencia del Dr. Dabbene, actuando de secretario D. Pedro Serié, con asistencia de veinte miembros activos.

De acuerdo con la orden del día, se trató la modificación propuesta de los Estatutos (art. 9), que fué aprobada en la forma indicada, o sea: "que el quórum de las asambleas estará constituido por el número de socios que concurran en la primera citación, siempre que haya transcurrido una hora después de la fijada en la convocatoria".

Fué leída y aprobada la Memoria del presidente correspondiente al período 1918-1920, así como el Informe de Secretaría y Tesorería correspondiente al año corriente.

Se renovó la C. D., nombrándose cuatro vocales más, quedando constituida para 1920-1922, en la forma siguiente:

Presidente: Dr. Roberto Dabbene; secretario tesorero: Pedro Serié; Vocales: Prof. M. Doello Jurado, Cap. de fragata Pedro S. Casal, Julio Koslowsky, Cap. de navío Abel Renard, Carlos Ameghino, doctor José L. Suárez, doctor Fernando Lahille, Alberto T. Cowell.

Se resolvió además, modificar el artículo 10 de los Estatutos, en el sentido de que podrán también formar parte de la C. D. los miembros activos residentes en las inmediaciones de la Capital Federal.

Memoria del presidente de la S. O. P. correspondiente al período 1918-1920. — Señores: Al cumplir su 4.º año de existencia, me es grato comunicar a la asamblea que la marcha de la Sociedad Ornitológica del Plata, puede considerarse actualmente como satisfactoria. Aunque durante ese tiempo su progreso haya sido relativamente lento, y el número de adherentes no haya aumentado en la proporción que hubiera sido deseable, sin embargo se ha obtenido lo que era más importante, es decir,

la adhesión de un número suficiente de socios activos, los que contribuyendo con una modesta cuota anual, pudiesen asegurar la existencia de la Sociedad y la continuación de la publicación, aunque irregular por ahora, de su órgano EL HORNERO. Me complace observar que casi todos los socios han continuado prestando su concurso con creciente entusiasmo, lo cual ha permitido a la Sociedad sostenerse durante esos cuatro años y aun progresar, de modo que podemos ahora abrigar entera confianza en su porvenir.

Actualmente el número de los socios activos se eleva a 189, muchos de los cuales contribuyen con una cuota anual superior a la mínima y además con donaciones de especímenes de aves, libros, folletos sobre ciencias naturales, etc.

A ese número de socios activos hay que añadir también la adhesión de 8 instituciones, con las cuales el número total de contribuyentes alcanza a 197, cifra que de seguro será ampliamente sobrepasada durante el año en curso, habiendo ya 12 nuevas solicitudes de ingreso.

Podemos además observar con satisfacción que el interés para el estudio de las aves ha ido aumentando en el país, a medida que aparecieron los números de nuestra Revista, la cual sin embargo, no es aún bastante conocida en todos los puntos del territorio. Sólo una mitad de los socios activos residen fuera de la Capital y sería deseable que éstos fueran en mayor número. Sin embargo, tenemos adherentes en la mayor parte de las provincias y esto tiene una especial importancia, no sólo porque demuestra que el interés para estos estudios se va difundiendo por toda la República, sino porque los residentes en las regiones del interior y particularmente en la campaña, son los que están en condiciones de contribuir más eficazmente para conseguir los fines que se ha propuesto la Sociedad, es decir, extender y aumentar en todas las formas posibles nuestros conocimientos sobre la biología de las aves y sobre la distribución de las especies en nuestro territorio.

Con frecuencia se reciben cartas conteniendo observaciones interesantes sobre costumbres y nidificación de ciertas aves, noticias referentes a las épocas de las migraciones, a la aparición o al paso de determinadas especies en unos y otros puntos del país, etc. Al mismo tiempo, otros socios solicitan datos o la determinación de ejemplares que nos remiten, sea con carne o ya enteramente preparados. De este modo la Sociedad ha recibido ya más de 320 ejemplares de aves, 30 nidos, 15 cráneos y una gran cantidad de huevos. Además la señora M. E. Holmberg de Ambrosetti ha hecho generosamente donación a la Sociedad de la valiosa colección que perteneció a su hijo, nuestro malogrado consocio Héctor Ambrosetti, la que se compone de 1500 pieles de aves.

Todos estos especímenes están depositados en el Museo Nacional, en donde debido a la falta de espacio, han tenido que ser distribuidos en los armarios que contienen las demás colecciones del Establecimiento. Sin embargo, para distinguir fácilmente los ejemplares de la colección de la Sociedad, éstos llevan en el respectivo rótulo las iniciales de la misma.

La publicación de la revista EL HORNERO, durante estos cuatro años, comprende un volumen de 320 páginas y el primer número de 80 páginas del volumen segundo, que acaba de aparecer. Debido al alto precio del papel y al costo de la impresión, especialmente en los últimos años, la revista no ha podido ser publicada regularmente, ni aparecer cada cuatro meses como era nuestra intención. A pesar de esto, se han publicado como término medio dos números por año, los cuales con excepción del primero, constan de 80 páginas y contienen un buen material.

Si tenemos en cuenta los escasos recursos de que dispone la Sociedad, podemos considerar que asimismo el resultado de nuestro esfuerzo ha tenido éxito. Algunas revistas extranjeras, que disponen de mayores recursos han reducido en los últimos tiempos el número de sus páginas. La «British Ornithological Union» de

Londres, una de las más antiguas y renombradas y la que cuenta con una gran cantidad de socios, se encuentra actualmente en la necesidad, para continuar regularmente la publicación trimestral de su revista «The Ibis», de aumentar la cuota de ingreso de sus miembros, de 25 chelines a 2 libras anuales. En una circular que dicha sociedad acaba de enviar a los socios, presentando el balance, hace notar que el costo de los 4 números anuales de la revista "The Ibis", que era en 1914 de 543 libras por año, se ha elevado en 1919, a 988 libras; y actualmente ha pasado esa suma.

Habiendo la Comisión Directiva cambiado de imprenta, por razones de conveniencia, el último número de EL HORNERO ha sufrido algunas modificaciones. Como los señores socios habrán observado no se alteró el número de las páginas, pero el tipo empleado es algo más pequeño y más denso, de modo que el material contenido en el último número es mayor que el de los anteriores. Además, se ha obtenido también una pequeña rebaja en el costo y al mismo tiempo una mejora en la impresión.

El próximo número, gran parte de cuyo material ya está listo para ser enviado a la imprenta, aparecerá antes de finalizar el año en curso, habiendo así publicado hasta la fecha 160 páginas por año, como término medio.

Actualmente, existen en depósito aproximadamente, 400 ejemplares de cada número y 70 ejemplares del tomo primero, encuadernados a la rústica, todo lo cual representa ya para la Sociedad un modesto capital.

El movimiento de canje con otras revistas de sociedades ornitológicas, ha aumentado sensiblemente. Recibimos regularmente las siguientes: De Inglaterra: *The Ibis*, órgano de la B. O. U., revista de gran importancia por las autoridades en ornitología que colaboran en ella y también la más lujosa y costosa por el número de láminas en color que contiene.

De los Estados Unidos se reciben: *The Auk*, órgano de la A. O. U., la más importante de Norte América; *The Condor*; *Bird-Lore*; *Natural History*; *The Journal of the Mus. Comparat. Oology*, Santa Bárbara, Calif.; *The American Bird House Journal*.

De Francia: *Revue française d'ornithologie*; de Bélgica: *Le Gerfaut*; de Alemania: *Verhandl. Ornithol. Gesell. Bayern*; *Journal für Ornithologie*; de Austria: *Ornithologische Jahrb.*; de Italia: *Rivista italiana di ornitologia*; de Sao Paulo, Brasil: *Revista do Mus. Paulista*; de Chile: *Revista chilena de Historia Natural*; de Buenos Aires: *Revista Physis*.

Además los Museos de Comparative Zoology, Cambridge y el de Vertebrate Zoology Univ. California; el Biolog. Survey del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos y el Museo Goeldi del Pará, nos enviaron los separados de las publicaciones sobre ornitología que han aparecido en los Anales o Boletines de esos establecimientos.

La señora M. E. Holmberg de Ambrosetti, hizo también donación a la Sociedad de la biblioteca particular de su hijo Héctor, la cual comprende varias obras importantes sobre aves.

De este modo se ha formado ya una pequeña biblioteca que va aumentando diariamente, también por donaciones hechas por los socios, de libros y folletos.

Con satisfacción me es grato hacer notar que la revista EL HORNERO ha continuado siendo bien acogida en todas partes en donde ha sido enviada y que las principales publicaciones de la misma índole, tanto de Europa como de Norte América nos han honrado en sus páginas con elogiosos conceptos por el material contenido en los varios números que se han ido publicando.

Por último, debo agradecer la valiosa colaboración que varios socios han prestado con el envío de sus trabajos sobre ornitología, que aparecieron en la revista;

la eficaz ayuda de los demás miembros de la Comisión Directiva, quienes han tenido en gran parte a su cargo la redacción de EL HORNERO, y también a la nueva dirección del Museo Nacional, por haber continuado favoreciendo a la Sociedad.

Balance social.—Resumen del movimiento habido en la Secretaría y Tesorería de la S. O. P., desde el 1. de Enero hasta el 17 de Septiembre de 1920 (presentado a la asamblea del 1. de Octubre).

SECRETARÍA

Socios ingresados	14
Instituciones	2 16
Socios egresados por renuncia	2
« cesantes por C. D.	18 20
Número total de socios activos	189
« « « Instituciones adherentes	8 197 (1)
Reuniones de la Comisión Directiva	5
Notas remitidas	123
Circulares remitidas	154 277
Notas recibidas	112
Libros recibidos	3
Folletos	12
Revistas	10
Aves preparadas	41
Aves frescas	34 75
Huevos	118

TESORERÍA

Saldo del año 1919	\$ 711.38
<i>Entradas:</i>	
Por cuotas sociales	\$ 922.—
Por donaciones	» 45.—
Por venta de la revista	» 154.25 \$ 1.121.25
	<u>\$ 1.832.63</u>
<i>Salidas:</i>	
Pagado por impresión del Índice, vol. I	\$ 450.—
» » 21 clichés para el número 1 (vol. II)	» 64.50
» » impresión del número 1 (vol. II)	» 661.—
» » fichas y confección del Índice	» 25.—
» » estampillas postales	» 37.—
» » encuadernación de 100 vol. I	» 18.—
» » 500 fajas para la revista	» 14.—
» » sobres y circulares	» 11.—
» » útiles de escritorio, etc.	» 9.55 \$ 1.290.09
Saldo en efectivo	\$ 542.54
	<u>\$ 1.832.63</u>

(1) Número que actualmente (Dic. 31 de 1920), se eleva a 216.

REVISTAS ORNITOLÓGICAS RECIBIDAS

The Auk, vol. XXXVII, July 1920, N.º 3; Oct. 1920, N.º 4. — El número 3.º contiene, entre otros interesantes artículos, un trabajo del doctor A. Wetmore sobre las costumbres de algunas especies de aves observadas en el lago Burford, New Mexico; y otro de W. De Witt Miller sobre los géneros de martín pescadores del grupo *Ceryle*, con un capítulo sobre la nomenclatura y otro sobre los caracteres genéricos y subgenéricos acompañado de una clave para distinguirlos. Este número contiene también el 17.º suplemento de la "American Ornithologists' Unión Check List" de las aves de Norte América con las modificaciones y cambios en la nomenclatura que han sido aceptados o rechazados.

El número 4.º, contiene un interesante trabajo de John Treadwell Nichols, sobre el canto de las aves del orden Limicolae.

Bird-Lore, vol. XXII, May-June; July-August y Sept. Oct. 1920. — Además de un excelente material, estas entregas contienen como siempre láminas en color ilustrando especies de aves de los Estados Unidos y numerosas fotografías de nidos, huevos y pichones de aves, tomados algunos de éstos al estado libre y en el instante en que los padres les traen el alimento.

The Condor, vol. XXII, May-June, N.º 3; July-August, N.º 4; Sept. Oct., N.º 5, 1920. — Esta revista bimensual, publicada por el Cooper Ornithological Club de California, contiene siempre interesantes artículos. En estos números aparece una contribución de nuestro consocio, el Dr. A. Wetmore, sobre las costumbres de la paloma de alas blancas y otro sobre la función de las polvo-plúmulas en los mirasoles

Le Gerfaut, De esta revista belga de ornitología publicada por la Sociedad ornitológica de Bélgica central, hemos recibido toda la serie, desde 1911 hasta Agosto 1914, época en que se ha suspendido la publicación con motivo de la guerra, y los números desde 1919 hasta la fecha. Contiene numerosos artículos que tratan especialmente de la avifauna de Bélgica y otros sobre migraciones y costumbres de aves en cautividad.

The Ibis, Ser. undécima, vol. II, Nos. 3 y 4, July y Oct. 1920. Editada por William Lutley Selater, publicación de la Brit. Ornith. Union. En estas entregas, figura una lista de las aves de las Canarias, con referencias de las especies migratorias por D. A. Bannerman y otra lista de las aves hasta ahora conocidas en Siam por el conde Nils Gyldenstolpe; etc. El último número contiene el índice general del volumen.

Natural History, vol. XX, Nos. 1, 2, 1920. — Entre otros artículos trae uno de nuestro socio correspondiente George K. Cherrie, sobre costumbres del jabirú y del avestruz. Como siempre estos números están adornados con hermosas láminas reproduciendo fotografías.

Rivista italiana di Ornitología, vol. V, 1919, publicada en 1920. Este número contiene un interesante artículo, acompañado de ilustraciones, sobre algunas raras monstruosidades del pico y piernas en algunas aves; y otro sobre híbridos, del Prof. A. Ghigi.

Ornithologisches Jahrbuch (publicado en Hallein, Austria), XXVIII Jahrgang; Heft 1-2, 1917 y 3-6, 1917 (publicado en 1918); XXIX Jahrgang, Heft 1-6, 1918 (publicado en 1919). Contienen contribuciones al estudio de la avifauna de la Europa Central.

Revue Française d'Ornithologie, 12º Année, Nos. 132-138, 1920. — Entre las numerosas contribuciones contiene un artículo del director A. Menegaux, titulado: "Enquête sur la disparition du moineau", en el que se exponen las opiniones de

distintos observadores acerca de las causas por las que estas aves van disminuyendo en ciertas regiones de Francia. Otro artículo interesante es el del doctor A. Guéniot: «Le moineau campagnard et le moineau parisien». En dicho artículo el autor hace la comparación entre los medios de existencia de los gorriones que habitan el campo y los que viven en la capital y aunque no pretenda separarlos como variedades, afirma que entre ellos existen diferencias apreciables en el carácter y en las costumbres, producidas por sus relaciones con el hombre. Encuentra que mientras que los gorriones que habitan el campo son de carácter más batallador, más astutos y por los daños y molestias que causan son detestados por el hombre, los que viven en la capital, al contrario han llegado a captarse las simpatías de los parisienses, encontrando allí una existencia más fácil y que parece ha tenido influencia haciendo cambiar su carácter turbulento por una familiaridad amable, de modo que aunque conservando su libertad parecen como domesticados.

Journal für Ornithologie, 68 Jahrgang, Heft 2, April 1920. — En este número el doctor A. Reichenow describe tres nuevas especies de *Cinclodes*; *C. schocolatinus*, tipo procedente de Córdoba, Argentina y próximo a *C. atacamensis* (Phil.); *C. schistaceus*, tipo procedente de la Isla Desolación, Estrecho de Magallanes; *C. gilvus*, tipo, Punta Arenas y Tierra del Fuego.

LISTA DE OTRAS PUBLICACIONES RECIBIDAS

Bangs, Outrang, and Thomas E. Penard. — Notes on a collection of Surinam birds. Bulletin of the Museum of comp. Zoology at Harvard College, Vol. LXII, N.º 2, 1918.

Bangs, Outrang, and Thomas E. Penard. — Some critical notes on birds. Bull. Mus. Comp. Zoology Harv. Coll., vol. LXIII, N.º 2, 1919.

Brooks, W. Sprague.—Notes on Some Falkland island Birds. Bull. Mus. Comp. Zoology Harv. Coll., vol. LXI, N.º 7, 1917.

De Boni, Antonio. — Observaciones efectuadas durante el eclipse de sol del 3 de Diciembre de 1918, sobre la influencia de este fenómeno en la vida y costumbres de los animales. Instituto Meteorológico Nacional de Montevideo, pp. 55-59, 1920. Como campo de investigación el autor ha tomado el Jardín Zoológico «Villa Dolores».

Domaniewsky, J. y J. Sztolerman. — Contribution a la connaissance des formes du genre *Grallaria* Vieill. Extrait des Comptes Rendus de la Société des Sciences de Varsovie, XI Année, Fascic. 4, 1918. pp. 479-484.

Domaniewsky, J. y J. Sztolerman. — Notes sur les formes du genre *Pyriglena* Cab. Extrait des Comptes Rendus de la Société des Sciences de Varsovia. XI Année, Fasc. 2, 1918, pp. 181-186.

Chapman, Frank M. — Unusual types of apparent geographic variation in color and of individual variation in size exhibited by *Ostinops decumanus*. Proc. Biolog. Soc. Washington, vol. 33, July 24, 1920. pp. 25-32.

Hellmayr, C. E. — Bibliographisches und kritisches über R. Schomburgk's Vögel von Britisch-Guiana. Verhandl. Ornith. Gesell. Bayern, XIV, Heft 3, April 1920, pp. 270-274.

Noble, G. K. — Notes on the avifauna of Newfoundland. Bull. Mus. Comp. Zoology Harv. Coll., vol. LXII, N.º 14, 1919.

Swarth, H. S.—Revision of the Avian genus *Passerella* with special reference to the distribution and migration of the races in California. University of California Publications in Zoology, vol. 21, pp. 75-224. 1920.

LAS AVES ARGENTINAS EN LA POESIA

La Tijereta (1)

Ya vuela errática y ligera,
Ya pesque al ras un renacuajo,
Con el más sorprendente tajo
Corta los aires su tijera.

No se oculta ningún tesoro
Bajo el paño gris de su capa,
Pero su gorra negra tapa
Un erectil capullo de oro.

Su nido expone al huracán
En el gajo más fino y alto,
De donde ve sin sobresalto
Al carancho y al gavián.

Y plantándosele en la nuca,
Sin temer su pico de gancho,
Ahuyenta al mandria del carancho
Hasta reparle la peluca.

El Boyero (2)

A su isla umbrosa siempre fiel,
Con obscura fibra espartera
Se teje, en larga faltriquera,
Un nido negro como es él.

Pronto aprende a cantar gentil,
Ciertas palabras con dulzura.
Su pico blanco, en la negrura,
Talla un silbato de marfil.

La Curruca (3)

Crrr... rrric — Crrr... rrric. En la pared que
[trepa
Como un ratón (le llaman la ratona)
En la torre, en el césped, en la cepa,
Resalta su minúscula persona.

Con algo de tarántula y de avispa,
Corre o vuela, y se engrie bravamente
La prez del ruiseñor, su alto pariente,
En su vivaz crepitación de chispa.

Allá en el caballete de ladrillos
Que alberga, con desdén de todo asalto,
Un rosado primor de huevecillos,
Canta, al sol de las doce, el pico en alto.

Parece que el fulgor la traspasara,
Roto en un vidrio, en vívido chapuz.
Y como un botijillo de agua clara,
Desborda, enajenándose de luz.

La Cachila (4)

Un gemidito titila
Por el aire, donde, en vilo,
Como colgada de un hilo
Va subiendo la cachila.

Allá cerca ha hecho su nido,
De la huella que en el barro
Deja la mula del carro
Al pasar cuando ha llovido.

Y así el pajarillo blando,
Entre el riesgo y el estruendo,
Vive volando y gimiendo,
Muere gimiendo y volando.

La Monjita (5)

Para que nada sus vuelos estreche,
Busca, a la siesta, una rama bien sola,
Y cae de ella con sesga cabriola
Cual si volcara una copa de leche.

Como escribiendo en el aire, revuela;
Mas, pronto en su sitio posada,
Plegando el ala, de negro bordeada,
Sobre de luto le pone a su esquila.

Trémulo pasa un zumbido de insecto.
La avecilla parece más pura
Con la quietud. Su perfecta blancura
Cobija un silencio perfecto.

Se ahonda en pálido abismo la calma.
Y al remoto misterio del campo,
La avecilla revela con su ampo
La blanca y muda presencia de un alma.

El Aracucú (6)

La media noche, sobre la montaña,
Trasluce como una uva un torvo azul...
Más lóbrego el ramage se enmaraña...
Y en un gemido de dulzura extraña
Llora la selva: Ar... rrra cu-cú cu-cú...

Lento río de estrellas vuelca el cielo...
Llénase de fragancia la quietud...
Y el pájaro invisible, en su desvelo,
Llora sin esperanza de consuelo,
Doliente y fiel: Ar... rrra... cu-cú cu-cú...

La soledad suspira desde el soto
Un profundo frescor; se agrava aún,
Y más la llora aquel gemido ignoto,
A la vez tan cercano y tan remoto
Como la muerte: Ar... rrra cu-cú cu-cú...

LEOPOLDO LUGONES.
(De "El Libro de los paisajes").

- (1)—*Muscivora tyrannus*.
(2)—*Amblycercus solitarius*.
(3)—*Troglodytes musculus bonariae*.
(4)—*Anthus correndera*.
(5)—*Taenioptera irupero*.
(6)—*Otus choliba*.

INFORMACIONES

La protección de las aves. — Reproducimos de "Le Gerfaut", revista belga de ornitología, las siguientes consideraciones de M. G. Mottin, sobre la destrucción de aves, lo que puede aplicarse también a otros países:

Quando vuelve el invierno, cae la nieve, y la naturaleza sepultada bajo su capa blanca parece muerta, nos causa gran sorpresa ver pájaros refractarios a la migración, que pasan el invierno en nuestros climas. Sin embargo no son las especies más robustas; al contrario, son las más pequeñas, las más débiles que parecen más vinculadas a los lugares en donde han nacido. En esta triste estación, todo ha desaparecido, plantas y flores, pero nos quedan algunos pájaros y su presencia parece dar alguna alegría a la estación monótona. Si el invierno es penoso para los pobres, lo es también para las aves. ¿Cómo consiguen estos seres tan débiles resguardarse del frío mortal? ¿Cómo hacen para alimentarse? Ellos resisten, no obstante, pero su estado de debilidad es tal, que ya pierden el sentimiento del temor y se acercan a las casas, como invocando la piedad de los hombres, esta piedad a la que tienen un derecho incontestable. En efecto, el hombre puede defenderse de las fieras, pero no de los insectos; su único auxiliar contra éstos es el ave, que tendría que proteger con todo su poder. ¿Lo hace? ¡Ay!, todo lo contrario. La vuelta de las nieves parece que fuera la señal de una guerra de exterminio declarada a esos pobres pequeños seres debilitados y ateridos de frío; vueltos audaces por la necesidad que les obliga a buscar su alimento hasta las puertas de las casas, ellos caen por millares en las trampas que los asechan por todos lados. Ante los ojos indiferentes de los padres y de las autoridades rurales, se ven bandadas de niños encarnizarse sobre esas presas fáciles: reyezuelos, petirrojos, pinzones, currucas, caen en su poder, los destruyen sin piedad y también sin provecho, pues estos pájaros mueren en seguida de capturados y su estado de flacura los hace impropios al consumo. Aquellos, quizás menos valientes que se van más allá de los mares en busca de un cielo más clemente, ¿serán más felices? No, pues, en su lejano viaje se exponen a mil peligros, trampas, lazos, hilos eléctricos, varillas con pega-pega; acosados por los hombres de todos los países, perseguidos por las rapaces, perecen en cantidades inmensas, y en ninguna parte encuentran piedad, ni protección. La primavera que vuelve es para ellos la señal del regreso; vuelven a emprender el largo viaje, y noche y día vuelan hacia el país natal.

Llegan á él, por fin, muy débiles con frecuencia, pero cuan poco numerosos; de las bandadas enormes de la salida muy pocos individuos alcanzan los lugares en donde han nacido. La naturaleza ha despertado, el pájaro regresado a su país ha olvidado sus padecimientos, su canto muy poderoso para tan frágil cuerpo, estalla con alegría, como diciendo: "He sufrido, pero voy a encontrar por fin la dicha y el reposo". Con ardor y valentía reconstruye su nido, ¡trabajo colosal para ese pequeño y débil ser! El nido terminado, canta el ave al lado de su compañera que empolla con amor los huevos encantadores, y solo espera la alegría de la paternidad. Llega, por fin, esta alegría inmensa y el nido se llena de bonitas avecillas, las que deberían ser sagradas para nosotros. Pero, por desgracia no es así, pues, los campesinos grandes y chicos vuelven a la caza y destruyen sin piedad y siempre sin provecho, todos los nidos que encuentran; siendo muy raros los que escapan a sus continuas persecuciones. Si por casualidad se levanta una voz en favor de la protección de los pájaros, es para inculpar al cazador con red, creyendo que es el único culpable. Sin embargo no es así, pues si la protección de los pájaros se aplicara de un modo racional, la caza con red se volvería necesaria. Protegiendo

los pájaros granívoros lo más posible, en invierno y durante la primavera, serían tan numerosos que habría necesidad de capturar una cierta parte en el otoño cuando están muy gordos y constituyen una gran riqueza alimenticia para el país. La supresión de la caza con red sería un desastre para el comercio y para la alimentación. Sería privar además, de un gran placer a toda una clase de personas modestas que no tienen los medios de dedicarse al sport tan costoso de la caza. Se trataría de loca a la campesina que rompiera los huevos de sus gallinas, y que destruyera sin piedad los pollitos que éstas pudieran sacar en escondidas. Por el contrario, se felicitaría a la campesina previsora que después de haber criado numerosas nidadas, iría a vender sus pollos al mercado y nos parecería muy natural que reservase una parte para su consumo. Lo mismo es para los pájaros, la protección bien comprendida permite el consumo y la venta de una parte sin merecer el menor reproche.

IMPORTANCIA DE LAS AVES PARA EL HOMBRE (Conclusión. Véase pág. 75)

Utilidad económica de la garza blanca. — La destrucción de la garza blanca por sus plumas, ha arrebatado a la mitad del mundo una de las aves que prestan al hombre uno de los mayores servicios. Jamás toca un grano, sino que se alimenta sólo cerca de las aguas o lugares pantanosos, que son la residencia favorita de innumerables batracios, pequeños crustáceos y pestíferos insectos, todos los cuales, directa o indirectamente afectan las cosechas de la vecindad. La presencia de la garza blanca en los arrozales, por ejemplo, es visiblemente beneficiosa a los cultivadores, y el arroz es el cultivo de mayor importancia en la India y China.

En Australia la destrucción de esta ave y de otras ribereñas por su plumaje, está causando ya una declinación visible en los recursos pesqueros del país. Es la falta de estas aves lo que ha dado lugar a un acrecentamiento desmedido de multitud de crustáceos que atacan los depósitos de huevos de los peces y destruyen los embriones en el Coorong y en los lagos del Morray.

En la memoria sobre el Egipto correspondiente al año 1912, Lord Kitchener declara que la inconsulta destrucción de las aves había permitido un enorme acrecentamiento de las pestes de insectos, por cuya causa ya se habían tomado medidas para combatirlos. Lord Kitchener sabía, que a pesar de los métodos tan perfeccionados que se han inventado para combatir insectos, no había sino uno solo que fuera efectivo. Un decreto del Khedive fué lanzado prohibiendo en absoluto cazar, matar o destruir los huevos de las aves insectívoras en el Egipto. Al expedir este decreto, dos cosas se hacían prominentes en el pensamiento de Lord Kitchener: la destrucción de la garza por su pluma, y el hecho de que en el valle del Nilo estas aves son las destructoras naturales de los gusanos del algodón.

Las garzas blancas consumen un vasto número de moscas, así como también de larvas de insectos acuáticos. Este hecho es bien conocido por aquellos que han observado los hábitos de los vacunos y búfalos de Asia y Egipto. Hay allí unas pequeñas garzas blancas, Paddy birds de la India, las cuales viven casi siempre en compañía del buey o búfalo, y picotean en sus cuerpos las moscas o ticks que los maltratan.

El difunto George Grenfell llama la atención de como en el Congo una vez, una garza moribunda, sobre la que había hecho fuego y colocado en su canoa, se levantó aún en la proximidad de la muerte, para picotear a las moscas tsé-tsé que se habían posado en las piernas de los remeros.

Utilidad de las aves para el ganado. — Los daños ocasionados a los animales domésticos por los insectos parásitos, son ciertamente muy grandes. Los rebaños

son frecuentemente aterrorizados por esos atormentadores bichos, que les acarrean las enfermedades y aún la muerte. Otra de sus grandes plagas es un tumor producido por las larvas de una especie de mosca en el lomo de los animales, y la gran irritación que aquel produce, es causa de una considerable depreciación de los cueros, al mismo tiempo que el rendimiento de carne disminuye y es de inferior calidad.

Los caballos, ovejas y otros animales domésticos están sujetos a los ataques de parásitos y otras plagas semejantes.

Si no fuera por los servicios que las aves prestan posándose sobre los animales para despojarlos de sus parásitos, cazando las moscas al vuelo, o comiéndolas en el estado embrionario, el hombre se vería imposibilitado para conservar sus ganados.

Más que esto aún, el hombre se vería impedido de habitar algunos lugares de la tierra que están ahora cultivados, o donde él trabaja en lucrativas industrias.

Aves de las riberas y enfermedades. — Muchas enfermedades mortíferas son propagadas por millares de mosquitos que abundan más comunmente en las riberas y costas de los países tropicales y subtropicales. Y aún las aves ribereñas, que prestan al hombre un servicio incalculable destruyendo estas pestes venenosas, son negligentemente muertas por él en enormes cantidades.

En su honor debemos decir, que uno de los primeros actos del señor Wilson cuando llegó a la presidencia de los Estados Unidos, fué lanzar una orden del ejecutivo prohibiendo, bajo fuertes penas por infracción, la destrucción de cualquiera de las aves silvestres de la zona del Canal (Panamá).

Aves de caza como destructoras de malezas. — Incuestionablemente que las malas hierbas tienen algún fin en la naturaleza, pero ese fin no es la ocupación de tierras cultivadas. Sin control, allí ellas pronto arrojarían las plantas útiles a la muerte.

El uso continuo del rastrillo y de la azada harán un considerable beneficio a los jardines y tierras cultivadas para mantener en jaque a las malas hierbas, pero como la mayor parte de las tierras están atestadas de semillas de malezas, las cuales mantienen su vitalidad por muchos años, así la vida del cultivador es una continua lucha contra esas molestas plantas. En esta batalla constante, el ave es una gran asistencia porque el número de semillas de malezas comidas por las aves en los terrenos cultivados debe ser superior a cualquier cantidad asignable.

Las aves de caza son generalmente asimiladoras de semillas de malas hierbas. Ellas son también útiles al hombre de varias otras maneras. No sólo devoran las langostas adultas sino también revuelven tierra para comer sus huevos. Ellas consumen también un gran número de termitas y otros insectos igualmente perniciosos. La destrucción desordenada de estas aves merece ser evitada. Ellas prestan más utilidad estando vivas, que llenando el saco de los cazadores.

La codorniz es tal vez la más eficaz destructora de semillas de maleza entre todas las aves de caza. No hay duda, ciertamente, de que la codorniz es tal vez más útil al hombre que cualquiera otra ave. Ella es casi del todo beneficiosa. Durante la primavera y verano se alimenta de muchos de los insectos más nocivos y en el otoño e invierno destruye una enorme cantidad de semillas de las más dañinas malezas.

El dictamen de la Inspección de Biología de los EE. UU., dice:

“Es razonable suponer que en los Estados de Virginia y Carolina del Norte entre el 1.º de setiembre y 30 de abril habían más o menos cuatro codornices por milla cuadrada de tierra. La recolección que cada ave hace es de media onza

de semillas dos veces por día. Desde que en cada una de estas dos comidas diarias la mitad, a lo menos, está constituida por semillas de malezas, cada ave consumirá una media onza diaria. Sobre estas bases, el total de semillas de plantas dañinas consumidas por codornices desde setiembre hasta abril en Virginia y Carolina del Norte, asciende a la suma de 1.341 toneladas. Como los insectos forman más o menos una tercera parte de la alimentación de estas aves desde el mes de junio hasta agosto, las codornices consumen 341 toneladas de esa peste en los estados citados, en solo dos meses.

Pero tal vez el más valioso servicio que las codornices hacen al pueblo de los Estados Unidos es la voracidad con que — y son una excepción entre las aves por este gusto tan particular — ellas comen el hediondo coleóptero de la papa, o, como se le llama, el gorgojo colorado.

Además de este inestimable servicio, se debe a esta ave, en gran parte, que el gorgojo del algodón no haya desolado todos los algodones de América, acreando la desolación a miles de seres humanos a ambos lados del Atlántico.

Las aves como policía de aseó. — La población pesquera de estas islas (Islas Británicas), ha declarado guerra a las gaviotas, y han clamado por el retiro del nombre de ciertas especies de la lista de las aves protegidas, por el daño que, según se dice, causan a la industria de la pesca. Las gentes que creen en las historias de los pescadores, son susceptibles de ser engañados y guiados hasta en los errores más funestos. La gaviota busca su alimento sólo en la superficie de las aguas y en las costas. Podrá tal vez, ocasionalmente, atrapar algún pez útil, pero decir que ella hace algún perjuicio apreciable es del todo absurdo.

Por otra parte, la presencia de la gaviota es esencial para la salud del hombre. Mientras estas aves llenan cometidos de menor importancia — tales como destruir larvas a lo largo de las costas y la de destruir algunos enemigos de los peces que quedan expuestos durante la baja marea — su principal función en la economía de la naturaleza es la de hacer la policía de las bahías y litorales, del mismo modo que los buitres hacen en tierra firme. La destrucción al por mayor de las gaviotas en Yucatán, para obtener sus plumas, fué seguida por un gran aumento de mortalidad humana entre los habitantes de las costas, lo cual era debido irrefutablemente a la pérdida de las aves, que hasta entonces habían conservado a las bahías y puertos, libres de las materias corrompidas que el mar, constantemente, para depurarse, arroja a las costas.

Realmente desearía saber si aquellos hombres que desean la destrucción de las gaviotas, se detuvieron alguna vez a pensar en lo que sucedería a sus ya poco perfumadas villas, si esta ave no estuviera presente para devorar los desperdicios que ellos arrojan? O, además, si alguna vez reflexionaron sobre esa sensación de agrado que ellos experimentan cuando en tiempo de la cerrazón, al través de la neblina, perciben el clamor de esas emplumadas campanas de las boyas que advierten la proximidad de la roca o de la barra.

Las aves como productoras de guano. — Ahora que he abordado en mi tema las aves marítimas (Pelágicos), aprovecho la oportunidad para decir algo sobre su utilidad como productoras de guano.

Indudablemente que el enorme comercio de fertilizantes que se hace hoy debe su origen a las aves; porque las propiedades de ácido fosfórico y nitrógeno contenido en el pescado no fueron reconocidas hasta que se conoció el guano — el cual está formado por excrementos de aves marinas mezclados con pescados — se usó como fertilizante y probó ser un poderoso estimulante para el desarrollo de las plantas y de la agricultura en general.

El valor del guano como fertilizante fué conocido por los habitantes del Perú en tiempo de los Incas, pero no fué, con todo esto, sino hasta bien entrado el

siglo XIX que la información fué llevada a Europa por Humboldt. Bajo la dominación de los monarcas del viejo Perú, las aves fueron protegidas rigurosamente y los depósitos de guano guardados cuidadosamente. Tres siglos más tarde estas medidas protectoras se materializaron en una fuente de recursos para el país. Generación tras generación de aves marítimas, han depositado en sus criaderos una cantidad de guano que en 1853 fueron estimadas por las autoridades peruanas en un valor de 620.000.000 pesos. Es una vanidad nuestra pensar que los Incas eran bárbaros y mirar aquellos tiempos como época de obscuridad y rudeza. En nuestro propio tiempo — en la edad de las luces — el hombre mata de un solo golpe más de un cuarto de millón de aves marinas en una isla valiosa por sus depósitos de guano.

Utilidad de las aves como alimento. — Bajo ciertas condiciones las aves silvestres son valiosas para el hombre como materia de alimentación. Los primeros colonizadores deben de todas maneras, al principiar sus operaciones agrícolas, vivir de los elementos silvestres que les ofrece la naturaleza. En días pasados los precursores de la civilización podían confiar en sus armas de fuego para mantener sus despensas bien provistas de aves. Ahora, en muchas partes del mundo, él afronta una alarmante escasez de esta clase de alimento. La situación difícil a que se verán reducidos los colonizadores a causa de la política de exterminio que se sigue en nuestros días con relación a las aves, se puede pronosticar por lo que pasa hoy en la bahía de Hudson. Hace cincuenta años el número de patos silvestres en Norte América estaba más allá de cualquier cálculo. Pero el hombre escasamente podía matar estas aves para saciar su sed de sangre. Sports-men, cazadores profesionales, y agentes de talleres de modas los arrebataban por millones. Tan ciega y desordenada carnicería no podía tener más que un solo resultado: los patos son ahora tan escasos en la costa occidental de la Bahía de Hudson, y la pesca es tan pobre, que los habitantes de allí que habían siempre vivido de los patos que podían cazar en el otoño, se encuentran ante la dificultad de poder obtener alimento suficiente para la temporada de invierno.

La estética y el valor sentimental de las aves. — Omitiendo de hacer mención de varios otros beneficios naturales que las aves hacen al hombre, quiero dar, antes de concluir, una breve reseña sobre su valor estético y sentimental.

La vida de las aves es aquella parte de la creación por la cual la naturaleza ha hecho más, en el sentido de dar al hombre beneficios mentales, que con cualquier otra de sus obras. Inconscientemente recibidos, aunque ellos brotan de la mente misma, hay una enseñanza espiritual, una influencia elevada que aspira a hacer los actos del hombre más constantes por principios, y los cuales tienden a dar un nuevo y más amplio carácter a toda la vida.

La compañía de las aves proporciona una felicidad tan pura y quizás tan permanentemente exquisita como al hombre en su presente estado de existencia le es dado encontrar. Jamás me he poseído de una alegría más pura en toda mi vida que cuando al levantarme, al despuntar el alba, de mi lecho de hierbas, he oído los coros de los alegres trinos de las aves que, a manera de heraldos anuncian la proximidad del día. Nunca he experimentado una emoción más profunda en mi mente que cuando, en el inexplicable misterio de la oscuridad de la selva, bajo la bóveda estrellada, he oído las sublimes notas de esos emplumados salmistas, ocultos también en las sombras de la noche.

El mundo no es más que un diseño; son las aves quienes llenan los detalles y complementan el cuadro. Nubes de todas formas en el firmamento del estío cuelgan de las murallas del cielo destacándose en el inmutable azul. Los árboles permanecen sin movimiento; las aguas cristalinas del lago muy dormidas para ondular

o quebrar contra la costa. Nada que manifieste vida o acción. De repente, oculta hasta entonces en emboscada huella, una ave se lanza y se eleva en el aire mostrando a los resplandores del sol toda su alegría. A uno le parece ver que todo el mecanismo se ha puesto en acción. El mundo principia a vivir y a moverse. ¡Qué artista hay que no sepa esto! Aún cuando pinte algunas de las más expresivas escenas de la tierra — el océano o el Himalaya — no dejará de agregar ese complemento estimulante a su tela.

Pasando ahora de la paleta a la pluma: ¿Qué poeta ha existido que no haya sido inspirado por las aves? Mil ejemplos de estas poesías se agolpan a la vez en mi memoria. Shelley, Coleridge y Longfellow, para mencionar solo tres de nuestros cantores, han llegado a ser inmortales por el poder ejercido en sus mentes por las aves: «A una alondra», «El viejo marinero» y «Las aves de Killingworth», son poemas impecederos.

La tierra no posee un encanto para los ojos, más dulce que la vista de una de esas joyas animadas cuando revolotean aquí y allá con esa aguda vibración de su constante aleteo para posarse por un instante a la sombra de una flor, y volar nuevamente a los rayos del sol, lanzarse en la persecución de un insecto, dar vueltas aquí y allá en un arranque de exuberancia de espíritu, retornar para absorber el néctar de una flor y al fin, partir otra vez brillando con todos los colores del espectro dentro de su mansión: el aire.

¿Fue toda esta belleza hecha para el sólo propósito de la satisfacción de un gusto pasajero? ¿Está el hombre constitucionalmente imposibilitado para comprender que en la belleza de esas joyas emplumadas existe un valor más grande que el valor anotado en libros comerciales? Los muchachos recogen flores en el prado y muy pronto, cuando su fugaz belleza pasa son arrojadas para marchitar y morir. Pero la semilla, la raíz, quedan, las margaritas volverán a florecer de nuevo; las primulas volverán a matizar los prados con los colores del arco iris; mas aquellas flores del aire nunca las veremos más. Una vez idas, no volverán jamás.

Conclusión. — Las aves indiscutiblemente son una de las más valiosas posesiones del hombre y justamente la posesión que se estima en el valor más ínfimo.

Donde quiera que existan aves cuyo plumaje sea apropiado para confeccionar, allí estarán los crueles y rapaces agentes de los negociantes en plumas, empuñados en una abierta destrucción. Donde quiera que haya aves clasificadas como aves de caza, allá se lanzan los cazadores de los mercados para matar y matar mientras haya que matar y vender. Donde quiera que algunas de las aves están próximas a la extinción como resultado de estas atrocidades, allí estará también el colector, ansioso de obtener los últimos ejemplares, antes que algún rival pueda hacerlo. Donde quiera que hayan aves cuyos huevos sean valiosos, allá se dirigirá el colector de huevos no sólo para destruir la vida embrionaria, sino también la vida madura cazando las aves que ponen los huevos con el propósito de identificarlos. Donde quiera que exista, en los lugares más salvajes de la tierra, algún ave que se considere como un "buen sport" allá estará el gandul, ese vándalo de la creación, el cazador de alto tono, satisfaciendo en las más bellas e inofensivas obras de la naturaleza, sus instintivos deseos de matar. Es debido a esta infamia por la naturaleza, así como también a que la enfermedad no se le opone obstáculos, el que día a día las cosas empeoren; y si al presente esa práctica inútil y depravada, de despojar al mundo de uno de sus más valiosos recursos naturales, no se le oponen trabas, algún día sucederá una desgracia, un desastre universal, más terrible en sus resultados que lo que las palabras puedan expresar.

JAMES BUCKLAND

Smithsonian Report — Washington

Anotaciones sobre algunas aves de Buenos Aires. — I. *Dendrocopus mixtus* (Bodd). (El «Carpintero chorreado» de Azara.)

Este pequeño carpintero, que es el más común en los bosques ribereños del Río de la Plata, en los alrededores de Buenos Aires, ha sido observado y cazado en Punta Lara y Río Santiago en diversas oportunidades. Frecuenta mucho los ceibos (*Erythrina crista-galli*) y continuamente se le ve recorriendo rápidamente de abajo arriba cada una de las ramitas secas de este árbol. Con el pico va golpeándolas sucesivamente y cuando su oído le muestre que están huecas, se detiene breves instantes y con unos pocos golpes las perfora. Adentro anidan ciertas hormigas. Esto es lo que busca en su operación continuamente repetida. Con la lengua extrae larvas, huevos y adultos, que parecen constituir la parte principal de su alimentación. En el estómago de un ejemplar (N° 44, ejempl. 1) que cacé en Punta Lara (Dbre. 1.º, 1912) hallé, efectivamente, numerosos restos de hormigas, juntamente con algunos fragmentos de coleópteros. Los restos de hormigas eran muy incompletos, pero el Dr. Gallardo, que los ha examinado, ha podido reconocer los géneros *Pseudomyrma* y *Myrmelachista*. Dos especies de estos géneros (*P. mutica* y *M. gallicola*) han sido señaladas recientemente por este autor (*Anales Museo Bs. Aires*, t. XXVII, p. 7 y 25) en los mismos lugares y anidando en los mismos ceibos, de modo que es probable que se trate de aquellas especies.

No sólo de estos insectos conoce el carpintero la habitación. También conoce las agallas del molle (*Duvaua dependens*), causadas por la oruga de una pequeña mariposa (*Cecidoses eremita*) y sabe que ésta se oculta adentro. En Punta Lara lo he visto varias veces perforar con el pico estas agallas, cuyas paredes son leñosas y gruesas, para extraer la larva. El carpintero no la saca por la abertura natural que la agalla posee y que, como es sabido, está tapada por un pequeño opérculo mientras la oruga se halla adentro, sino que abre un nuevo agujero en una parte cualquiera de la agalla. Es probable que el ave ignore aquel detalle; pero hay que tener en cuenta que el opérculo se halla adherido a la agalla mientras ésta está verde, y sólo empieza a desprenderse cuando ella comienza a secarse, facilitando así la salida de la mariposa. Así, pues, no sería probablemente más fácil sacar el opérculo que abrir un agujero nuevo. En esta forma el carpintero extraerá sin duda otros insectos, pues las agallas, una vez vacías, son a menudo ocupadas por otros huéspedes. Hace algunos años hallé en Palermo una de ellas, que tenía la abertura tapada con barro endurecido y adentro estaban unas larvas que no eran las de *Cecidoses*. Se las di al finado M. Ántran y éste me dijo algún tiempo después que se trataba de Himenópteros del grupo de los Véspidos, pero no supe nada más de ellas.

Es curioso considerar cómo habrá llegado esta ave al conocimiento de la habitación tan particular de estas larvas, pues las agallas podrían confundirse con frutos. Quizá sea ésta precisamente la causa, pues el animal conocerá tal vez algunas larvas de las que viven sobre verdaderos frutos, y creará que se trata de la misma cosa. También es verosímil que el hábito, a que me he referido anteriormente, de golpear con el pico sobre las ramas para ver cuáles están huecas, le haya hecho descubrir los habitantes de las agallas. El hecho es que en la actualidad lo sabe muy bien, pues muchas veces lo he visto dirigirse sin la menor vacilación hacia los molles, en los cuales las agallas forman a veces especies de racimos, y agujerear siempre aquellas que estaban habitadas.

En Buenos Aires, el carpintero anida principalmente en el ceibo, como ya lo indica Venturi. He tenido oportunidad de comprobarlo en Río Santiago (Noviembre 11 de 1910). El nido se hallaba en una rama gruesa e inclinada, a unos 2 m. del suelo. Tenía 4 cm. de diámetro en la boca y 25 cm. de profundidad. No observé los huevos.